

LA MALDICIÓN DE LA ESPADA



Peter Beere

se

FANTASY

ZONA LIMITE

Lectulandia

En los últimos días de la guerra contra los demonios, los hombres se hicieron con la Espada Maldita. La hoja había sido forjada para un poderoso guerrero, por unos magos que se hallaban encerrados en cuevas escondidas en unas colinas solitarias. La Espada Maldita reclamaba el mundo, derrotó a los demonios y pasó el poder a los hombres. Pero toda victoria tiene que pagar un precio, y los practicantes de la magia negra robaron la espada del Antiguo Guerrero. Y con ella fue su alma, condenada para siempre a permanecer en el purgatorio.

Lectulandia

Peter Beere

La maldición de la espada

Zona Límite: ZL Fantasy - 6

ePub r1.0

Titivillus 27.04.2019

Título original: *Doomsword*
Peter Beere, 1997
Traducción: Amparo Hernández
Diseño de cubierta: David de Ramón

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PRIMERA PARTE
EL ANTIGUO GUERRERO

PRÓLOGO

En los últimos días de la guerra con los demonios, los hombres se hicieron con la Espada Maldita. La hoja bahía sido forjada, para un poderoso guerrero, por unos magos que se hallaban encerrados en cuevas escondidas en unas colinas solitarias. La Espada Maldita reclamaba el mundo, y derrotó a los demonios y pasó el poder a los hombres. Pero toda victoria tiene que pagar su precio, y los practicantes de la magia negra robaron la espada del Antiguo Guerrero. Y con ella fue su alma, condenada para siempre a permanecer en el purgatorio...

Durante siete siglos los nuevos reyes guerrearon buscando la Espada Maldita. El cielo estaba envenenado por la sangre que allí se vertía, y los padres mataban a sus hijos cuando iban en busca de la espada, pues la Espada Maldita poseía el poder de transformar a los hombres en dioses, y de derribar los cielos.

Huyendo de la carnicería, los viejos reyes se encaminaron hacia el este, abandonando su hogar a la locura que allí reinaba; y en su largo viaje, uno de los reyes más ancianos se encontró con la espada. Sucedió por casualidad, y el viejo rey, puro de corazón, pensó que podría reformar la espada y limpiar su emponzoñado corazón. Durante siete años mantuvo una pugna con la hoja, luchando contra sus malas artes.

Pero la espada estaba maldita, por los fuertes hechizos mortales a los que la habían sometido, y el rey fue destrozado por una criatura nacida en los infiernos. Así que la espada permaneció en un pozo, oculta durante cuatro décadas, hasta que un joven la vio. Sin saber apenas nada de los riesgos que encerraba la Espada Maldita, el joven, con la ayuda de una cuerda, bajó hasta el fondo del pozo, y cuando tocó su hoja la oscuridad saltó desde allí para alojarse dentro de su alma. El joven creció rápidamente, y se volvió frío y perverso, condenado a errar por la tierra destruyendo todo a su paso. Cuanto tocaba su mano acababa envuelto en llamas, mientras las tormentas del infierno acechaban su camino. Cuando los jóvenes reyes oyeron esto se apresuraron a acudir al lugar, y el joven se vio forzado a huir hacia las

desconocidas colinas del oeste, en donde los locos que aún creen que la juventud habita allí siguen ofreciéndole sangre.

Pero mientras los jóvenes reyes cazaban dejando pasar los años y desaprovechando a sus hombres, hubo alguien que guió los pasos del joven de vuelta al pozo, y allí, debajo del lodo que desprendía un hedor como el de la muerte, un caballero desconocido encontró la espada. Su nombre era Kalidor, y venía del oeste; un hombre cruel y déspota que cabalgaba al frente de hordas embriagadas. Su flota, que surcó en una ocasión los mares hasta los confines del océano, era temida y odiada por todos. El caballero había desembarcado en busca de la Espada Maldita, y había abierto una senda sangrienta a través de las tierras del sur. Las batallas en las que lucharon sus hordas fueron las más horrendas de todas, tan terribles que hasta de las nubes caía lluvia de sangre.

Alarmados y sorprendidos por la amenaza que constituía este hombre, al que llamaron el Caballero Negro, los jefes militares firmaron un pacto para arrebatarse la Espada Maldita, y fueron en busca de Kalidor a través de las áridas tierras del reino hasta el océano. Allí, en terribles escaramuzas, empapando de sangre cada playa, le condujeron a través de la costa hacia las colinas del norte, y mataron a todas las fuerzas que él mandaba, y eliminaron a sus hordas de todos los lugares en que se encontraban. Uno a uno, acabaron con sus guerreros, mientras Kalidor, lleno de rabia, mataba personalmente a los reyes rivales y mantenía en su poder la Espada Maldita, aunque aún no había podido dominarla. La lucha final tuvo lugar sobre el puente del Destino, en donde un ojo de piedra se elevaba sobre un barranco insondable. Los últimos dos reyes guerreros salieron en busca del Caballero Negro, con sus hijos pequeños a su lado. Eran los guerreros más poderosos del reino, y sus espadas podían cortar las rocas y acabar con un troll. La batalla se prolongó durante más de dieciséis días, hasta un amanecer cubierto de sangre. En esa última mañana, mientras el sol aparecía por encima de las cumbres de las montañas, un guerrero herido le arrebató la espada al Caballero Negro, y en un acto de fe la arrojó desde el puente hacia el vacío que se encontraba debajo. Luego, los reyes ataron a Kalidor, y dispersaron a todos sus hombres, y a él le condujeron hacia el oeste, a una isla olvidada, en donde podría meditar tristemente, solo y exiliado para siempre, y soñar con la gloria perdida.

Pero mientras pasaban los años, y disminuía la vigilancia, el Caballero Negro reunió en torno a sí a demonios y perversos hechiceros, y en los pozos más profundos que se hallaban por debajo de su Torre del Dolor, los puso a

trabajar a sus órdenes. Mataban a inocentes, y recogían sus cerebros y los amontonaban sobre fuegos que ardían en honor a dioses maléficos. Y durante doscientos años masacraron y elevaron sus súplicas para localizar la Espada Maldita. Cuando al fin descubrieron dónde se hallaba enviaron un mensajero a la solitaria torre, en donde Kalidor le recibió en audiencia. Se postró, acobardado por la presencia del rey:

—Mi señor, los hechiceros han encontrado la Espada Maldita en sus pozos impíos. Incluso ahora intentan traerla, ya que se encuentra muy apartada del reino. Parece ser que el sucio perro que robó la hoja ha fallecido. Vieron cómo su alma se elevaba.

El criado levantó la mirada con los ojos medio entornados, y la luz de la lámpara cayendo sobre su rostro hacía que pareciera una máscara exangüe. Por debajo de su capa hecha jirones, sus brazos formaban unos ovillos que semejaban gatos dormidos.

—¿Señor?

—Te oigo —le dijo Kalidor desde su trono, poniéndose en pie, vestido con un manto negro como la noche.

Cuando se movía por encima del frío suelo de piedra, su capa también negra producía un sonido similar al siseo de las serpientes. Sus ojos eran como pozos llenos de fuego.

—El lugar en el que se encuentra la Espada Maldita —dijo—, por lo que cuentas, no se halla en estas tierras.

—No, me temo que no, mi señor.

Kalidor soltó una especie de gruñido mientras, como un pilar en la noche, se elevaba por encima de su esclavo, destilando gota a gota un fuego sin luz.

—Ese lugar, ese lejano lugar...

—Un lóbrego mundo inferior.

—¿A qué distancia se encuentra de aquí?

El criado guardó silencio, luchando por encontrar las palabras adecuadas para transmitir noticias tan poco prometedoras sin levantar su ira. No era tarea fácil, así que, respirando a fondo, se expresó lo mejor que pudo.

—No estoy seguro, señor —contestó en un tono apagado—. Uno de los hechiceros dijo que era un mundo diferente. Trabajan con cartas y orbes como posesos para hacértela llegar.

Kalidor se le quedó mirando, acariciando con los dedos la empuñadura de su espada.

—Los viejos hechiceros han tenido doscientos años para trabajar en ello —murmuró el Caballero Negro.

El criado asintió.

—Sí, es verdad, mi señor. Pero recordad que habéis mandado matar a muchos de ellos. Los que todavía viven se encuentran muy enfermos, mi señor, por comer ratas envenenadas.

—Ofréceles comida entonces —dijo con un gruñido el Caballero Negro—. Ofréceles cualquier cosa que les mantenga vivos. Estoy demasiado cerca ya como para permitir que esos pequeños obstáculos frustren lo que ambiciono. He estado esperando durante dos largos siglos. Tengo mis barcos de guerra en puertos prohibidos. He reunido unas hordas que pueden acabar con el mundo. Y los guerreros se hallan nerviosos por la espera.

Se agachó y levantó al siervo agarrándole por la garganta. Le lanzó un aliento que podía conseguir que se marchitaran las hojas de los árboles.

—¿Podrán esos prestigiosos hechiceros, que tanto protestan, jurar sobre sus almas inmortales que recuperarán la espada?

El siervo movía las piernas mientras el aliento de Kalidor acababa en su garganta y la sangre vaciaba su cerebro.

—Así lo creo. Pienso que eso dirían ellos; os traerán la espada. Yo... —el siervo dejó escapar un grito cuando el Caballero Negro le abofeteó—. Están luchando, incluso ahora, por traérosla de nuevo.

—Entonces dará comienzo la guerra.

—¿La guerra? Inmediatamente, mi señor.

—¿Estoy alimentando a siervos sordos?

El siervo dejó de luchar mientras el color abandonaba su rostro.

—Oh, no, os oigo, mi señor. Yo ya iba a...

—Escucha algo más.

Y el Caballero Negro tomó su espada y marcó una oreja más en el rostro sorprendido del hombre.

El esclavo permaneció totalmente inmóvil mientras el filo se deslizaba por su carne, ya que el gritar o protestar le ocasionarían únicamente más dolor. Luego, vio cómo el Caballero Negro se relamía mientras se inclinaba para realizar su tarea.

—Estas noticias que me acabas de traer me satisfacen.

CAPÍTULO I

Lejos del reino, en el verde corazón de Norfolk, se estaba preparando un funeral. Era un acontecimiento tranquilo, con pocos acompañantes, y las flores que había junto a la tumba ocupaban también muy poco espacio. Parecían ligeramente avergonzadas de llevar tanto tiempo sobre el montículo de tierra. Era miércoles, lo que hacía que la ciudad se encontrara tranquila, ya que las tiendas cerraban durante esa tarde. Pocos coches interrumpían la paz que rodeaba la sepultura.

En el camino empedrado que partía de las verjas del cementerio, entre una hilera de árboles en los que comenzaban a brotar las hojas, la apenada familia del fallecido, en actitud de oración, tenía fija la vista en la tumba. Se lamentaban por la muerte de un hombre ya anciano que había disfrutado de una vida larga y plena, pero que había muerto de forma repentina e inesperada. No habían podido expresarle cuánto había significado para ellos, ni tampoco darle su último y triste adiós. Había muerto mientras dormía, con una dulce sonrisa en su rostro, como si volviera al hogar...

Una vez concluido el servicio, el pequeño grupo se dirigió hacia los coches que les esperaban en la senda más allá de las verjas. Sólo permanecía allí una figura que contemplaba la sepultura en donde yacía su abuelo. Era la primera vez que Adam se había encontrado con la muerte, y sentía que debía darle su adiós. Pero se marchó con la palabra atragantada en la garganta, mientras levantaba, al caminar, la tierra con los tacones de sus zapatos.

Su viejo amigo le había abandonado sin decir una sola palabra, después de haber pasado una vida entera negándose a permanecer callado. Cuando un hombre tenía tantas cosas que decir, ¿cómo era posible que se quedara en silencio ahora? Los cuentos que una vez él le había contado, narraciones de misterio y sobre lugares lejanos, ¿quién se los contaría ahora? ¿Qué voz llenaría el vacío que dejaba tras él?

Sólo Adam parecía entender que esos cuentos tenían un significado. No eran simples historias lo que había escuchado, era la vida de un hombre, toda su vida. Las gentes decían que entre el anciano y su nieto había una unión especial, que esa era la razón de que Adam pudiera entenderlo cuando los otros tan sólo reían. A Adam estas historias le impresionaban y se le

quedaban grabadas en el corazón, y después de cierto tiempo el anciano confió solamente en él. Decía que Adam era sagrado, aunque algunos pudieran considerar que eso era una blasfemia y que debería tener cuidado. Decía que una llama le protegía y que no había que temerla, ya que surgía de su propio corazón. Cuanto más hablaba el anciano, más fácil le parecía a Adam detectar la llama. Nunca habló a nadie de la pálida luz azul que percibía cerca de su rostro o en sus manos. A veces la llama se separaba de él para tocar a su abuelo. Y el anciano sonreía en esas ocasiones. ¿Qué significaba esa llama que, sin embargo, no resultaba visible a nadie más? ¿Por qué ardía sobre la tumba del anciano? ¿Por qué era el destino de Adam recopilar esas historias y comenzar a soñar con ellas? Se sintió muy solo mientras caminaba lentamente hacia las verjas, pensando que una parte de sí mismo se había ido para siempre. Los dos habían estado tan unidos...

CAPÍTULO 2

Le llevó mucho tiempo a Adam aceptar que su abuelo se había ido de verdad para siempre. Pasaron algunas semanas, pero aún seguía pensando en él, veía su rostro reluciente como si estuviera vivo, oía su voz llena de fuerza hablando de reyes, guerras y batallas que tenían lugar sobre oscuras llanuras. Eran historias muy pintorescas; sin embargo, Adam creía en ellas cuando oía al anciano hablar con tanta intensidad y tanta pasión. A veces pensaba que incluso veía el mundo del que le hablaba el anciano. Era un mundo de montañas y barrancos sin fin, de caballos enjaezados de negro, de jinetes esculpidos en oro. Era el hogar de los dioses y los monstruos de la noche; un lugar mágico. Más de una noche, Adam, sumido en el sueño, divisaba lejanas colinas medio ocultas por el humo de la guerra. El anciano había introducido sus sueños en el interior de su descendiente.

Adam abrió la puerta de par en par para que pudiera entrar el hombre en la laberíntica casa de sus padres. Era un sofocante día de junio, y el hombre sudaba mucho. Llevaba el chaleco colgado a la espalda, y su rostro parecía una máscara de color escarlata. Sus manos, enormes y llenas de callosidades, agarraban un baúl de marinero que se había atascado en la entrada.

—¿Lo llevo arriba?

—Sí, con las demás cosas.

—No tengo suerte. Mira que estar Billy-Joe enfermo... Te digo que uno más de éstos y me hallaré postrado en cama, y estaré allí reuniéndome con él.

Adam sujetó el picaporte cuando la puerta se fue hacia atrás, y se preguntaba si podría ofrecerle ayuda o se tendría que apartar del camino. Al cabo de unos momentos de duda, preguntó casi a regañadientes:

—¿Quiere que le ayude con eso?

—No, hijo —le contestó el hombre—. Una espalda tullida será suficiente por hoy.

Y con un fuerte empujón impulsó el incómodo baúl a través de la difícil entrada.

—Ya no los hacen así, porque acaban con las gentes a la hora de manejarlos.

El hombre miró con desagrado las escaleras por las que tenía que subir: una tortuosa y estrecha escalera de caracol que ascendía entre unas paredes totalmente lisas.

—El sujeto que construyó esta casa debe de haber sido un hombre muy delgado. ¿Cómo te las arreglas para subir las escaleras?

—Yo subo de lado. Le echaré una mano con esto.

Adam extendió sus brazos y con sus fuertes manos agarró una correa de cuero.

—Cuidado, no eches los bofes. Y no lo dejes caer o me hará puré.

Subieron el baúl y lo colocaron con el resto de las cosas, un ordenado montón de cachivaches en el dormitorio de invitados. Allí no había ninguna imagen de ningún dios; tan sólo se encontraban encerrados en el lugar la vida y la época en que vivió el abuelo de Adam...

CAPÍTULO 3

El caluroso verano avanzaba, y Adam se conformó al fin con su pérdida. Había dejado de esperar que entrara por la puerta, de permanecer a la escucha de su ruidosa moto. Nunca había entendido cómo alguien tan mayor podía circular por las carreteras. Aunque la familia raras veces hablaba de él, los baúles y arcas permanecían exactamente en el mismo lugar en el que los había dejado, como si el hecho de que se colocaran y se arreglaran supusiera un adiós final al anciano. Las arcas se llenaron de polvo, y los ratones construyeron sus nidos en ellas, pues en este tipo de casas siempre se encontraban ratones.

Fue durante una tarde muy húmeda cuando Adam entró en el desordenado cuarto de invitados. Llevaba unos pantalones vaqueros grises y una camisa de algodón muy fina de color blanco, y el cabello le caía formando una onda. Sus ojos oscuros y expresivos se posaron con cierto aire de tristeza sobre las cosas de su abuelo. Aunque el cuarto se hallaba en penumbra, el aire era sofocante, y las sombras se extendían perezosamente sobre el suelo. La pintura de las paredes mostraba escenas de lagos y colinas, pero parecía aburrido de ellas. Una mariposa de color naranja atrapada dentro de la ventana daba golpecitos sobre el cristal con aburrida monotonía. Otra, en el suelo, hacía un rato que había dejado de luchar, y ahora soñaba con otras cosas. El cuarto se hallaba tranquilo, excepto por la mariposa, y si no fuera por el sonido que producía su aleteo no se habría oído ningún ruido. Norfolk estaba medio dormido. Los padres de Adam se encontraban fuera visitando a unos familiares.

Después de una búsqueda muy poco metódica a través de los objetos de los baúles, Adam encontró una fotografía, una imagen descolorida del anciano sentado en un porche, que debía de haber sido tomada hacía unos cuantos años. ¿Cómo podía haber llegado su abuelo a ser tan viejo? El anciano le había dicho en una ocasión que era inconmensurable. ¿Qué quería decir con ello? Nadie podía tener tantos años. ¿Quién podía permanecer en la tierra durante doscientos años? Al anciano le habían gustado siempre sus propias historias, pero ese hecho era muy extraño incluso con sus valores morales.

¿Estaba bromeando en realidad? Probablemente. Sin embargo, nadie sabía de dónde venía en realidad o cuál era su pasado; sólo las historias que contaba. Éstas acababan convertidas en exóticos misterios, cuentos sobre un místico país en donde en tiempos gobernaron los dragones, en donde los hombres luchaban contra los dioses, los magos preparaban conjuros, y los lobos... ¿Qué eran los lobos? Los lobos eran los espías de los hechiceros que utilizaban la magia negra, que aparecían de forma espectral en el mundo para llevar a cabo una terrible venganza. Adam tuvo que sacudirse antes de que se dejara llevar por los sueños del anciano...

Desde lo alto de una torre situada en la costa occidental del reino, los centinelas observaban cómo se acercaba la guerra. Vieron un espeso humo elevarse como nubes de tormenta, y el sombrío brillo de color rubí de las armas en la oscuridad. Divisaron pálidos chorros de vapor ascender desde el lugar en donde se encontraban las nuevas armas. Con sus prismáticos, observaron las armas colocadas sobre temibles carros de guerra. Oyeron el canto ininterrumpido de los hechiceros mientras realizaban su trabajo, celebrando sus envenenados pensamientos. Desde los muros de una lejana ciudad, los hombres disparaban a las aves mensajeras que traían noticias de guerra a los espías infiltrados entre sus filas. Luego, el rumor se hizo realidad al materializarse la verdad; Kalidor se había despertado.

Mientras las sombras de la noche se extendían a través de un ambiente sofocante, Adam descubrió la espada. Descansaba sobre un baúl alargado, envuelta en tiras de tela, dentro de una estrecha funda. La empuñadura era de oro pulido, con piedras preciosas engastadas, y brillante como la sangre plateada. Su hoja parecía estar viva, y cuando Adam alargó sus manos, éstas se vieron tocadas por chispas argénteas. Sintió un ímpetu dentro de él, como si su sangre empezara a bullir y los demonios limpiaran su cerebro.

Dejó a un lado la espada y retrocedió un paso, meditando sobre los oscuros designios que habían confundido su mente. Si aquello era tan sólo un sueño nacido de los cuentos del anciano, era extraordinariamente electrizante...

CAPÍTULO 4

— **M**i señor, los hechiceros han invocado a un demonio para hacerse con la espada.

El Caballero Negro apartó la mirada de los carros de guerra ya preparados y echó hacia un lado una frasca de vino agriado con sangre.

—Ese demonio al que han llamado, ¿no sucumbirá a la espada?

—No, señor, es invencible...

El estampido de un trueno hizo que Adam saliera de su ocioso ensueño. La noche había llegado con sorprendente prontitud, cayendo sobre la tierra como una amplia capa negra. La densa atmósfera se debatía como aprisionada entre un torrente de corrientes procedentes del cielo. En el cristal de la ventana divisó su propio rostro, pálido, reflejado como si fuera un fantasma. El cuarto que se hallaba a sus espaldas se oscureció formando charcos de penumbra a través de los cuales llegaban extraños susurros.

El cuerpo de Adam se estremeció mientras corría las cortinas ante una tormenta amenazadora que se extendía como un fuego devorador. Un fuerte viento que provenía del este inclinó violentamente los altos abetos que se encontraban en los campos de delante.

Un relámpago amenazador apareció en el cielo anunciando una tormenta. Las sombras del cuarto retrocedieron y luego se alargaron de nuevo.

Llamado desde su mundo inferior por hechiceros practicantes de la magia negra de la isla, una gran bestia había llegado a la tierra. Su corazón había sido arrancado, y la bestia no poseía alma. Su capa era negra como la noche, y sus ojos, negros como el carbón. Era un caballero del infierno que destruía toda tierra sobre la que ponía su pie...

Adam encendió una lámpara para acabar con la oscuridad, y comenzó a escuchar la tormenta que al fin estallaba. Todavía faltaba tiempo, sin embargo, antes de que sus padres volvieran, y con ellos ausentes el ambiente en la casa se le había vuelto extrañamente tenso, como si las habitaciones mismas pudieran sentir que aquella extraña tormenta no era en modo alguno natural. Parecía muy violenta, se había formado con gran rapidez, y la propia

casa quedaba atrapada directamente en su corazón, como si una tormenta envolvente hubiera hecho un bucle alrededor de las paredes para protegerles del mundo.

Adam había contemplado antes otras tormentas, pero no de esa clase en las que se oyen quejidos de voces extrañas, y en las que el relámpago parecía haber dedicado especial atención a su casa. Podía sentir cómo crujía a través de la paja extendida por todas partes a causa del viento, que arrancaba montones de juncos para lanzarlos como si fueran tiras de tela. Podía oír el terrible vendaval golpeando las ventanas como si intentara romper los cristales. Luego, divisó una llama azul que oscilaba por encima de los arcones y los baúles, un halo de luz que vibraba como si poseyera vida. Después, en el interior de su cerebro oyó una voz parecida a la de una joven que le decía:

—*¡Coge la Espada Maldita! Coge la Espada Maldita...*

Había escuchado a su abuelo hablar acerca de aquella hoja mortal; una hoja forjada para ponerse al servicio del bien, que probó los caminos del mal y se volvió sedienta de sangre. Había oído que las naciones habían ido a la guerra por ella y habían luchado durante siglos para hacerla partícipe de su causa. Había oído que los hechiceros agotaron sus vidas intentando descubrir dónde se hallaba.

Sin embargo, seguramente no serían nada más que historias, historias y nada más; tal espada no podía existir. Pero aún se oía la voz:

—*La criatura procedente del infierno ha llegado. Coge la Espada Maldita...*

Adam se encontró extrañamente indefenso. Cuando la tormenta desplegó toda su fuerza se sintió confuso, perdido y fuera de control. La extraña voz le aterrorizó, la llama azul le dejó perplejo, no podía pensar con claridad...

A continuación se oyó un estruendo como un trueno. La tormenta entró en la casa, echó abajo la puerta de roble y continuó con el mismo vigor a lo largo del vestíbulo. Las paredes y el techo crujieron mientras el relámpago lo iluminaba todo, y hacía visible el paso de la bestia negra...

Era el señor de la tormenta que no tenía alma: el ennegrecido y marchito pellejo del Antiguo Guerrero. La criatura a la que se había hecho venir del infierno entraba ahora en la casa y estaba subiendo pesadamente las escaleras...

Totalmente aterrorizado, Adam tropezó y cayó al suelo cuando la bestia aulló. La llama azul bailaba en su rostro, urgiéndole a responder y a recoger la Espada Maldita. Pero se había quedado petrificado, y tan sólo podía esperar y ver cómo las sombras llenaban el cuarto y la luz de la lámpara parpadeaba.

Estaba a un paso de encontrarse frente a frente con la rabia almacenada durante siglos.

Comenzó a moverse, aunque sólo fuera para hacer que desapareciera la llama que le estaba volviendo loco con su incesante movimiento. La espada saltó a su mano, y al agarrarla pareció vibrar con su propia locura. La hoja parecía estar viva; despedía brillantes chispas blancas desde su punta hasta el suelo, y Adam desató su rabia. La fuerza le hizo echarse hacia atrás cuando levantó la espada en el aire cortando los arcones y baúles como si no se encontraran allí. Oyó un ruido, vio el resplandor de una luz azul brillante, y el universo pareció aturdido. Durante un breve instante la tormenta pareció refrenarse y la criatura titubeó en el vestíbulo como si se encontrara insegura. Luego, cuando llegó a la puerta, Adam alzó la espada y el cuarto explotó...

Hubo un momento en el que se dejó llevar sin rumbo fijo por el cuarto como si fuera una mariposa aturdida. El mundo era una tela de color azul perla con pliegues de color negro. Las estrellas eran chispas diminutas que despedían fuego. El tiempo era simplemente un escalón entre un mundo y el siguiente.

Luego, todo se convirtió en profunda oscuridad.

CAPÍTULO 5

Se despertó gimiendo sobre un lecho de hierba, bajo un sol radiante. No era Norfolk, estaba completamente seguro de ello. En Norfolk no hacía tanto calor, ni el sol era tan brillante. Norfolk no presumía de tener en el horizonte nubes que rodeaban las cumbres de las montañas.

Adam se hallaba en el reino: el mundo de Kalidor, la tierra de la magia negra. Pero lo único que sabía era que le dolían tremendamente todos los huesos.

En las húmedas profundidades de un inmenso bosque que se extendía como una alfombra por las tierras del sur, una manada de lustrosos lobos grises apareció con propósitos salvajes. Los animales habían hecho un largo viaje desde las tierras del norte, en donde habitaban, en busca de la sangre caliente de los animales silvestres de los bosques. Habían matado muchos ciervos en su camino entre los árboles; sin embargo, sus estómagos aún pedían más.

Con el paso de los años, los lobos iban extendiendo cada vez más su dominio, desplegándose hacia el sur a través de las colinas y llanuras, y llegando hasta el mismo corazón del bosque, que en un principio les había parecido un lugar inexpugnable. Les acompañaba una maldición: un horrible hedor y una lobreguez que no desaparecían nunca. Eriales enteros de tierra quedaban totalmente asolados cuando pasaban por allí esas manadas de lobos.

Hay partes del bosque a las que no tienes que ir, y no importa lo abrumada que te sientas.

La cazadora olvidó eso en la tensión que se produce durante la caza, y se desvió de su camino habitual. Lina llevaba con ella su ballesta y su puñal de fino acero. Su piel era suave y oscura, y sus ojos, de un color azul grisáceo. Llevaba el cabello recogido en la nuca, retirado de la cara. Tenía diecisiete años.

Ahora había conseguido cercar, entre hileras de macizos de espinos, al ciervo que había fallado en el intento de hacerle perder su rastro. Parecía comprender que ella lo había vencido. Levantó la ballesta, dirigió la punta de acero pulido de la flecha hacia el corazón del ciervo y pronunció una corta

oración. En ese instante, una sombra gris cayó desde los árboles y corrió a través del claro hacia el venado. Cuando Lina bajó la ballesta comprobó cómo la primera arremetida del lobo derribaba a su presa. El ciervo cayó con gran estrépito. Las pezuñas brillaban sobre la sangre, y ella dejó escapar un grito. Luego, el animal apareció muerto, y otros doce lobos acabaron de destrozarlo.

Los miembros de Lina se quedaron agarrotados mientras observaba aquella danza de la muerte. Una sombra había surgido a través de los árboles y pareció como si toda vida y esperanza hubieran sido absorbidas de las hojas. Su oscuro cabello resplandeció cuando se retiró de los árboles, forzándose a atravesar los espinos, pisando algunas ortigas mientras pasaba. Luego, con la brisa, le llegó el hedor del animal muerto. Después, Lina se dio la vuelta y se marchó.

Las sombras se alargaban cuando Adam se lavó la cara en el agua del arroyo.

La brisa había cambiado de dirección y ahora llegaba del oeste, trayendo un ligero olor acre que estropeaba la pureza del aire del bosque. Era el olor a humo que procedía del ejército acampado a lo largo de la playa. Los guerreros del reino se estaban reuniendo en el oeste para enfrentarse a Kalidor. El cielo gris se llenaba de polvo mientras los ejércitos que se hallaban en las llanuras marchaban hacia su destino.

Adam no estaba informado de nada de esto. Su única preocupación era encontrar el camino de vuelta a casa. Le parecía totalmente claro que se había sumergido en un sueño causado por la tormenta. Si pudiera aunque sólo fuera mantenerse tranquilo, no tendría nada que temer, excepto al mismo miedo. Y pudo sentir auténtico miedo cuando observó el claro a su alrededor. Los árboles desnudos resultaban siniestros mientras la noche se acercaba sigilosamente a la tierra. Luego, le llegó el hedor que dejaban los lobos...

CAPÍTULO 6

En la ventana de una choza situada en algún lugar del camino se vislumbraba una luz. Por encima de su oscuro tejado, enormes árboles que formaban un arco como para protegerla, crujían cuando los movía la brisa. Sus hojas oscuras susurraban sobre una pila de leños situada debajo. Un poco más allá de este montón se encontraban dos caballos, atados con cuerdas largas y finas. También podía verse un fuego que ardía en un hoyo hecho en la tierra, y que lanzaba nubes de humo para mantener apartados a los lobos.

Más allá del fuego no había nada excepto los inmensos árboles negros que enmarcaban la escena. Exceptuando los aullidos de los lobos en sus lejanas correrías, todo estaba muy tranquilo. Aturdido por estas cosas, Adam no creyó prudente dirigirse hacia la puerta. En lugar de eso se abrazó a los árboles, y avanzando por detrás de donde se hallaban los caballos, miró por la ventana. Si todo aquello era un sueño, como él pensaba, no habría modo de saber qué podría soñar la próxima vez. Vio a Lina agacharse sobre una chimenea humeante y raspar la carne pegada a un caldero. El cabello suelto le caía alrededor del rostro, y llevaba una blusa de color marrón. Quizá notó que Adam contemplaba sus piernas, porque se enderezó de repente.

—¿Hay alguien ahí fuera?

Adam se precipitó hacia la puerta y estaba a punto de llamar cuando se abrió hacia dentro. Había apoyado la espada en la pared, dejándola fuera de la vista. Intentó esbozar una sonrisa algo forzada.

—Yo no debería estar aquí.

—Pues márchate —le dijo ella, y cerró dando un portazo.

Algunas horas más tarde, Adam se encontraba sentado alimentando el fuego con hojas y leña que encontró por allí, cuando ella salió a buscarle. Tenía las manos y el rostro ennegrecidos por el humo pegajoso que le rodeaba, y los ojos, enrojecidos e irritados. Lina se había recogido el cabello y se había atado las correas de unas botas de piel de becerro que le llegaban hasta las rodillas. Esta vez Adam no miró cuando sus piernas quedaron a la vista. Estaba demasiado cansado.

—He traído algo de comida.

Ella se arrodilló sobre la hierba para colocar allí una bandeja. Adam no contestó. Estaba atizando la lumbre con un largo trozo de madera que ardía lentamente en la punta. Y se preguntaba si aquél sería el sueño más largo que nadie hubiera soñado.

—Te he dicho que he traído comida —Lina le tocó en el brazo, y él olió los ricos perfumes que despedía su cabello—. No dejes que se enfríe...

El fuego del campamento se apagó cuando llegó el amanecer a través de los árboles iluminando el rostro de Adam. Se hallaba tumbado sobre su costado izquierdo, sobre la espesa hierba, mojada por el rocío. Tenía colocada una mano debajo de su rostro y se encontraba de cara a la choza. De vez en cuando se agitaba como un perro que sueña, y las sombras cruzaron su rostro. Tenía pesadillas acerca del Antiguo Guerrero y también sobre el torturado demonio al que vio mientras se hundía en el vacío. Se imaginaba que estaba siendo perseguido a través del tiempo y del espacio...

Cuando los rayos de sol le acariciaron, Adam abrió los ojos y miró lentamente a su alrededor. La visión era confusa, y sus miembros le dolían, pero comprendió al instante que se hallaba lejos de su casa. Fue como si le hubiera golpeado el saber que aquello era la realidad y que se hallaba atrapado en ella. Formaba tanta parte de ella como los caballos atados a los árboles, el fuego ya apagado y la silenciosa cazadora que le observaba. ¿Qué pensaría ella mientras estudiaba sus extrañas ropas y su pelo de punta?

—No soy un hechicero —le dijo, como si esto debiera significar algo.

La cazadora asintió.

—Eso está claro —contestó ella.

—No sé por qué estoy aquí.

—Yo tampoco lo sé —le dijo ella.

—Traigo conmigo la Espada Maldita.

—Debes de estar loco —le dijo.

Y luego se le quedó mirando. Adam no estaba bromeando, podía leerlo claramente en sus ojos. Él pensaba verdaderamente que había traído de nuevo la Espada Maldita.

—La Espada Maldita hace mucho tiempo que no está aquí.

—La traigo yo, ya te lo he dicho.

Un escalofrío recorrió su cuerpo...

CAPÍTULO 7

Lina le preguntó a Adam durante un buen rato acerca de su procedencia. No parecía muy convencida con su explicación, aunque se mostró visiblemente agitada al contemplar la Espada Maldita. Lo que más le sorprendió fue la ignorancia del muchacho acerca de la espada. Parecía no conocer casi nada sobre la historia del reino, y ella intentó ponerle en antecedentes como si fuera un crío, mientras trataba de descubrir cualquier indicio de que estuviera simplemente tomándole el pelo. A ella no le impresionaba su charla sobre su propio mundo, pues la equiparó con los desvaríos de un hombre enfermo, pero se quedó horrorizada cuando él confesó que no había oído hablar de Kalidor.

—¿No has oído hablar de Kalidor, la oscuridad del mundo?

—No se habla de él en el lugar de donde yo vengo —dijo Adam.

—Pero eso es terrible. Es la mayor amenaza que jamás ha conocido este mundo. Si se apodera de la Espada Maldita, será invencible; destruirá nuestras tierras y esclavizará al mundo. Hasta la eternidad sufriremos el dolor que Kalidor ha planeado para nosotros. La oscuridad le servirá de igual modo que ahora él sirve a lo oscuro, y sus ejércitos y demonios gobernarán para siempre. Y ahora es posible que tú le hayas devuelto la espada.

—No pude evitarlo —dijo Adam con melancolía—. No fue mi intención; simplemente ocurrió así. Algo apareció en la oscuridad; tuvo lugar también esa terrible tormenta.

—El Caballero Negro de las Tormentas —dijo ella—. Llega a todas partes con su magia negra y sus conjuros. Incluso más allá del vacío a través del cual cayó la Espada Maldita.

—¿Piensas que mi abuelo...?

—Probablemente fuera el guerrero que se la robó, quitándosela de las manos.

—Debe de haberme tenido un gran cariño entonces —dijo Adam con tristeza, mientras se ponía en pie y se movía alrededor del fuego.

Lina había vuelto a encenderlo para preparar algo para el desayuno. Sobre la parrilla de metal se oía cómo chisporroteaba y lanzaba chispas la carne de un conejo.

—¿Por qué no la enterramos?

—¿Por qué no arriamos una bandera? —dijo Lina sarcásticamente—. Todo hombre y todo animal estarán fuera buscándola. Seguro que él sabe que la espada está ya por aquí. Es sólo cuestión de tiempo que dé con el lugar. La Espada Maldita grita a voces el mal que arrastra en su hoja. Es como un farol para los que caminan sobre el mal. ¿Por qué no nos ahorramos tiempo enviándole una nota? *¿Por qué no la enterramos?*

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Adam, tremendamente confundido por el despliegue de sarcasmo mal disimulado de Lina.

—No sé. Si fuera mía, intentaría destruirla. La sumergiría en el fuego.

—¿Dónde? ¿En el fuego que hay aquí encendido?

—En el Fuego Eterno —dijo ella— que arde en las colinas que hay más allá del puente del Destino. Pero yo no puedo coger la espada porque exigiría mi corazón y el sacrificio de mi alma.

—¡Oh, genial! ¿Qué ocurrirá, entonces, con mi alma? —protestó Adam, a quien no le gustaba el modo en que se estaban desarrollando las cosas.

No le gustaba tampoco que continuara mirándole como si le estuviera juzgando.

Lina encogió levemente los hombros mientras movía la parrilla y ponía más hierba y musgo sobre el fuego que ardía lentamente.

—Tu alma es tuya. No puedo influir en ti. Podrías simplemente huir o dirigirte hacia el Fuego y convertirte en un héroe.

—Oh, sí, un héroe, desde luego.

Adam se sonó y desvió su mirada de la de Lina para fijarla en el fuego.

—Quieres decir que es demasiado tarde por lo que a mí concierne, porque ya estoy sentenciado.

—No necesariamente —dijo Lina con toda tranquilidad—. Si tu abuelo conservó la espada durante todos estos años sin que le causara ningún daño, debe de haber trabajado para revocar los conjuros. Tal vez descubriera algo que nadie más ha sabido...

Pero Adam se vio sorprendido por un nuevo pensamiento y se apartó de ella.

—Todas esas historias... —murmuró con la mente ausente—. Me estaba preparando para el caso de que este día se presentara. Sabía que cuando él muriera ellos intentarían averiguar el paradero de la Espada Maldita, y tenía que advertírsele a alguien. Pero ¿por qué me eligió a mí? Podía haber elegido a mi padre...

—Tal vez los oídos de tu padre no estaban preparados para escuchar. O puede ser que el corazón de tu padre estuviera vinculado... a otras cosas.

—Debe de haber otras vías... —dijo Adam delicadamente mientras observaba el molesto viento.

Repentinamente aparecieron por el oeste nubes de tormenta, y se extendieron por el cielo como una mancha. La brisa de la mañana se había vuelto ahora helada y los árboles más altos crujían y sacudían sus hojas secas.

—Debe de haber otros hombres que puedan controlar la espada. Dásela a uno de ellos, a uno de tus guerreros...

—Las naciones hicieron votos para que nadie tocara la espada durante doscientos años. Es demasiado peligroso; eso les haría cambiar su voluntad y tendríamos que enfrentarnos a otro Kalidor. Además, en ocasiones como éstas nadie sabe en quién confiar. Los espías se hallan por todas partes. En este momento, los caballeros se encuentran reunidos en consejo en la colina y mis padres han ido allí para parlamentar con el resto. Y de una cosa estoy segura: no querrían que se supiese que la Espada Maldita está aquí de nuevo.

Adam se volvió para mirarla.

—¿Por qué tú y yo, entonces? ¿Por qué no llevar la espada a dos grandes guerreros? Nosotros no creo que fuéramos buenos en la lucha.

—Habla sólo por ti —dijo ella con indiferencia.

—¿Por qué tú y yo, entonces? —insistió Adam.

—Lo he considerado —dijo Lina, mientras el humo que desprendía el fuego formaba remolinos y espirales ante su rostro—. La familia de mi padre estaba con los guerreros que tomaron el puente del Destino durante los últimos días del conflicto del Caballero Negro. Lucharon junto a los reyes que se encargaron de Kalidor, y forzaron su deshonra. Pienso que de algún modo estamos unidos a través de la muerte con nuestros ancestros. Creo que es una maldición continuar la lucha que empezaron nuestros antepasados.

Adam se quedó en silencio mientras consideraba sus palabras. Tal vez eran simplemente un instrumento de un plan mucho mayor. ¿Y qué significaba la llama azul? Él no había mencionado eso porque ya había dicho lo suficiente y, como Lina acababa de expresar, ¿en quién se podía confiar verdaderamente? Tampoco hizo ninguna mención del Antiguo Guerrero, que él esperaba se hubiera desvanecido ahora...

—¿Quieres un poco de carne? —le preguntó ella.

Él asintió distraídamente y se acercó a coger un pedazo que quemaba en su mano.

—Deberías dejar que se enfriase —le dijo ella.

—Lo haré la próxima vez —le respondió—, *cuando tenga menos en qué pensar...*

Las nubes de tormenta cubrieron y oscurecieron medio cielo por encima del bosque. El viento soplaba cada vez con más fuerza y sacudía los árboles. Hizo que se avivase el fuego y el humo pasaba casi rozando el suelo. La choza, mal construida, crujió como cuando se hunde una embarcación atrapada en una tempestad en medio del océano.

—¿El tiempo es siempre así?

—Sólo desde que tú llegaste —le dijo ella—. Debe de saber que la espada está de nuevo aquí y lo celebra con su furia.

Lina luchaba por colocar en su sitio un trozo de tela que no dejaba de moverse y que servía para cubrir un agujero de la choza.

—Tendremos que irnos antes de que se haga más tarde, ya que los lobos saldrán tan pronto como oscurezca. Y los lobos sirven a Kalidor: son sus ojos, sus oídos, su nariz —le dijo—. Pueden oler la Espada Maldita como si fuera carne. Tendremos que poner bastante tierra por medio entre los lobos y nosotros.

Con un gruñido sujetó con unos clavos la tela desgarrada.

—Así que ensilla tu caballo.

—¿Mi caballo? —balbuceó Adam—. ¿Iremos a caballo?

—Tenemos un caballo para cada uno. ¿No sabes montar a caballo?

—No monto desde hace diez años, cuando era un niño.

—Entonces intenta recordarlo.

Ella le lanzó una mochila que aterrizó a sus pies.

—Recoge lo que necesites del interior de la choza. Toma toda la comida que puedas, ya que éstos son tiempos muy malos. Podemos pasar hambre.

Adam se agachó para coger la bolsa de lona cuando Lina se fue a ensillar los caballos.

—¿Hasta dónde iremos?

—Tan lejos como podamos —murmuró ella distraída—. Hay un problema, sin embargo, para llevar la espada, porque si Kalidor consigue seguir su rastro, puede alterar nuestra ruta. Necesitamos unas cajas que nos protejan, como las que llevan las brujas. Necesitamos ponernos en contacto con la tía de mi madre, una bruja llamada Elena, que tiene conocimientos sobre tales cosas.

—¿Dónde la encontraremos?

—En algún lugar de las llanuras en dirección hacia el norte del bosque.

—¿*En algún lugar?*

—Se mueve mucho por los alrededores. Pero se la encuentra generalmente cerca de las grandes ciudades, donde realiza trucos de magia para los viajeros estúpidos y les saca su oro.

Lina tensó la cincha. Puso su ballesta delante de ella sobre la silla y se colgó un pequeño arco de caza, con sus finos dardos de metal, de su cinturón trenzado.

Mientras Adam continuaba luchando para organizarse, ella desató su inquieto caballo y saltó sobre sus lomos. Lina murmuraba suaves frases al oído del animal mientras el muchacho se apresuraba al comprobar que la tormenta retumbaba por el oeste. Negros nubarrones se desplazaban lentamente hacia el este, y pronto los tendrían encima de ellos. Ella pensó que aquello podía considerarse un signo de que ni siquiera los terribles caballeros negros eran infalibles. Con la lluvia para protegerles y limpiar sus huellas, la tarea de perseguirles se vería dificultada, y las criaturas de la noche no conseguirían leer las señales.

—¿Estás listo?

—Casi —dijo Adam, mientras envolvía la Espada Maldita en una tela.

No serviría de mucho, pero él se sentía bastante más tranquilo teniendo la hoja fuera de su vista. Le inquietó el pensar que la espada podría llamar y guiar a sus enemigos hacia él como una tea encendida. Cuanto más pronto fuera destruida la Espada Maldita por el Fuego Eterno, más feliz se sentiría.

CAPÍTULO 8

Se encaminaron hacia el norte siguiendo un sendero que se abría entre los árboles. El bosque les rodeaba conforme avanzaban: columnas verdes y grises, océanos rojos y pardos, flores, semillas y espinos, abejas e insectos saltarines, pájaros cantarines y susurrantes. Las ardillas jugueteaban entre los orgullosos pinos o construían sus nidos entre las copas de los árboles cuajados de hojas. Los dulces castaños cubrían el suelo; las enredaderas trepaban y luego descendían silenciosamente.

En el lecho del bosque se podían ver capas de hongos multicolores que desprendían toneladas de esporas. El dulce rocío de las flores caía sobre colonias de hormigas que peinaban el suelo. Por doquier se extendía un fuerte perfume a flores y un olor a hojas podridas, aunque el olor a tierra húmeda prevalecía sobre los demás. Encontraban también señales de animales y, a veces, zorros y ciervos surgiendo de los claros. El bosque se extendía como una amplia capa, y como si fuera un ser vivo vagaba hacia arriba y hacia abajo. Nunca estaba igual, pero se movía, se levantaba y se inclinaba a través de peñascos y depresiones. Cubría un paisaje de ríos y barrancos, de cumbres de granito y de caídas monumentales. Las cascadas acababan en baños de espuma, convertidas en el llanto del bosque. Las llores, por otra parte, eran su sonrisa.

Cruzar el bosque podría llevarles varias semanas. Estaban también aquellos que vivían en su interior y que nunca habían salido fuera. El bosque era su hogar, no conocían nada del vasto mundo que se extendía más allá. Allí vivirían y morirían, y allí sacarían adelante a sus familias, y nunca se cuestionarían en dónde se hallaban. Si las naciones hacían la guerra o si reinaba la paz, tampoco les afectaba demasiado.

Entre aquellos árboles vagaba una banda de hombres que atacaban a los demás. Eran los delincuentes y ladrones, y los asesinos del bosque. Les llamaban *bandidos*...

Adam se detuvo para limpiarse el sudor de la cara, porque el aire era sofocante. Se encontraban en el área de las torrenteras y de los barrancos, en

donde se elevaban enormes coníferas como si fueran torres. Las cascadas se hundían retumbando, lanzando velos de espuma. Nubes de mosquitos zumbaban a través del aire húmedo como si se deleitaran con las tormentas que se aproximaban. Pero eran simplemente las sombras de las nubes que avanzaban moviéndose despacio por encima de sus cabezas en su largo viaje hacia el este.

El caballo de Adam, *Alón*, jadeaba fatigosamente. El camino que seguían era estrecho y empinado, y muy resbaladizo por el musgo. Además, a unos pocos pasos a su izquierda se encontraba una profunda garganta. Las moscas que volaban alrededor de su cabeza le incomodaban y no paraban de marearle. Quería volver al pacífico bosque y buscar un lugar en el que descansar lejos de aquellas molestas moscas. Adam no podía menos que compadecerse de él. Había mejores cosas que caminar penosamente a lo largo del sendero, con el trasero magullado mientras las moscas se te comen vivo. Se quedó mirando a su alrededor tratando de descubrir hasta dónde habían llegado, y notó cómo se movía una sombra.

Algo estaba emergiendo de un espeso bosquecillo de árboles, a unos cincuenta metros, debajo de un montículo rocoso. Algo se hallaba sobre corceles de color negro azabache que avanzaban como un trueno. Eran los bandidos...

—¡Por todos los dioses! —gritó Adam cuando divisó a la banda al galope, bajando por las rocas y extendiéndose como un abanico para impedir que alguien escapara.

Él apenas pudo moverse sobre la silla, aturdido por la velocidad con la que ellos avanzaban y aterrizado por el ruido que producían. Si Lina no se hubiera inclinado para dar unas palmadas sobre las ancas de *Alón*, los atacantes le habrían aplastado. La muchacha dio un grito que puso bruscamente en movimiento a los caballos, y les hizo marchar a través del claro, abriéndose paso entre las ramas sobre un terreno mojado. Luego se desvió de repente al alcanzar unos matorrales y un espino que se hallaban delante de ellos.

Los animales galopaban derechos hacia un río crecido por las lluvias, formando mantos de espuma que brillaban como un galón plateado. Pasaron sobre unos troncos caídos con pasmosa facilidad, saltando como gacelas.

Adam luchó para no caerse de lomos de *Alón*, esquivando raíces y piedras, y siguiendo a *Ramadeen*, el caballo de Lina. Las ramas le golpeaban el rostro, y escuchaba el sonido de su propia voz en sus oídos. Cada vez que *Alón* resbalaba, y lo hizo varias veces, a Adam le daba un vuelco el corazón.

Los cazadores que le seguían ganaban terreno. Sus andrajos, hechos jirones, de color verde y negro, parecían fundirse con la penumbra del bosque. Al observar las dificultades que estaba teniendo Adam, Lina se desvió repentinamente del camino y tomó una senda más suave, esperando ganar terreno en el interior de la densa penumbra, por debajo de las negras coníferas. Los dos caballos tronaban a través del bosque, hundiéndose en la maleza y casi chocando con los abetos, tan absortos en la persecución a la que les estaban sometiendo que casi se olvidaron de los jinetes que llevaban sobre sus lomos. Cada uno de ellos corría para alcanzar al caballo que iba en cabeza abriendo camino. Con la lengua fuera, resoplaban con los pulmones a punto de estallar. Se sentían invencibles.

El terreno se fue haciendo más escarpado y traicionero; los árboles altos escaseaban ahora, pero por debajo del cielo amenazador los animales no dejaban de galopar, imponiéndose un ritmo desesperado. Alcanzaron así una llanura accidentada situada en el corazón del bosque: un lugar en el que se encontraban riscos elevados hasta donde se alzaban halcones de alas grises, un lugar en donde los ríos se convertían en cascadas que encharcaban la tierra.

Pero los bandidos, sobre sus negros corceles, iban ganando terreno, compitiendo con *Alón*, zancada a zancada. Adam podía sentir su aliento a lo largo del cuello; podía oler su suciedad y su sudor.

Sombras como si fueran un hado gris se acercaban a él por ambos lados. Eran formas oscuras, de piel y harapos, que poseían ojos llameantes llenos de furia. Sentía el viento de acero como la hoja de una espada lanzada contra su rostro, y oyó además un perverso susurro. Pero no podía ir más deprisa. *Alón* había dado de sí todo lo que podía. Estaba escupiendo sangre al final de su valiente y condenado intento de resultar invencible. Visiones de una matanza pasaron a través de su mente: imágenes de dolor y de acero, y de oscura sangre derramándose por doquier. Los golpes de tambor que oía en su cabeza eran los latidos de su corazón. Dio un gran salto para frustrar la suerte que le esperaba, chocó contra algo, y se formó un revoltijo de miembros que luchaban por salvarse en aquella pendiente traicionera que conducía hacia un cañón lleno de espuma. Pero el caballo se estaba cayendo, resbalando inexorablemente, rodando por la pendiente que llevaba hacia el borde del cañón, mientras Adam con un pie enganchado en el estribo, estaba siendo arrastrado tras él.

Cayeron hacia el declive, en donde el agua plateada se alzaba como un velo desde el cañón. Rocas afiladas se levantaban por todos lados como

cuchillos esperando para clavarse, y el agua de las cascadas rugía al caer con enorme estrépito.

Cuando Lina se detuvo al notar la desesperada situación, vio cómo jinete y cabalgadura caían arrojados hacia aquella especie de nubes plateadas, y luego se hundían como piedras bajo las aguas para alimentar la creciente espuma...

CAPÍTULO 9

Adam se vio lanzado hacia un gran caldero de espuma, furia y agua. El caballo llegó precipitado desde la altura, y levantó columnas de agua de la superficie, mientras los ecos de su caída se mezclaban con el rugido y el ruido atronador de las cascadas. El agua se cerraba alrededor del joven, y el ruido que taladraba sus oídos le dejó prácticamente sordo. El frío sacó de golpe el aire de sus pulmones, mientras el susto hizo que su pecho se contrajera. Comenzó a luchar para subir hacia la superficie, frenado por el peso de la espada que llevaba colgada a su espalda, pero cada vez que asomaba a la superficie era succionado hacia abajo de nuevo, llevado por la corriente.

Unas resbaladizas rocas negras se mofaron de él cuando sus dedos las rozaron intentando asirse a ellas. Los elevados riscos que se hallaban por encima eran lisos como el vidrio pulido. No había allí ni ramas de plantas trepadoras ni raíces extendidas que le sirvieran para agarrarse. Mientras era golpeado repetidamente contra las paredes del cañón notaba cómo la fuerza desaparecía de sus miembros congelados y sentía que el terrible tirón del remolino se apoderaba de él. Exhausto y magullado, Adam hizo un esfuerzo desesperado para agarrarse a una repisa de piedra que se encontraba por encima de la línea del agua, pero la corriente le arrastró y le sumergió bajo la cascada; luego le escupió de nuevo hacia fuera.

La fuerza le lanzó hacia una especie de cueva situada tras la cortina de agua, un tétrico pozo, muy oscuro, en donde la intensidad de la furia que se sentía a su espalda resultaba tan sólida y densa como una sábana de duro acero. Totalmente indefenso, sólo podía oír el mudo atronador de las olas al golpear contra las rocas. Su corazón sonaba como una carraca en el interior de un pecho agotado. Y cuando pudo examinar el entorno no descubrió otra forma de salida sino la que había a través del agua en forma de cascada, que podía convertir sus miembros en polvo. A menos que la fina grieta que se abría en la cueva y a través de la cual asomaba alguna luz llevara a algún lugar...

Sobre las escarpadas rocas que se alzaban por encima del cañón, lleno de espuma, el jefe de los bandidos detuvo su caballo. El viento le azotaba y

tiraba hacia atrás con fuerza de sus ropas harapientas, haciendo que su larga capa negra se extendiera como grandes alas abatidas. El caballo sobre el que había cabalgado piafaba con fuerza en el suelo y relinchaba. Mientras el negro animal se sacudía, haciendo crujir su arnés, el hombre se inclinó para asomarse al cañón, protegiéndose los ojos contra las ráfagas de viento que allí soplaban. Pudo ver el caballo tordo forcejeando contra la corriente, tensando todos sus miembros para alcanzar la playa que se encontraba lejos de allí. Pero del joven que había caído con él, ni una señal; el caballo medio ahogado parecía estar solo. O el río se había tragado al muchacho, o había sido llevado lejos por las aguas, aunque parecía imposible sobrevivir a la caída, ya fuera por la tremenda fuerza del agua, o por las temibles rocas que se alzaban por doquier como dientes afilados.

Pero el bandido no se movía de allí. Parecía sorprendido y trastornado. Algo acerca del joven le daba vueltas en la cabeza..., algo acerca de ropas o pertenencias que llevaba..., algo a su espalda...

El bandido no era consciente de ello, pero la voluntad de Kalidor se había extendido para tocar el entendimiento de los hombres. El mandato del Caballero Negro había sido:

—*Traedme la Espada Maldita...*

Y la mente del bandido lo había oído...

Casi se había olvidado de la banda que se hallaba detrás de él, el grupo de hombres vestidos de negro sentados sobre sus inquietos caballos; y que ahora contemplaban el rastro dejado por la presa que se les había escapado y que estaba apremiando a su caballo tordo. La muchacha se alejaba de ellos mientras su jefe Robart miraba la pequeña extensión de agua que no prometía ninguna recompensa. Pero ellos no sentían la fuerza de la profunda determinación del Caballero Negro, que estaba haciendo de él su esclavo.

CAPÍTULO 10

El aire se iba enrareciendo mientras Adam avanzaba lentamente, acercándose a una pared. La grieta le había conducido hacia un mundo de cuevas, un laberinto subterráneo de antiguas minas de hierro. Las paredes habían sido apuntaladas con maderos tan viejos como el tiempo, que se habían convertido en piedra. Una pálida luz gris se filtraba entre unas cañas colocadas en el suelo. Por las paredes goteaba un agua roja como la sangre, manchada por el mineral. Los huesos de las criaturas perdidas que no habían encontrado la salida, se hallaban amontonados allí, en pilas abandonadas.

Las ratas de la cueva saltaron por encima como si fueran hojas cuando Adam avanzó en medio de la oscuridad para coger la Espada Maldita. La sujetó, apuntando hacia delante, temeroso de que alguien pudiera estar al acecho en aquella olvidada tumba... Pues acababa de oír un murmullo de voces, voces que hacían pensar en la muerte y que exploraban los caminos del dolor. El sonido que llegaba era tenue, pero, aun intentándolo con todas sus fuerzas, Adam no pudo expulsarlo de su mente. A veces las palabras le perseguían, otras veces lograba apartarlas de sí. Cuando aquellos que murmuraban se movieron, caminando sobre los huesos viejos y secos, se dejaron oír como si fueran seres inhumanos...

Lina detuvo a *Ramadeen* cuando se dio cuenta finalmente de que ya no estaba siendo perseguida. Los bandidos habían hecho un alto en la parte superior del cañón que se encontraba lleno de nubarrones, e inspeccionaban el terreno, buscando un camino que les permitiera bajar. Alejada cosa de un kilómetro de ellos, podía verlos desde arriba relativamente segura.

Se encontraba en una pequeña meseta elevada desde donde divisaba el cañón, y donde podía dejar que *Ramadeen* descansara junto a un caudaloso río. Desde el aventajado lugar en el que se encontraba podía divisar casi todo el panorama que se extendía ante ella. Por el norte se elevaban las cumbres de unas montañas, y por el este se desplegaban las onduladas llanuras amarillas que se extendían a sus pies. Podía contemplar los hilos plateados en que se

convertían los ríos en la distancia sobre las llanuras cuando se encaminaban por el oeste hacia el mar.

Ensombreciendo todo esto se hallaba la inmensidad del bosque, que se extendía sobre la tierra como si fuera el manto desplegado de Dios. Los valles y las peladas pendientes eran como las arrugas en una tela; sus ríos constituían las costuras.

El día se había aclarado cuando la amenazadora tormenta que envió el Caballero Negro se retorció sobre sí misma como cuando se desinfla un balón, y las únicas nubes que allí se podían ver eran las enormes bandadas de aves silvestres que volaban sobre las llanuras.

Cuando la brisa tiró con fuerza del cabello de Lina, ésta dejó sueltas las riendas de *Ramadeen* y le permitió que trotara un poco por entre las rocas cubiertas de musgo. Después le llevó pendiente abajo, esperando encontrar un rastro que la acercara al cañón.

Dos horas más tarde los bandidos cruzaron un estrecho puente sobre un caudaloso río. Se encontraron en algún lugar al norte del sitio donde Adam había caído, y en donde el río había ido formando meandros hasta que se cruzó en su camino. Desde allí no sería difícil ascender corriente arriba. Las orillas casi habían desaparecido y se inclinaban hacia el agua formando suaves terrazas dispuestas en bancales en los que crecían jóvenes sauces. Allí Adam podría agarrarse para salir, y..., como por casualidad, Lina en ese momento reconoció su caballo. *Alón* pastaba en un pequeño prado salpicado de verónicas azules, desensillado y caminando penosamente. Parecía que hubiera pasado la noche bajo una tormenta. Pero no se percibía rastro alguno de su perdido jinete, aunque Lina cabalgó un poco río arriba voceando el nombre de Adam. Sólo el eco desde los negros peñascos que se encontraban frente a ella le contestó. Lina tomó las riendas de *Alón* y subió un poco a medio galope buscando hacia el oeste con la esperanza de encontrar algún rastro del muchacho, aunque parecía una tarea desesperada localizar a Adam ahora en el bosque. Esperaba sentir la presencia de la espada, porque los conjuros que se hallaban en el interior de su corazón dejaban oír el sonido de una sirena, y una o dos veces había sentido ese sonido, como si fuera un estremecimiento lejano. Pero Lina era también conocedora de que algo malévolo les esperaba más adelante. Algo oscuro y siniestro, más antiguo que las mismas colinas, que se hallaba escondido en el camino de la Espada Maldita.

Sentía cómo dos grandes ejércitos se estaban acercando de un modo implacable; los antiguos conjuros de la Espada Maldita por un lado, y la negra

forma de un arte envenenado. De pie sobre la ladera de la colina, Lina notaba cómo su corazón se helaba dentro de su pecho...

CAPÍTULO II

— **T**ú has venido para matarme —oyó decir a una criatura desde la oscuridad ante la que él se encontraba.

Adam apenas podía ver al animal, aunque sentía su terrible corpulencia y captaba el hedor a muerte que flotaba a su alrededor. Podía también oler su rancio aliento y sentir sus lametazos alrededor de sus pies. Sabía que le estaba observando con unos ojos que amaban la oscuridad, ya que era un animal de la noche y hacía tiempo que no contemplaba la luz del día. Y ahora podía ver las gruesas cadenas de hierro que le ataban a la pared en donde se hallaba, sobre unos charcos llenos de cieno.

—Por fin el Caballero Negro Kalidor ha enviado a alguien para que ponga fin a mi tormento.

—Yo no soy un asesino —dijo Adam con suavidad, aunque llevaba levantada la espada para mantener a raya a la criatura.

—Entonces aparta tu espada, ya que yo no tengo fuerzas para luchar. Estoy en la miseria...

El jefe de los bandidos lanzó un gruñido cuando algo que se encontraba en el aire le sacó de su ensimismamiento. Se oyó un sonido desde algún lugar hacia el sur: el sonido que podía hacer un perro cuando lucha por hacerse con un hueso, tan distante y débil que apenas podía detectarse con el ruido que producía el viento. Sin embargo, Robart lo captó y le dio vueltas en su mente, sabiendo, instintivamente, que ese sonido lejano era el de un animal poderoso, y que una fuerza había penetrado en el mundo.

El sonido arrancaba de las mismas entrañas del bosque, en dirección al sur, donde ciénagas envenenadas marcaban el fin del reino. Algo surgió desde el fango para embriagarse de ese aire fétido y envolverle con velos de fuego. Era el Antiguo Guerrero, que había recorrido un gran trayecto a través del tiempo para dar con la espada perdida por el malvado Kalidor, aunque los conjuros habían ido más allá de lo necesario, y el Antiguo Guerrero tenía que mantenerse alejado de la tierra. Los viejos magos, en su isla maldita, habían dedicado enteramente sus vidas a servir los deseos del Caballero Negro, y

habían arrojado una maldición que ni ellos mismos podían controlar y que amenazaba al mundo. Sólo su dueño y señor, Kalidor, cada vez más enfermo, orgulloso y presuntuoso, pensaba que poseía la inteligencia necesaria para enviar de nuevo las fuerzas de la oscuridad, al ser él el único que no tenía miedo.

—¿Qué estás escuchando? —preguntó uno de sus hombres mientras las sombras caían sobre las cicatrices de Robart.

—Algo lejano, y que se encuentra hacia el sur, buscando lo mismo que nosotros. Un rival en la búsqueda de la espada.

La mirada de Robart se deslizó hacia un lado para escrutar a fondo a través del cañón, justo en el momento en el que Lina también lo había hecho, y él pudo detectar la espada. Avanzaba por debajo de los peñascos y sobre la playa, hacia un objetivo fatal...

—Abandonaremos aquí la búsqueda. Viajaremos hacia el oeste para encontrar un camino que lo atraviese.

Robart miró una vez más hacia el sur, lugar de donde el Guerrero quedaba aún un poco alejado. Sabía que debía localizar la espada antes de que llegara la nueva fuerza. Hablaba de un mal de tal magnitud como nunca había conocido, mayor que el antiguo y amenazador poder que se encontraba bajo las colinas. Parecía como si por todas partes fueran surgiendo negras fuerzas del mal atraídas por la Espada Maldita...

Desconocedor de todo esto, Adam se enfrentó a sus propios problemas en el complejo de minas que se encontraban por debajo de los riscos de piedra negra, en donde una inmensa criatura obstaculizaba su camino y los demonios que eran sus esclavos se habían reunido detrás de él.

La bestia podía tragárselo. Adam se dio cuenta de repente de eso, mientras sus ojos cansados se adaptaban a la lóbrega oscuridad; la criatura parecía llenar la mina, su aspecto era horrible y sus seis miembros parecían estar hinchados. Podría compararse con una enorme babosa o crisálida gris, con unas cavidades del tamaño de un puño para respirar, que resollaban y dejaban caer flemas. Sus dientes sobresalían entre fragmentos de carne que colgaban como banderas hechas jirones. Su olor era repugnante.

Sin embargo, a pesar de su aspecto monstruoso y del envolvente olor a muerte, no le había amenazado ni tampoco realizó ningún movimiento de acercamiento, atrapada como estaba por las cadenas que la sujetaban a la pared, y hacían de ella un ser lastimoso. Gemía desesperadamente y se

retorcía como si le doliera algo, haciendo girar en su rostro unos ojos amarillos y putrefactos.

—Tú has venido para matarme. Kalidor se apiada al fin de mí —continuó murmurando la criatura.

Adam se encontraba al mismo tiempo aturdido y conmovido por la bestia.

—No vengo de parte de Kalidor, y no soy tampoco un asesino.

—Vienes para atormentarme —gritó la criatura penosamente, aunque sus ojos dejaban asomar una pizca de astucia—. Por favor, mátame inmediatamente, deja que la muerte me sorprenda, ya que me encuentro angustiado. Durante un milenio me he podrido entre estas cadenas pidiendo que la muerte pusiera fin a este miserable estado, ya que yo era un hombre hasta que me crucé con Kalidor, quien me arrojó a este pozo. Envió a magos malvados para que por medio de hechizos me transformaran en lo que ahora ves. Durante mil cien años mi vida ha ido perdiendo su fuerza. Por favor, acaba con ella noblemente.

—No soy un asesino —dijo Adam sintiéndose incómodo, mientras intentaba que sus miembros dejaran de temblar.

La espada era pesada y quería dejarla en el suelo. Quería sentarse y encontrar tiempo para pensar. Aquello era demasiado para él, y la presencia de la criatura le turbaba. Sentía la malicia y temía el modo en que le miraba y, sin embargo, se había visto atrapado por el dolor durante siglos. ¿No se apiadaría de la criatura al saber que Kalidor le había preparado ese destino?

Como si hubiera tenido conocimiento de este pensamiento, la bestia habló de un modo apremiante.

—Veo que te causo un gran horror. Si hay algún espacio en tu corazón para la piedad, por favor, mátame inmediatamente. Yo también fui un hombre antes, un padre y un hijo. Preferiría encontrar la muerte ahora que seguir así un solo día más. Soportar simplemente una hora más ya es demasiado, mi corazón no puede ya con tanto dolor. Libérame, permíte que pueda descansar en paz. Golpéame en el corazón. Amigo, ten misericordia.

—Yo no puedo matarte —dijo Adam—. Es algo que no puedo hacer.

La enorme criatura asintió como si pudiera entenderlo.

—La compasión a veces es cruel. No podemos matar para salvar, y así permitimos que continúe el dolor. De ese modo tienen lugar las cosas, según parece.

—¿No puedes romper tus cadenas?

—Han sido atadas con conjuros. Nada puede romperlas.

—¿Qué sabes de la Espada Maldita? —le preguntó Adam con cautela.

—La hoja de la Espada Maldita podría romper las cadenas de acero y deshacer los conjuros. Pero ya no existe la Espada Maldita. La Espada Maldita fue destruida. La Espada Maldita...

—Yo la tengo.

Se produjo un momento de silencio en el que ni se movió ni respiró nadie en el interior de la oscura mina. Ni la inmundada criatura, que parecía encontrarse hipnotizada. Ni los negros y rastreros demonios, que acallaron su charla sobre la muerte. Ni tampoco el propio Adam, que se vio perturbado por la idea de que no debía haber dicho nada. Se hallaba sobrecogido y débil por el sufrimiento, y no estaba entrenado para luchar de otro modo que con su inteligencia, lo que suponía un arma inservible cuando su boca se abría y desvelaba sus secretos...

—Tú eres en verdad el señor de las tormentas y de la muerte sin redimir —murmuró la bestia gris.

—No soy ni un guerrero ni un caballero —dijo Adam—. Simplemente tengo conmigo la espada; ese es mi único papel en todo esto. La espada debe ser destruida.

La bestia gris inclinó su cabeza.

—Así sea —dijo.

—Yo cortaré tus cadenas si me dejas pasar. Pero si haces cualquier movimiento en falso, te la clavaré en el corazón...

La enorme criatura se levantó; luego, con una inclinación de cabeza, le dijo respetuosamente:

—Tienes mi palabra. Seré tu siervo.

—No quiero un siervo —le dijo Adam—. Te voy a liberar simplemente porque has sufrido durante mucho tiempo.

Dio un paso hacia atrás para tener espacio para poder balancear la espada y formar un arco para dejarla caer. La hoja cortó el aire en la oscuridad y despidió unas pequeñísimas llamas amarillas.

Vio cómo otra llama oscilaba en el aire, la misma llama azul que divisó cuando aquella criatura salió de los infiernos. Pero en esta ocasión se echó hacia atrás como si temiera acercarse a la espada.

Con cautela dio un paso hacia delante, hacia el lugar en el que se encontraba la criatura jadeando y distinguió unas llamaradas de fuego en sus ojos, bailando como lenguas hambrientas. Luego, la mina resplandeció de luz.

Pero cuando Adam levantó la espada para golpear las cadenas, la bestia gris dio un salto y lanzó un gemido, a continuación se oyó el sonido de un trueno, y se le levantó un trozo de carne lleno de pus, y luego agarró la espada

y la hizo caer de su mano. La bestia se movió con tal fuerza, que el ímpetu le hizo tambalearse hacia atrás. Adam no había conocido antes tanto dolor y tanta rabia. Esta rabia relampagueó en el interior de su mente, después intentó agarrar su corazón y casi le cegó.

Inmediatamente la llama azul se extendió e iluminó su rostro. Se vieron chispas que lanzaba la carne, y cómo la grasa chisporroteaba. A continuación la bestia gris alzó las manos para arrancarse los ojos. Estaba agonizando mientras la llama se iba extinguiendo, tocando y abrasando la carne.

La bestia gris, en el paroxismo de la cólera, soltó un rugido, pero no pudo tocar la llama que la atormentaba.

Cuando dejó la vaina de la espada repiqueteando en el suelo, el oscuro espacio se llenó de luz procedente de unas grandes llamaradas de color naranja. Adam recogió la espada y dio un salto para situarse junto a la criatura, para poder clavársela en el corazón. La espada resplandeció en su mano como si supiera dónde se encontraba el peligro, y antes de que Adam pudiera darse cuenta había asestado un golpe mortal.

El grito de la bestia fue horrendo, parecía no tener fin, era como si la criatura no pudiera morir y fuera a continuar gritando para siempre. Cuando se extinguió su última nota, los maderos de la mina sonaron como si unas campanas hubieran sido tañidas en los infiernos. Luego se hizo el silencio, y la llama azul desapareció; la bestia gris se convirtió en polvo por debajo de un fuego que se iba consumiendo. Los negros demonios desaparecieron como espantados por la luz. Adam quedó rebozado en el lodo...

Cuando se recobró, se dirigió en dirección norte hacia la entrada de la mina. Habían colocado maderos para impedir el paso a la gente que fuera por allí, pero Adam echó abajo la barrera de un puntapié y se encontró de nuevo al aire libre sobre la ladera de una colina, bañada por la luz anaranjada que sobre ella arrojaba la puesta de sol. Las obras de la mina, que se encontraban detrás de él, parecían abandonadas. La triste y engañosa bestia se había visto liberada al fin para atormentar otros mundos.

Adam había conocido el sabor de la sangre al utilizar la Espada Maldita, y pronto se daría cuenta de que en este mundo en lucha abierta nada quedaba igual con la presencia de la espada, tal vez ni siquiera él mismo. Ya que parecía que, más que ninguna otra cosa, la más deseada y codiciada por todos era la espada, y mientras la llevara consigo tendría muy poco descanso. Incluso ahora había sido víctima de sus tretas, que tan sólo ofrecían muerte.

Se encontraba exhausto física y anímicamente, envidiado, desdeñado y temido por todo lo que se hallaba en aquella tierra. Ya había sido víctima de

la magia de la espada, y mientras la hoja continuara con él sus destinos se verían entrelazados. No había ninguna otra salida posible hasta que él arrojara la espada al Fuego Eterno...

Lina le encontró descansando cerca de unas rocas al abrigo de la brisa del atardecer. Él observó con cautela a la cazadora rodeada por los rayos anaranjados del sol poniente. El viento tiraba hacia atrás de su cabello y los caballos que se encontraban detrás de ella relinchaban sin parar. Lina no le preguntó a Adam qué horrores había visto, ya que podía sentir el asombro y el dolor que se habían apoderado de él. En silencio le agarró de la mano y le condujo ladera abajo en busca de un río para lavarse...

CAPÍTULO 12

Esa noche acamparon en un refugio formado por antiguas coníferas que habían sido arrancadas por las terribles tormentas invernales y lanzadas contra un risco. A cierta distancia, por detrás de ellas, los bandidos intentaban encontrar su rastro en la creciente oscuridad. Delante de ellos les esperaban los peligros y placeres de su viaje hacia el norte.

Encendieron un fuego en el lugar en donde acamparon, y observaron cómo el humo se elevaba a través de las ramas y adoptaba la forma de serpientes enroscadas por encima de los árboles. Después vieron salir las estrellas, que brillaban como perlas diseminadas en un mar negro azabache. Lina agarró un conejo que había cazado con su arco. Bebieron en unas copas un tanto viejas que sacó de su morral. Luego hicieron un colchón de helechos y se acostaron sobre él, junto al crepitante fuego.

Las sombras cayeron sobre ellos cuando se tumbaron envueltos en finas mantas, con sus cabezas apoyadas sobre las alforjas. El viento de la noche susurraba los árboles, facilitándoles el sueño.

Adam conservaba la Espada Maldita junto a él, temiendo perderla de vista. Desde que salió de la lóbrega mina la había tenido todo el tiempo junto a él, conocedor de cuanto significaba. Era el símbolo del terror y de la esperanza; un icono para los condenados; una antorcha para alumbrar el camino. Le había tocado a él, un extraño en esta tierra, para forjar su destino. No podía confiar en aquel lugar, con su magia y deseos, y tenía que hacerlo lo mejor posible con lo poco que conocía. Una de las cosas que Adam sabía era que no habría paz mientras la Espada Maldita continuara existiendo. Sin embargo, era tan hermosa que deseaba mirarla; quería sacarla de su funda de tela. Quería sentarse tranquilamente junto al agradable fuego mientras la sostenía sintiendo su peso en las manos. La hoja parecía estar susurrando mientras permanecía a su lado, como pidiéndole que alargara la mano y la cogiera. Pero sabía que los hechizos encerrados en lo profundo de su corazón estaban intentando seducir su mente.

Hizo esfuerzos para pensar en otras cosas. Pensó en los amigos que había dejado atrás, en la familia que había quedado en su hogar, y se preguntaba cómo podría escaparse de este nuevo mundo, y si sobreviviría a la lucha. Ya

que estaba seguro de que tendría que combatir para poder marcharse de aquella tierra, en donde cada árbol y cada piedra parecían verse arrastrados hacia la espada; en donde todos los que se encontraban, que suponían un obstáculo, reclamaban solamente la espada. Miró a Lina mientras descansaba junto al fuego, con sus grandes ojos oscuros perdidos en la luz suave e inconsciente del fuego. ¿Cómo podrían atravesar los dos aquellas tierras terribles, llevando consigo la Espada Maldita?

CAPÍTULO 13

Abandonaron el bosque a primera hora de la tarde tres días después. El sol calentaba mucho en un cielo de un claro color cobalto, y el aire quemaba como si fuera fuego y estaba tan quieto que no se movía ni una hoja mientras cabalgaban a través de las desparramadas filas de arbustos que formaban las tropas de vanguardia del bosque en su batalla interminable con la llanura. En línea recta, por delante de ellos, se extendía un mar de verdes y pardos cercado por las laderas de las montañas hacia el norte, que con sus faldas escarpadas y grises parecían constituir un sólido dique construido para contener la marea. A lo lejos, al este de donde ellos se encontraban, aparecía una segunda hilera, y en algún lugar hacia el oeste se hallaba un inmenso mar hirviente. Pero su camino seguía recto hacia delante, a través del árido cinturón conocido como Kalamargue.

Dieron de comer a sus caballos antes de proseguir la marcha, y preguntaron a un guardia fronterizo acerca de la distancia que les separaba de las ciudades más próximas. La más cercana, en línea recta como el vuelo del cuervo, se hallaba a dos días de allí a caballo. Se llamaba Paridoor, era un lugar sórdido, con garitos para el juego y tabernas, pero Lina pensó que ése era el tipo de lugar en el que su tía abuela, la bruja Elena, podría encontrarse, pues la vieja dama amaba las ciudades pobres y cutres.

Mientras espoleaban los caballos sobre la verde pradera oyeron el grito lejano del Antiguo Guerrero. No sabían lo que era, pero ambos sintieron cómo se agitaba su corazón al escuchar el sonido, que se iba acercando a ellos a una velocidad realmente inverosímil, avanzando a través de los árboles como si no fueran sino paja, acabando con todo animal que se cruzara en su camino, y matando a todos los hombres que encontrara a su paso.

Cuando las sombras de la tarde empezaron a caer lentamente sobre la llanura, buscaron un lugar para descansar. Se notaban cansados y entumecidos por el mucho tiempo pasado sobre las sillas, y el calor incesante y el polvo les habían acabado de agotar. Un baño y un lecho de plumas eran algunas de las cosas por las que serían capaces en aquel momento de vender sus almas.

La posada que surgía ante ellos no parecía el mejor sitio para alojarse, sino la clase de lugar donde las pulgas se las ingenian para echarle a uno de la cama; pero podría ser mejor que el duro suelo. Además, el aire de la noche se hacía cada vez más frío, extendiéndose sobre la llanura en forma de ráfagas como si se tratara de unas alas de hielo. Era una de esas noches en las que los lobos grises podrían merodear por allí en busca de sangre y carne.

Llevaron sus caballos hacia el establo que se hallaba detrás de la posada, y los dejaron sobre un lecho de paja lleno de ratas. Luego, se dirigieron a través del polvoriento corral hacia la entrada de la taberna. Era un lugar peligroso y turbulento adonde la gente iba a pelear, así que se quedaron fuera un rato mientras decidían si valía la pena entrar o no, aun perdiéndose el lecho de plumas. Pero el dueño les vio y les animó para que entraran, mientras se limpiaba las manos llenas de grasa sobre su sucio delantal. A continuación les sirvió unas bebidas fuertes y les ofreció también comida. Intentó cogerles sus morrales, pero Adam se pegó al suyo, y lo metió debajo de la mesa, situándolo fuera de la vista. Después les mostró una especie de cabina parecida a un armario de albañilería que se hallaba debajo de las escaleras de la taberna, para que guardasen allí sus cosas si querían.

Mientras masticaban la grasienta comida que les trajo una muchacha, contemplaban a los que se dedicaban a jugar, beber y pelear. Nadie les molestó. Tan sólo les miraron de arriba abajo, ya que los parroquianos estaban muy interesados en que surgiera una nueva pelea, y ambos se dieron cuenta en seguida de que estas broncas constituían uno de los motivos principales para que fueran allí los clientes. No era la extraña comida o la ligera y exquisita cerveza, su mejor amigo lo encontraban en la camaradería de los golpes. Ahora bien, aunque se asestaban muchos trastazos, no se hacían realmente daño.

Al cabo de un rato, los dos habían olvidado lo que les rodeaba y empezaban a acordarse de lo cansados que estaban... Fueron conducidos escaleras arriba por una mujer muy gorda, que era quien compartía el lecho del dueño de la posada y quien preparaba aquella comida tan grasienta. La habitación que les dieron era muy pequeña, pero los colchones, blandos, tenían en su interior plumas de oca. Además, las sencillas sábanas blancas que cubrían las camas estaban limpias. Atrancaron bien la ventana para evitar el frío de la noche, se metieron entre las sábanas y apagaron la vela, dispuestos a dormir. Se encontraban tan cansados que ni se dieron las buenas noches. Lo último que oyeron fue un enorme estruendo cuando alguien cayó escaleras abajo...

Al amanecer del día siguiente, Adam y Lina se pusieron en camino de nuevo, inmediatamente después de haber tomado su desayuno. Amanecía, y una ligera niebla gris se extendía sobre la llanura. Las lejanas cumbres de las montañas aparecían como si fueran siniestros pecios, restos de barcos en playas fantasmales.

Las ocasionales acacias parecían viajeros abandonados en una isla desierta; sus ramas se extendían como si llamaran a alguien de una manera muda y desesperada. Desde las colinas del este, los halcones volaban silenciosamente a través del aire apacible y suave de la mañana. Tomaron el polvoriento camino que cruzaba las grandes praderas, y se confundieron con los pequeños grupos de viajeros, la mayoría de ellos caldereros y comerciantes que llevaban sus mercancías hacia el norte, quienes les prestaron muy poca atención. Pero cuando comenzó a atardecer aparecieron por el camino filas de soldados encaminándose hacia el sur para reunirse allí con los batallones. El enorme armamento que llevaban, catapultas y ballestas, les obligó a salirse del camino por el que marchaban los soldados y a abrirse paso a través de la llanura.

Cuando el sol apareció abrasador sobre un cielo sin nubes, colonias de hormigas se elevaban en su danza nupcial, y nubes de aleteos de alas les hicieron buscar el terreno algo más elevado de un montículo. Desde allí intentaron descubrir la ciudad que buscaban en el norte, aunque no se podía ver nada excepto un leve resplandor. Mirando a su alrededor, Lina vio unas sombras que se iban extendiendo sobre la parte sur de la llanura. Algo avanzaba a galope tendido, levantando nubes de polvo de la tierra completamente seca y endurecida por el sol. Pasó un poco de tiempo antes de que incluso la agudeza de sus ojos de cazadora pudiera descubrir qué era. Cuando por fin se dio cuenta, dejó escapar un suspiro, y se apartó el espeso cabello que le caía sobre los ojos.

—Los bandidos se acercan —dijo ella—, y traen lobos. Vienen en pos de la espada...

CAPÍTULO 14

Los bandidos se detuvieron limpiándose el polvo y el sudor de sus rostros. Habían estado cabalgando durante casi quince horas, a lo largo de una noche heladora y un día agotador. Sólo la voluntad de Robart mantuvo la marcha de sus hombres. Pero incluso el jefe, aunque tocado por la llama de Kalidor, encontraba duro proseguir el camino. Su boca y su garganta estaban completamente resacas, sus ojos, rojos e irritados, y le temblaba el pulso. Continuó parpadeando, mientras miraba hacia delante tratando de ver a través de la neblina que caía sobre la llanura.

La manada de doce robustos lobos que había enviado el Caballero Negro para que les sirvieran de guías fueron de poca ayuda. A Robart le irritaban con aquel implacable afán en su avance a través del horno que suponía el aire de Kalamargue. Nunca se cansaban. Seguían hasta que la piel y la carne de sus patas se les desgarraban. Robart cogió una tela para limpiarse el rostro repleto de sudor y ardiente.

—Debemos de estar muy cerca —dijo a sus hombres.

—Muy cerca también de la muerte —murmuró uno de los bandidos que se hallaba detrás de él—. Los caballos están exhaustos. No podemos continuar la marcha a este ritmo.

—Los caballos continuarán al galope hasta que yo diga que pueden parar.

—¿Y cuándo será eso? ¿Cuando se encuentren destrozados por las bandadas de buitres o de halcones? Esto es una barbaridad.

Robart sabía que era cierto, pero no podía ahogar el ansia por hacerse con la espada. Si lograba encontrarla, podría gobernar el mundo entero. Podría también derrocar a los reyes y hacer que se le sometieran aceptando su poder. Podría ser el amo de la mitad del universo, rey de todas las tierras, dueño de la vida y de la muerte. Sus hombres serían sus esclavos, pero los esclavos más ricos que el mundo haya conocido jamás.

—Cabalgamos tras los dos jóvenes y los tenemos a nuestra merced sobre las llanuras —dijo con furia.

Sin embargo, mientras hablaba sintió una fuerza detrás de él que rompía en pedazos el mundo con un fuego atroz; una fuerza tan poderosa y negra que no podía sino temer las profundidades de su deseo. Hablaba de un poder

maligno mucho mayor que el de Kalidor, que provenía de un mundo que se hallaba más allá del entendimiento de los hombres. Y el sorprendente conocimiento de que era *el Guerrero* nació en él mientras sentía su furioso avance.

Miró hacia atrás como para ver su rostro; como para conocer la cólera que podía destruir un mundo. Como para llamar a la bestia que se había unido ahora a la carrera para reclamar la Espada Maldita.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó uno de los bandidos.

—Algo que se encuentra detrás, en el camino que hemos recorrido y que se acerca de un modo amenazador hacia nosotros. Si no damos alcance a los jóvenes, estallará una tormenta que devastará nuestras almas.

Robart no dijo más, sino que espoleó a su negro corcel, y le golpeó con su espada de plano cuando obedeció de mala gana. El caballo, totalmente agotado, tomó aliento, pensando que era la última vez que lo hada, y corrió al galope a través de la llanura...

En el interior de la torre solitaria sobre tina pequeña peña aislada, los hechiceros sudaban mientras comprobaban el pavoroso avance del Antiguo Guerrero que había penetrado secretamente desde otro mundo. ¿Podrían encontrar alguna vez un modo de hacer que regresara de nuevo a su mundo la colérica bestia? Había matado bordas de hombres en su viaje hacia el norte, y cada muerte parecía aumentar su poder. Era más negro que la noche, y cubría la tierra con ríos de sangre y lodo.

Desesperados, enviaron un mensajero a hablar con Kalidor en su torre maldita. Le mandaron que fuera de rodillas sobre un lecho de brasas, como penitencia por su atrevimiento.

—Mi señor; los hechiceros, que han destruido muchas almas, me han hecho su mensajero —el criado levantó una mirada distorsionada por el dolor—. Pero no lo elegí yo, y he pagado así mi precio. Mi señor, no me queda piel ni en las espinillas ni en las rodillas. Los cuervos han picoteado mis ojos.

Kalidor respiró a fondo y dijo:

—Continúa.

—Los hechiceros están aterrorizados por el gran guerrero.

—Yo soy el gran guerrero.

—El otro guerrero. El Antiguo Guerrero. Dicen que ha trazado un camino a través de medio mundo, y ha destruido ya varias ciudades, así como

los acuartelamientos del bosque, y todas las posadas que ha encontrado a su paso.

—Luego deben hacer que se detenga —añadió el Caballero Negro.

—No encuentran el modo de hacerlo. Rompe todos sus hechizos. Si llega a hacerse con la espada, será invencible. Eso es lo que dicen los hechiceros.

Antes estas palabras, Kalidor se levantó y la furia se apoderó de su corazón. El criado se puso pálido y dio un grito ante la mirada de su amo. El Caballero Negro le alzó y lo lanzó colocándolo sobre un gancho clavado en la pared.

—Quiero que encontréis el modo de encadenarle, de atraerle, de impedir que prosiga su marcha. Lanzad conjuros para dejarle ciego hasta que yo tenga en mi poder la Espada Maldita. ¡Cuando yo posea la espada de la muerte, entonces grabaré su nombre sobre la piel del propio guerrero!

Kalidor salió de allí mientras el criado intentaba bajarse del gancho de metal que se estaba clavando en su espalda. No era tarea fácil ser esclavo de Kalidor, pero pocos se atrevían a quejarse.

Los negros corceles cabalgaban a todo galope a través de la verde llanura, mientras corrían a su lado los feroces lobos grises. Rígidos sobre los lomos de sus caballos, los bandidos escupían y maldecían, golpeando las robustas ancas de sus monturas con la hoja de sólido acero. Los pulmones de los caballos echaban fuego y sus lenguas jadeaban incesantemente.

Bajo un sol abrasador sus zancadas devoraban la tierra, hasta que al fin, en la lejanía, en dirección norte distinguieron las figuras de Adam y Lina que se daban a la fuga, espoleando a sus exhaustos caballos con la intención de llegar a Paridoor. Sin embargo, su huida parecía destinada al fracaso, pues los bandidos se comportaban como si estuvieran poseídos. Soportaban el dolor y la muerte con las espadas desenvainadas. Podían perseguir a la joven pareja e inundar la llanura con su sangre. Podían levantar palacios cuando Robart sacaba su espada, ya que serían sus hombres los caballeros de sus nuevas tierras. Sus mentes se hallaban repletas de sueños y de promesas de oro. Luego, llegó Armageddon...

Llegó cayendo como un rayo sobre sus espaldas, con un gran grito de muerte que ahogó los demás ruidos. Llegó lanzando fuego y veneno a través de la hoja de su espada, y trajo consigo la eternidad. Cuando el Antiguo Guerrero irrumpió, acabó con seis de ellos simplemente con el látigo que

llevaba en su mano. Sus ojos hundidos y sin sangre relampagueaban con una luz cadavérica arrancada de los pozos del infierno.

Los bandidos suponían un obstáculo entre él y su presa, y tenían que ser eliminados. Desenvainó su espada y golpeó a un hombre clavándole limpiamente la espada en el corazón. Su caballo, rodeado de fuego, se puso de manos para tocar con su pata el aire en esos momentos viciado por la lucha. Las desaliñadas ropas que llevaba encima el Guerrero parecían oscurecer el día, como si la noche cabalgara con él...

Sobre una pequeña colina que se elevaba sobre la llanura, Adam y Lina se congelaban. Podían sentir los terribles estragos del Guerrero a sus espaldas. Podían oír también los gritos de los bandidos que cabalgaban sin rumbo por la llanura. Mirando hacia atrás distinguieron una ligera niebla roja extendiéndose a través del aire, y las huellas de una matanza en la tierra. Vieron al Antiguo Guerrero como una figura bañada en fuego, golpeando con su espada a diestro y siniestro para acabar con los bandidos. Observaron el agujero negro que había contenido en una ocasión su corazón, y sintieron cómo su mirada se volvía hacia ellos. A través de la hierba seca percibieron cómo sus ojos relampagueaban; le vieron haciendo dar la vuelta a su caballo sobre sus cascos de fuego. Y cuando sus corazones se agitaron, el Guerrero salió en su busca.

Su velocidad era asombrosa mientras cruzaba como un rayo la llanura, llevando su desenvainada espada manchada de sangre roja. Oyeron estallar en sus oídos sus gritos de muerte, conocidos por las gentes a través de los siglos.

CAPÍTULO 15

Inclinados sobre sus negros altares, los hechiceros del Caballero Negro trabajaban para perfeccionar sus conjuros. Hacían traer elementos de las colinas prohibidas, almas de hielo y fuego, serpientes que habían permanecido enroscadas a través de los tiempos.

Hicieron lo posible para mezclarlos todos ellos y convertirlos en malignas cadenas que sirvieran para atar al Guerrero.

Luego, sus criados lanzaron las cadenas a través del espacio del reino, llevándolas hacia la tierra sujetándolas con unas varas. Martillearon remaches caseros que habían sido sumergidos en las aguas de la necromancia.

El mundo entero tembló cuando se tensaron las cadenas y en todas partes del espacio se sentía ahogar el Antiguo Guerrero, puesto que las cadenas se enroscaban alrededor de su cuello para hacerle caer del caballo y arrastrarle hacia el suelo. Mientras se resistía, los eslabones se rompían en el aire, y el trueno retumbaba a lo largo de la llanura del reino.

Un relámpago estalló por los conjuros realizados por los hechiceros, en su lucha por colocarle las cadenas...

El sobresaltado corazón de Adam no dejaba de agitarse mientras el Guerrero desaparecía delante de sus sorprendidos ojos.

Se había sentido tremendamente inútil mientras observaba cómo el jinete se acercaba a él, sabiendo que moriría cuando le asestara un golpe con su negra hoja. Sería incapaz de alzar la Espada Maldita para protegerse, ya que se encontraba petrificado. Pero tan pronto como apareció la fuerza, desapareció rápidamente de nuevo, y todo lo que dejó tras él fue un chisporroteo en el aire. El Antiguo Guerrero se vio arrastrado hacia la tierra para luchar contra los hechizos y conjuros.

—¿Has visto eso? —le dijo a la muchacha cuando dejó de oírse el mido y la llanura quedó completamente vacía.

Lina se encogió de hombros.

—Era el Antiguo Guerrero. Fue desterrado del mundo y perdió su forma humana. Su calavera es todo lo que le queda, puesto que el cuerpo que una vez tuvo adoptó una forma demoníaca.

—Pero yo lo he visto antes —dijo Adam—. Fue el que me forzó a venir aquí. Le he sentido en mis sueños como una gran fuerza amenazadora.

—Y ahora se ha ido de nuevo, de regreso a los dominios demoníacos, como para atormentarnos —Lina temblaba a pesar de su endurecido corazón—. Puede volver de nuevo para arrebatarte la espada. Dicen que los caballeros a los que sirve detentan un poder mucho mayor que el del malvado Kalidor.

Sus ojos se dirigieron hacia el lugar en el que se encontraban los bandidos rodeados de enormes charcos de sangre sobre aquella maldita tierra. Sus caballos se tambaleaban, heridos y destrozados. D i los lobos no quedaba ni una sola señal.

—La oscuridad luchaba consigo misma —dijo Lina con suavidad—. Y nosotros, en la ignorancia, nos vimos beneficiados por sus objetivos. Pienso que esa es una muestra de que aún hay alguna esperanza para nosotros.

—¡Alguna esperanza! —replicó Adam.

La cazadora se sacudió sus miembros para desentumecerse y colocó su caballo en dirección al norte.

—Debemos localizar a mi tía abuela antes de que vuelva la bestia. Ella puede penetrar en su mente.

Cabalgaron lentamente hacia las lejanas montañas, atentos a cualquier cosa que respirara. En el interior de su agitado corazón, Adam era plenamente consciente de que se encontraban mucho más lejos de lo que pensaba.

SEGUNDA PARTE
LA VIEJA HECHICERA

CAPÍTULO 16

La ciudad de Paridoor se encontraba situada junto al Kalamargue como un pantano lleno de miasmas. Sus calles eran húmedas y olían de una forma atroz. El humo se extendía sobre ella como una capa. Sus ventanas eran los ojos de criaturas subidas a árboles negros despojados de ramas. Por encima de la parte más elevada de los tejados planeaban bandadas de milanos, y manadas de perros flacos patrullaban unos muros medio desmoronados. Las puertas hacía tiempo que se hallaban fuera de sus goznes para fabricar cabañas. Los caminos que conducían a la ciudad parecían hacerlo de muy mala gana, aunque era dudoso que eso importara gran cosa a los viajeros. Llegaban a pie y en carros para perder su dinero, duramente ganado, en los bares de Paridoor.

Atardecía cuando Adam y Lina se detuvieron en una colina coronada de árboles situada al sur de la ciudad, desde donde podían divisar las calles atestadas de gente y los fuegos encendidos en las plazas. Podían oír las carcajadas de las rameras en los bares y el horrible hedor que salía de los establos, que daban la impresión de no haber sido limpiados nunca. También les llegó el nauseabundo olor, fuerte y picante, de la matanza de cerdos y gansos que se servían en el interior de las oscuras posadas.

Después de atar a los caballos, que apenas podían aferrarse a la poca vida que les quedaba, en un bosquecillo, escondieron las alforjas y morrales en un agujero que posteriormente cubrieron con piedras. Adam guardó consigo la Espada Maldita, envuelta en una tela y colgada sobre su espalda, colocándola bien hasta que sintió que se encontraba segura. Lina dejó a un lado su arco, pero mantuvo al alcance de la mano las flechas, por si acaso tenía que luchar con alguien.

—Deberías quedarte aquí —le dijo a Adam mientras soltaba la cincha de *Alón*— para cuidar de los caballos, ya que puede aparecer algún lobo. Además sería imprudente llevar a las calles de Paridoor la Espada Maldita.

Adam asintió y sus ojos reflejaron la penumbra que se había filtrado a través de los árboles cuando la luz del sol desapareció.

—¿Qué vas a hacer tú? —le preguntó a ella.

—Me dirigiré a la ciudad e intentaré encontrarla.

Lina se echó por los hombros una gruesa capa, y guardó un cuchillo de caza debajo de su túnica gris.

—No creo que tarde mucho, dos horas más o menos. Intenta mantenerte despierto. Si encuentro a Elena, seguro que querrá partir inmediatamente, pues no es mujer a la que le guste esperar pacientemente cuando algo la reclama. Estate preparado para levantar el campamento tan pronto como lleguemos, ya que tendremos que cabalgar durante la noche.

Adam titubeó durante un momento, luego le ayudó a atar la cuerda con la que se sujetaba la capa.

—¿Es segura esta ciudad? —le preguntó.

—Tan segura como cualquier ciudad en la que se juntan la codicia y el oro.

Lina posó en él la mirada de sus ojos azul grisáceos, y luego le acarició la mejilla con los dedos.

—Estaré bien —le susurró—. No te preocupes. Descansa aquí y cuida de los animales.

Se marchó inmediatamente, casi sin que él se diera cuenta, y desapareció en la noche mezclándose con las rocas y los árboles. Durante mucho tiempo Adam paseó de un lado a otro apartando ramas y piedras, esperando que volviera.

Cuatro horas más tarde seguía sin haber ninguna señal del regreso de Lina a lo largo del polvoriento camino de Paridoor. Envuelto en una gruesa manta, Adam fue hasta la pendiente para asomarse, pero no pudo ver nada en el camino, excepto los faroles de los viajeros que se dirigían lentamente hacia el norte. No se oía ni un sonido de pasos avanzando hacia el montículo, sólo el crujido de los carros y el estruendo de los caballos mientras bajaban. Ni susurro de voces; tan sólo los gritos de los hombres al encontrarse con sus compañeros de viaje. Adam se impacientaba cada vez más, y los ruidos procedentes de la ciudad, los olores a rancio y a grasa, las luces brillantes que oscilaban, servían únicamente para recordarle lo amenazante que era Paridoor y lo solo que se sentía. No podía quedarse allí preocupándose acerca de dónde se hallaba Lina; tampoco podía ir a la ciudad llevando consigo la terrible Espada Maldita.

Pero el sentido de la lealtad es muy fuerte, y finalmente Adam bajó la pendiente para encontrarse con los viajeros. Intentó pasar inadvertido, pero la Espada Maldita parecía gritar sobre su espalda. La sentía como si fuera una llama proclamando su presencia y pidiendo ser oída. Y algunos ojos se volvieron hacia ella, aunque se hallaba envuelta en una tela, como si sintieran

que algo tiraba de ellos cuando el joven avanzaba más deprisa. Se sentían confundidos al verle, un joven muchacho de buena estatura, solo de noche y encorvado por el bulto que llevaba a la espalda.

Adam entró en Paridoor con un grupo de carretas, que se empujaban tratando de asegurarse un sitio. Se encontró en una plaza empedrada de la que salían seis calles anchas, que llevaban a los mercados de ganado, a las tabernas y a los bazares. Las calles se hallaban iluminadas por faroles que lucían como inmensos braseros sobre barras de metal muy altas. Había una gran hoguera encendida en la plaza, y ante ella se paraba la gente para comprar pedazos de carne asada. Jaulas con patos y gallinas se escalonaban junto a una pared a lo largo de unos cien metros. Los mendigos se movían con áspera arrogancia, pidiendo que se les diera de comer y protestando cuando no se les entregaba nada. Una larga fila de mutilados y ciegos ocupaban toda la parte baja de una pared.

Cuando se encontró con una manada de caballos que casi pierde el control, Adam eligió un camino que parecía menos peligroso que el resto, y desde un pozo salió agachándose por debajo de unos faroles y atravesó la plaza, esquivando los montones de suciedad. Mantuvo su cabeza baja, pero se vio detenido varias veces cuando alguien le bloqueaba el camino o algún caballo le interceptaba el paso. Se sentía tan fuera de lugar que no podía pensar sino en lo que tenía delante. Solo y desesperado, se apresuró a bajar por un callejón que serpenteaba con curvas empedradas por el oscuro corazón de la ciudad. Aparecían los edificios y las sombras, las iglesias mostraban sus puertas cerradas con candados y las tabernas se veían rebosantes de gente.

CAPÍTULO 17

Después de pasarse buscando una eternidad, Adam se sintió completamente perdido en aquella sombría parte de la ciudad. Había muy pocos faroles en las calles, e incluso poca gente, y los que se aventuraban a andar por allí no lo hacían durante mucho tiempo. Se les veía apesurados sin lanzar ni siquiera una mirada hacia atrás, con las manos metidas en las mangas de sus ropas.

De los lúgubres portales emergía el ruido que hacían las ratas al corretear, y el olor a comida y suciedad se sentía como una nube amenazadora. Los ecos de sus pisadas eran amortiguados por las espantosas y solitarias muertes en los lejanos callejones.

Un grito de sufrimiento llegó desde un cuarto que se hallaba en la parte superior de un edificio, y apareció una sombra para ocupar una ventana a la que servían de marco unas telas viejas. El lastimero sonido del lloriqueo de un niño que parecía abandonado tardó en dejarse de oír. Adam cruzó una plaza vacía en donde los arroyos rebosaban dejando brotar un maloliente lodo a través de unas losas de piedra gris, y unos gatos sin dueño salieron disparados como fantasmas al amanecer, dejando detrás un rastro de ratas muertas. Un poco más allá de la plaza asomaba un oscuro pasadizo que conducía a las puertas claveteadas de un granero, y en el espacio que se extendía delante de las puertas se encontró a una Lina tensa, luchando para protegerse. La habían seguido tres hombres que finalmente la habían arrinconado en aquella perdida parte de la ciudad, en donde nadie podría oírla. Estaban a punto de arrastrarla cuando Adam gritó y saltó en su defensa. Ya había desenvainado la Espada Maldita, y en su mano la hoja palpitaba llena de luz lanzando clamorosos sonidos. Parecía como si la hoja desprendiese vida propia, con una voracidad que verdaderamente le sorprendió. La espada le arrastraba a una violenta refriega, y él poco podía hacer para retenerla. Vibraba en su mano, y unos ecos resonaron en su cerebro, así que Adam comenzó a moverse como si con ella formara un solo ser. Sintió cómo su poder se extendía a través de sus miembros, sintió la profundidad de los conjuros contenidos en la hoja. No conocía ninguna fuerza en la tierra que pudiera resistirse a su asalto, y se sintió invencible...

—Dejadla en paz —les dijo Adam— y regresad al lugar de donde venís, o de lo contrario acabaré con vosotros.

Los asesinos rieron, pero sin mucho convencimiento, pues la visión de la hoja vibrando les tenía desconcertados. Uno de ellos sacó un cuchillo muy largo cuando una gran ráfaga de chispas saltó de la punta de la Espada Maldita. Una lengua de fuego de color blanco envolvió al hombre de inmediato, cubriéndole enteramente de los pies a la cabeza con un rayo de luz. Se iluminó toda la plaza y ecos del fuego brillaron en el cielo. Un grito de terror se mezcló con el grito de la Espada Maldita, un clamor de victoria, un alarido de furia y de deseo vehemente, y Adam se tambaleó hacia atrás, luchando para sostener la espada mientras se agitaba en sus manos. La hoja brillaba con un fuego interno de color azul pálido. Se mostraba poseedora de un poder tan terrible como para destruir un país. Y llegó hasta el alma de Adam tirando de él hacia ese mundo distinto, desesperado.

Luchó contra esto, batallando para no perder el control, intentando salvarse del terrible vado que se abría ante él. Y mientras luchaba contra las llamas, la espada se rendía a sus deseos, hasta que casi la dominó. La controlaba igual que se controla a un perro, y podía desencadenar su fuerza o dejarla descansar, ya que la espada estaba en su corazón igual que su alma estaba en ella, y Adam entendió que formaban una unidad.

Avanzó, y los rufianes dejaron caer sus cuchillos y levantaron a su amigo caído, que hablaba a duras penas. Le arrastraron a través del lodo hasta la entrada del pasadizo, y la oscuridad cayó tras sus pasos. Sólo quedaban el silencio y el brillo de la luz mientras Adam, respirando a fondo, dejó que la furia de la Espada Maldita disminuyera igual que cuando se enfría el vapor. Luego, dirigió la punta hacia el suelo hasta que tocó la tierra y surgieron de ella las últimas chispas. Cuando por fin la espada quedó en silencio y tranquila en las manos de Adam, Lina salió del lugar en donde se había situado, al abrigo de los asesinos. Durante un rato se quedó mirando simplemente, como si temiera acercarse al desconcertado joven.

—No deberías haberla mostrado —le dijo ella nerviosa mientras se aproximaba a donde se hallaba Adam.

—No pude evitarlo. Saltó de repente a mis manos.

—Envuélvela en la tela. Debemos partir inmediatamente de este lugar.

—¿Localizaste a tu tía?

—No, pero oí a alguien decir dónde podía encontrarla...

Pero encontrar a la bruja Elena y hablar con ella eran dos cosas distintas. Cuando Adam y Lina la localizaron, se hallaba bien atada y a punto de ser consumida por una gran hoguera en la plaza mayor. Había engañado a unos ricos comerciantes en repetidas ocasiones, y estaba a punto de pagar por ello.

—¡Ésta es la vieja hechicera! —gritaba un hombre desde lo alto de una carreta—. A la bruja se la conoce también con el nombre de la Mentirosa y la Embaucadora. Así como con el nombre de Elena.

El hombre se volvió a mirarla: un tipo coloradote y corpulento miraba sobre el hombro a una vieja que pesaba unos cuarenta y cinco kilos. Sus fríos ojos le observaron distraídamente.

—Fui yo quien la capturó —gritaba el hombre a la muchedumbre que se había reunido allí para asistir al espectáculo—. Y así, como la ley no actúa, cae sobre mí enviarla hacia la eternidad.

La vieja hechicera bostezó, y movió los ojos en un gesto de aburrimiento.

—¿Qué pasa con el oficial de justicia? —preguntó alguien entre la muchedumbre.

—El oficial de justicia ha llegado a la conclusión de que esto es justo y equitativo. Esta mujer robó un cerdo y lo convirtió en una vaca que luego parió mellizos. Cada uno de esos malditos mellizos dieron lugar a otros mellizos y cada uno de ellos parió otros mellizos que tuvieron a otros mellizos. Y cuando los mellizos de los mellizos se aparearon con los otros mellizos formaron diez mil mellizos.

—¿Cuánto tiempo duró eso?

—Alrededor de doce años.

—Eso no es posible.

—Sí, si eres una bruja.

—Pero ¿qué daño hay en ello?

—Porque yo compré una manada de vacas y se convirtieron en cerdos.

—¡Deberías haberlos vendido!

—¿Quién quiere diez mil cerdos? —se oyeron grandes carcajadas entre la muchedumbre—. Además, los cerdos estaban malditos y no sacaría nada bueno de su carne. La bruja llevó el mal a los cerdos.

Ante esto se levantó un murmullo de desaprobación, y todos los rostros se volvieron para condenar a la bruja.

—A menos que alguien pueda hablar en su defensa, esta bruja arderá entre las llamas.

Bastante por detrás de la muchedumbre, Adam y Lina luchaban por abrirse paso entre tantos cuerpos juntos. La voz de Lina se dejó oír mientras un cabrestante levantaba a la vieja hechicera y la ponía sobre las llamas.

—¡Quiero comprarla!

—¿Qué? ¿Que quieres comprar tú a la bruja? —el hombre grueso y coloradote se rió mientras la muchedumbre prorrumpía en alaridos y se mofaba de ella—. ¿Qué harías con ella? Eso sí, siempre que la bruja estuviera de acuerdo en ser vendida como tu esclava. ¿Y cuánto pagarías por ella? ¿Sabes cuánto cuesta una bruja?

—Os daré veinte coronas.

—Oh, por favor, no me hagas perder el tiempo.

—Yo compraré a la bruja con esto —dijo Adam desenvainando la Espada Maldita casi sin querer.

Se oyó un murmullo de aprensión entre la gente, y el rostro del hombre palideció mientras retrocedía hacia la carreta.

—Soltad simplemente a la bruja, y nadie será herido —dijo Adam con total frialdad.

—Ahora espera un minuto —dijo el corpulento hombre desde la carreta mientras Adam se situaba a su lado.

—Te digo tan sólo que dejes libre a la bruja.

El hombre observaba cómo vibraba la hoja en la mano de Adam.

—¿Sabes qué es esto? —le preguntó—. Es una poderosa arma conocida como la Espada Maldita.

—Oh, por todos los dioses —suspiró la bruja—. El muchacho es un idiota.

—*¡Es la Espada Maldita!* —dijo una voz entre la muchedumbre, y el nombre fue como un fuego extendiéndose a través de la multitud.

—¿Pero puedes utilizarla? —preguntó en un susurro la voz del hombre.

—Puedo cortarte miembro a miembro y suturarte luego de nuevo —le contestó Adam.

Las rodillas del hombre comenzaron a temblar cuando descubrió que en los ojos del joven brillaba un fuego profundo. Podía sentir el eco de las vibraciones de la Espada Maldita en el cerebro de Adam, y la fuerza y la rabia que ataban a sus reñidas voluntades. Saltando desde la carreta, gritó:

—*¡Soltad a la bruja!* —y desapareció entre la muchedumbre.

Se produjo una tremenda conmoción cuando la multitud intentó dispersarse, diseminándose entre las estrechas calles, pronunciando el nombre

de la Espada Maldita. La vieja hechicera colocada sobre el cabrestante miraba con enorme desprecio.

—¡Menudo lío has armado! —dijo.

Abandonaron la ciudad lo más rápidamente que pudieron, huyendo de allí como si fueran ladrones a los que andaban buscando. La bruja lanzó unos conjuros para cubrir sus rastros y produjo una niebla envolvente que se deslizaba por las paredes, pero ella sabía en el fondo de su corazón que eran hechizos menores contra el arte de la Espada Maldita. Atraería la atención tanto de amigos como de enemigos, intentando hacerse con su voluntad. Podía saberlo por la expresión del rostro de Adam, y la tensión que reflejaba, que mostraba la gran lucha que llevaba a cabo para combatirla.

—Si luchas con demasiada fuerza, derrotará a tu alma de una vez y para siempre —le dijo a Adam.

El muchacho no contestó, ya que estaba mirando a través de la niebla un lago de dolor que constituía el hogar de la Espada Maldita; era el estanque secreto en el que los viejos magos habían enfriado la antigua hoja. Pudo ver el espanto que sentían las almas perdidas que vigilaban en sus playas, las víctimas de la hoja que ella no liberaría nunca. Las almas gritaban en vano para que alguien acabase con su miseria.

—No tienes por qué residir ahí —le dijo la bruja jadeando a su lado—, aunque ella intentará arrastrarte hacia ahí dentro. La Espada Maldita es mucho más que un arma: es magia profunda.

Sus finas manos agarraron el brazo de Adam como para darle fuerzas, forzando su propia y firme voluntad para que fluyera por sus venas. Pero la conmoción fue tan grande que Adam cayó al suelo.

CAPÍTULO 18

— **E**res un joven muy valiente, pero has subestimado los poderes que se hallan encerrados en el interior de la espada. Piensas que puedes combatirlos y aprendes a utilizarla, pero te corroerá la mente. Te convertirá en una concha, y errarás por el mundo como el Antiguo Guerrero.

La vieja hechicera observaba a Adam mientras se recuperaba junto al fuego, protegido de ojos curiosos por los encantamientos que ella había arrojado sobre él.

—Esto no es ni bueno ni malo, ya que hay grandes poderes más allá de la Espada Maldita.

—He visto al Guerrero.

—Lo sé —replicó la hechicera—. Le trajeron al mundo por culpa de sus hechizos equivocados. La oscuridad no acepta ataduras, y han muerto hechiceros mejores que el propio Kalidor.

Alimentó la luz del fuego mientras Adam miraba sus ojos oscuros y llenos de la sabiduría que aporta el paso del tiempo. Ella cortó algo de carne y luego la pasó por el fuego, para a continuación llevársela a los labios como para saborear el fuego.

—El Fuego Eterno, cuyo calor nos invade a todos, será el objetivo del Caballero Negro. Extinguir esta llama será ahora su mayor preocupación: enviar la negra desesperación a través de todo el mundo hasta que sus sombras se extiendan por el universo entero y todos los hombres conozcan su nombre.

Casi inconscientemente, Elena llegó hasta las llamas y cogió una brasa.

—A él le gustaría aplastar el mundo con toda su luz y todo su calor, y así destruirnos a todos.

A continuación, un poco apartada del fuego, habló Lina:

—Necesitamos algunas capas protectoras si tenemos que luchar con él.

Elena asintió.

—Pero lleva tiempo hacerlas, e incluso entonces no podrás habértelas con Kalidor, ya que es fuerte y es débil, es la maldición del reino, y nos confunde a todos nosotros. La terrible fuerza de Kalidor podría medio controlar la espada, pero él sucumbiría a su voluntad si llega a controlar sus

pensamientos, y así podría irradiar una fuerza que nos mataría a todos nosotros, tanto si lo desea como si no. Debes tomar el arma y sumergirla en el fuego.

Ella observaba a Adam como si éste fuera su destino, ya que nadie en aquellas tierras podía esperar tener la espada. Sus ojos oscuros mostraban astucia rodeados por su cabello, que caía como una enorme cascada gris.

—No puedes luchar con él, por lo que debes correr más que él. Nos necesitas como guías, puesto que eres un extraño en estas tierras. Debemos volar como el viento, ya que todos los oídos escucharán las historias de Paridoor.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —dijo Adam.

La vieja hechicera, suspirando, le dijo:

—No puedo irme aún. Tengo otras tareas que realizar antes.

Luego, miró hacia otra parte con los ojos empañados.

—Debemos apartar al Caballero Negro como él hizo con el Guerrero, pues si no hacemos que se detenga, cruzará de una zancada este mundo y se apoderará de la Espada Maldita. Mis siete hermanas que cabalgan sobre las alas de las águilas dicen que él se mueve ahora para actuar y es la hora de la guerra. Tenemos que detenerle y enviarle nuestras maldiciones. Las hermanas se reúnen ahora.

La hechicera se levantó de repente y se volvió para mirar a Lina, que se encontraba entre los árboles.

—Me llevaré a Adam conmigo, mientras tú cabalgas hacia el norte en tu caballo castaño *Ramadeen*. Vete directamente hacia Drabnaroht, la aldea que hay junto al pantano, y busca a un hombre humilde al que llaman Pignikker.

—¿Se llama Pignikker?

—Era un ladrón de piaras de cerdos. Ahora no me puedo entretener en contarte eso. Dile que Elena irá allí, y que necesitamos una embarcación para que nos traslade a través de los pantanos hacia las colinas del norte. Dile que la guarde bien y que nos busque un guía de montaña en quien se pueda confiar.

—¿Puedo ir con ella? —preguntó Adam.

—No, quiero que estés junto a mí. Necesito tener la espada a mi lado. Ni siquiera lo cuestiones.

A continuación Elena empujó a la cazadora hacia su caballo, que ya la estaba esperando, y mientras montaba le susurró oraciones y versos.

—Volará como el viento y nunca se desviará ni se caerá. ¡Así que cabalga! ¡Márchate, hija mía!

Y Lina cabalgaba ya a todo galope a través de la llanura antes de que Adam pudiera hacer movimiento alguno para despedirse de ella. Vio cómo desaparecía envuelta en una nube de polvo.

—Nosotros también debemos cabalgar, Adam.

A media mañana del día siguiente se hallaban ya a seis leguas de la ciudad de Paridoor, con la Espada Maldita envuelta en unas tiras de tela y atada a la espalda de Adam. Viajaban hacia el este a través de la elevada llanura, encaminándose hacia las colinas que se alzaban como dinosaurios. Un sol exterminador succionaba los últimos vestigios de vida de las praderas, que se hallaban a punto de convertirse en polvo.

Mientras cabalgaban a través de la llanura aparecieron grandes bandadas de pájaros, volando como hojas de otoño sacudidas por la tormenta. Liebres del desierto sorprendidas cruzaban la tierra a grandes zancadas y saltos. Las flores, privadas de humedad, se marchitaban. Por encima de las colinas se estaban formando negras nubes, pero se movían hacia el norte, sin amenazar la llanura. El lejano sonido del trueno se oía rugir como dioses cansados de sus fatigosos días.

Adam guardaba silencio mientras observaba a Elena cabalgar sobre un desventurado asno cargado de cestos y fardos. Llevaba ahora el cabello recogido en trenzas que brillaban cuando les daba el sol como conos tejidos de acero. Su piel estaba tan bronceada y tirante como un trozo de pergamino, y sus manos, adornadas de dedos muy largos, eran finas como varas de abedul. Sentía su voz, fuerte y profunda, susurrar casi continuamente.

—Yo siempre pensé que algún día vendrías uno de vosotros —murmuró ella—. Exactamente así, ya que, a pesar de todos los años que hace que él se fue, yo sabía que aún vivía.

—¿Quién? —le preguntó Adam.

—Tu noble abuelo. Al que puedo ver cuando te miro a los ojos. Fue un hombre muy poderoso cuya sangre corre por tus venas.

—¿Tú conociste a mi abuelo?

Elena asintió.

—Estuve enamorada de él. Fue el padre de mi primer hijo, que murió nada más nacer. Luego, la pena se apoderó de él. A menudo cruzó por mi mente que pudo haber sido la pena la que hizo que él cogiera la espada y saltara al vacío. Tranquilizó mi corazón el saber que sobrevivía y que perdura a través de su descendencia.

—Pero eso no es posible —dijo Adam sorprendido—. La batalla sobre el puente tuvo lugar hace doscientos años.

—Venimos de mundos diferentes. Doscientos años es sólo una vida aquí. Él era tu abuelo.

Elena se inclinó hacia atrás para darle una palmada al burro en la grupa, y el animal hizo un movimiento para acelerar su paso. Pero cuando dejó de recibir golpes se paró de nuevo, y prosiguió tristemente.

—Era un hombre bueno de verdad. Un noble guerrero que cabalgaba junto con Melindorm, que fue nuestro mejor rey. Pudo haber sido un príncipe, pero se enamoró de mí y abandonó todo lo demás.

Se volvió para mirar a Adam y, protegiéndose contra el sol, esbozó algo así como una sonrisa llena de ironía.

—Así que enamórate de reinas y no pongas los ojos ni en brujas ni en hechiceras.

Volviéndose de nuevo hacia delante fustigó al terco animal, que con una estremecedora sacudida se puso al trote. Adam oyó las risas de la hechicera llenar el aire, y se apresuró a colocarse a su lado.

Esa noche acamparon dentro de un círculo de rocas, que hacían las veces de centinelas. Las estrellas estaban radiantes en el negro cielo que se elevaba sobre ellos, y una luna creciente brillaba desprendiendo una luz plateada. El aire que soplaba entre las piedras era frío y de un gris espectral, como el aliento helado de las hadas. Elena encendió un pequeño fuego con hierbas y corteza dispersas por allí; luego, se apagó el resplandor, hasta que sólo quedó el brillo de las ascuas. Una vez más asó un poco de carne, y preparó un sabroso estofado en un cuenco de cobre. Mientras cenaba se apartó el cabello, que formó una especie de glaciares alrededor de su rostro, enmarcando los ojos profundos, y las sombras que proyectaba sobre las mejillas simulaban las alas de un pájaro.

—Tuve otro hijo —murmuró mientras sostenía el cuenco, como retornando a la conversación anterior—. Ella tendría aproximadamente tu edad cuando murió en el puente, luchando contra Kalidor. Fue la primera en asestarle un golpe, porque, a pesar de su edad, era ya un verdadero guerrero. Cuando el Caballero Negro la abofeteó, ella le golpeó en el pecho y en ello empleó su último aliento. Tú debes de haberla visto...

La hechicera se estiró para coger uno de sus fardos, y sacó un farol en el que brillaba una llama azul. Mientras lo ponía en el suelo miró a Adam a los

ojos.

—Ésta es el alma de mi hija que inspeccionó a fondo el universo buscando a tu abuelo. Lo hizo por la espada y por la paz del mundo, y para satisfacerme a mí —dijo.

Un silencio mucho más profundo que la quietud de la noche se cernió sobre el anillo de piedras.

Adam se sintió sorprendido cuando miró la llama, pues la había visto antes, en este mundo y en el suyo.

—Cuando Raina supo de ti intentó protegerte y guiarte en tu camino.

Adam parecía hipnotizado.

—Es muy hermosa.

—Tal es el regalo que se les otorga a los que se les arrebató la vida siendo tan jóvenes. No la contemples durante mucho tiempo o te enamorarás, y eso no está permitido.

Cuando Adam cogió el farol y lo acercó a su rostro, sintió unas oleadas de calor bajando hacia su alma, y luego distinguió una forma moviéndose en el interior de la llama, extendiendo sus brazos hacia él. La muchacha era delgada, de ojos oscuros y muy sensual. Susurraba en su corazón palabras que nadie más podía oír. Le contó lo triste que había estado, lo solitaria que había sido su vida y cuánto le necesitaba.

La hechicera se sintió desgraciada mientras lo observaba, pues no estaba permitida la conversación entre las almas. Los dioses a los que servía Elena podían pedirle cuentas por haber reunido los dos mundos. Estaba retándoles al permitir que su hija calmase su dolor, el dolor de haber permanecido sola durante veinte largas décadas. El precio que la hechicera tendría que pagar podría ser el de su triste alma, perdida para toda la eternidad.

—Mi hija, Raina —susurró a la noche, maldiciendo su propia debilidad por dejarse capturar el alma. El pensamiento de verse sola había sido muy duro de soportar, y ahora sería condenada por ello.

A la mañana siguiente ambos se hallaban en silencio, meditando tristemente sobre lo que conocían. La hechicera se encontraba impaciente por ganar algo de terreno, y lamentaba su carácter impulsivo por mostrar a Adam la llama; sin embargo, sabía en el interior de su corazón que no había sido su voluntad la que lo había exigido. Había sido Raina, atrapada durante doscientos años, viendo tan sólo el mundo de su madre, sin ninguna vida propia. Había sido el anhelo de su hija el que le había dicho:

—*Necesito un amigo. Déjame conversar con él.*

Y ahora se habían visto distraídos de la tarea que tenían ante ellos, como si el mismo Caballero Negro hubiera hecho que sucediera todo eso; como si el oscuro Kalidor, sintiendo la debilidad de aquellos corazones, hubiera planeado eso desde hacía mucho tiempo.

—Debemos movernos con rapidez —dijo la hechicera estirando sus miembros— si queremos tener alguna esperanza de vencer a Kalidor. Tú debes dejar esto atrás ahora, y guardar tus pensamientos amorosos para tiempos mejores y más tranquilos.

Luego, espoleó a su burro, mientras Adam la seguía detrás, pensando en la llama que contenía el alma de Raina: una llama que había visto acompañar al Guerrero y a la bestia en el interior de la mina. Raina había intentado ayudarle, aunque no era más que una diminuta llama azul, y había intentado también luchar contra sus miedos y enemigos. La llama le había hablado de un modo como nadie lo había hecho antes. Estaba hechizándole con sus melodiosas palabras e hipnotizándole con su escurridiza forma. Un fantasma con su danza le envolvía el corazón y se alojaba en su alma.

Mientras la vieja hechicera miraba hacia atrás, una sombra tocó su corazón, y sintió el dolor y la pena que invadía a su única hija. Tal vez se había equivocado al reunir el fuego de Raina; quizá ella habría muerto...

—¡Nunca llegaremos allí si sigues cabalgando así! —gritó ella, para ocultar la culpa y la pena que llevaba dentro. Podía convertir el plomo en oro y transportar fuego junto con hielo, pero era incapaz de ayudar a su hija.

Despertado del ensueño en el que se hallaba inmerso, Adam espoleó su caballo, galopando para ponerse a la altura de la hechicera. Ahora bien, cada uno de ellos cabalgaba como si lo hiciera en solitario, atrapados por sus secretos pensamientos, malditos por sus propios deseos.

CAPÍTULO 19

Las siete hermanas de la hechicera Elena se encontraron en una arboleda secreta. Se dieron cita a medianoche respondiendo a la llamada de Elena, y trajeron con ellas sus propias llamas para alimentar constantemente el fuego. Lo pusieron sobre un hoyo que excavaron en el suelo y lo rodearon de copos de oro.

—La mayoría de ellas son ya muy viejas —le advirtió Elena a Adam mientras ataban los caballos a unos árboles.

—No les permitas que te lean las palmas de las manos ni que miren detrás de tus orejas, o encontrarán todo tipo de cosas.

Se puso encima una capa, con una especie de chal largo plateado que se colocó en la garganta con un gusano aún vivo. Se adornó el cabello con flores que hizo que se convirtieran en latón para que formaran un casco.

—Mantén la cabeza baja y la espada escondida o alguna seguro que se corta con ella. Y todo lo que necesitamos es mezclar la sangre con los conjuros...

Adam le obedeció. Encontró un lugar en el que descansar debajo de unos árboles que se bamboleaban, y se quedó mirando cómo oscilaba la oscura llama de Raina. Con lo poco que había dormido el día anterior, encontraba difícil mantenerse despierto. De hecho, se dejó llevar por el sueño incluso cuando las hermanas que habían sido convocadas formaron su anillo de hechiceras. Era como si las brujas hubieran lanzado conjuros para mantener sus ritos en secreto.

Los barcos de Kalidor partieron con la marea de medianoche para formar la flota en el mar. Se vieron cubiertos por una oscura niebla que se tragó toda la luz. Llevaban soldados de infantería y carros de guerra. También acarreaban dragones, basiliscos, lanzas y ballestas. Sobre sus amplias cubiertas traían diez mil corceles, todos ellos enjaezados de negro.

Los esclavos remaban en filas a través de los estrechos, y en el mar abierto desplegaron las velas de color negro azabache. A lo largo de toda la costa del reino se encontraban ya preparadas las defensas mientras los

barcos de guerra de la flota se encontraban en el mar Tirano. El tañido de los tambores se hacía oír a través de la marea del mundo como si fuera el toque de difuntos. Mientras los ejércitos aliados del impaciente reino formaban sus líneas defensivas por encima de los acantilados y de las playas, ocho mujeres mayores y frágiles se encontraban para crear un conjuro que les confundiera a todos ellos. Levantaron un huracán desde las profundidades de la tierra, un remolino de humo que se tragó el cielo; y con sus antiguas varitas mágicas lo lanzaron hacia el norte, y luego lo trajeron de nuevo.

La tormenta se hizo mayor y se precipitó barriendo la costa, formando una bola imposible de resistir, provocando unos vientos y una marea cuya fuerza se hizo imparable. Y aunque el Caballero Negro llevaba hechiceros en sus barcos, la furia de la tormenta les cogió de sorpresa. Mientras trabajaban en un conjuro para acabar con aquello, la negra flota de su señor se vio llevada hacia la tormenta...

—¡Despierta, Adam! —murmuró Hiena—. El rito ha terminado.

Le cogió el farol y lo colocó en su fardo mientras él se frotaba los ojos y se sentaba medio aturdido. Cuando miró alrededor de la arboleda no vio a nadie; las hechiceras hacía tiempo que se habían marchado.

—¿Salió todo como pensabas? —le preguntó él.

—No lo sé. Ya veremos. Oiremos el furor del Caballero Negro si no ha sido rechazado. Pero la historia recordará que las hechiceras hicieron todo lo que pudieron en la batalla que libró el mundo.

Elena limpió las mejillas de Adam con un trapo húmedo, pues el aire se había vuelto muy caliente y seco después de la magia que había tenido lugar allí. El rostro de Elena parecía cansado y había adquirido un tono grisáceo; no era tarea fácil luchar contra Kalidor.

CAPÍTULO 20

Sobre la abrasadora llanura que se extendía al sur de Paridoor parecía moverse una figura ensangrentada. Se la veía tendida, desgarrada, rota y retorcida tras varios días de vagar por allí. Su mente se hallaba perdida en la niebla como sumida en el olvido. Se había quemado y endurecido hasta que su piel se abrió y su lengua se apergaminó. Aquella figura había sido una vez un príncipe: el bandido, Robart Guy, que con su banda de ladrones había recorrido todo el bosque. Pero no parecía tan elegante arrastrándose por el suelo del reino. Una fuerte brisa le arrancaba sus ropas hechas jirones y le tiraba con fuerza del cabello.

Vio unos enormes moscones revoloteando alrededor de los caballos muertos. No pudo oír más latido que el de su propio corazón, que sentía frágil y débil dentro del pecho.

Al cabo de un tiempo encontró algo de agua que se llevó a los labios, dejando caer algunas gotas calientes de la pequeña cantimplora de cuero. Las limpió de su rostro mientras hacía una mueca por el dolor que le causaba la respiración forzada en la garganta. Oyó una voz en algún lugar dentro de su cerebro, y pensó que debía de ser la voz de Kalidor. Pero era el demonio que se encontraba debajo de la tierra para llegar a su cerebro, diciendo:

—Desátame...

Estaba delirando y luchaba por descubrir qué significaban las palabras del Guerrero. Lo único que Robart podía entender era que si le obedecía se vería recompensado. Obtendría riquezas que no podía ni imaginar, y podría matar a Kalidor y convertirse en el nuevo Caballero Negro. El demonio trabajaba sobre él aprovechando su estado febril, y poco a poco fue apoderándose de él.

Mientras Robart escuchaba, los barcos de Kalidor luchaban contra la tormenta que les habían enviado las hechiceras. El poder de la magia parecía no tener fin, y todos estaban ensordecidos por la terrible furia de la rabiosa tempestad y por el rugido de las olas. Desde las agitadas profundidades subían negras aguas, la lluvia no dejaba de caer y el viento azotaba desde todos los puntos. Cuando las ráfagas de luz estallaron en el cielo sulfuroso convirtieron la negra

noche en un día explosivo. Sobre las ruinas del mar Tirano estamparon su nombre para toda la eternidad.

Olas tan altas como montañas caían sobre las cubiertas arrastrando a hombres y máquinas de sus puestos y cadenas. Los enormes carros de guerra cayeron al mar, llevando a sus esclavos humanos con ellos a sumirse en el olvido. Los caballos nadaban, los hombres se aferraban a toscas balsas; los mástiles se rompieron como si fueran de papel, las velas cayeron como trapos de algodón, y las fuerzas del Caballero Negro formadas y vestidas para la guerra fueron hacia la muerte gritando.

Pero la flota era realmente grande y sus barcos se hallaban muy diseminados, y, a pesar de toda la furia y la cólera de la tormenta, no pudo continuar con la misma virulencia sobre los barcos del Caballero Negro al comenzar los magos a lanzar sus conjuros para anular los de las hechiceras. Hubo una conflagración cuando los poderes entraron en colisión, y el mal fue a la guerra con conjuros para salvar el mundo. A través de un mar de espuma la secreta magia negra luchó por ambas partes por alcanzar la supremacía.

El propio Kalidor subió a grandes zancadas hasta la cubierta de su buque insignia mientras los hombres se ahogaban a su alrededor y los barcos chocaban en la oscuridad. Cuando llegó a través del aire el sonido de un trueno, Kalidor hizo que la tormenta que había sido enviada por las hechiceras desviara su rumbo hacia el norte. Dejando caer un fuego maldito, mientras un sudor ensangrentado brotaba de sus poros, cogió la tormenta por la cola y la llevó a tierra con sus garras. Hizo de la tormenta una vara que rompió con su rodilla, y luego la lanzó al mar. Sus hombres se aterrorizaron cuando observaron cómo se manifestaba su orden, al comprobar que su fuego interior podía controlar una tormenta. Cuando los vientos se encaminaron hacia el norte, cantaron su nombre y sonó en todo el reino. Este canto era: *¡Kalidor, Victorioso ante las Tormentas!* Y los hombres que se hallaban en tierras lejanas retrocedían al oír el nombre del Caballero Negro. Parecía invencible cuando reagrupó a sus barcos y navegó hacia el este.

Pero la tormenta había apartado a su flota de la ruta que se había marcado, y Kalidor se hallaba ahora lejos de las viejas guaridas de los Cárpatos. En lugar de acercarse a la playa, la flota se aproximaba a una costa de puntos rocosos y bahías. Los ejércitos del reino se hallaban reunidos sobre los acantilados, con sus armas apuntadas desde cada cresta y espolón. Cuando los vigías avistaron tierra estaba claro que los barcos del Caballero Negro habían encontrado la guerra que se les había prometido.

CAPÍTULO 21

Bajo una lluvia de piedras y flechas, los barcos de la flota negra intentaron aproximarse a la costa para desembarcar las tropas. La línea de la costa les desafiaba, rompiendo con sus grandes fauces de espuma; el tronar de las olas era como los gritos de batalla de los dioses oyéndose por debajo del mar.

Los arqueros del reino disparaban como máquinas posesas; las ballestas lanzaban sus dardos tallados a partir de las vigas. Grandes tinajas de aceite hirviendo eran vaciadas por los acantilados formando una especie de sábanas de fuego. Los barcos negros se aproximaban y se hicieron trizas cuando las rocas lanzadas desde arriba hicieron que cayeran los acantilados que se hallaban erosionados por las aguas. Los caballos negros luchaban por subir las pendientes, que se habían vuelto muy resbaladizas por el barro, fustigados por los negros jinetes.

En aquellos primeros momentos murieron diez mil soldados, cuatrocientos barcos resultaron quemados y un basilisco ahogado. El mar se volvió rojo envuelto en llamas, y los gritos de los hombres formaron un lamento sin fin. El cielo negro se iluminó cuando el fuego creó una especie de amanecer, y las violentas olas lanzaron las llamaradas al aire. Los grises acantilados crujían y gruñían bajo el paso de los hombres, y se hundían en el mar.

Dos mil arqueros se encontraban sobre una roca sacudida por la tempestad, disparando dardos envenenados creados por Kalidor. Lanzaron un saludo de fuego para identificar a los guerreros del rey y traspasar el corazón del reino. Cuando los primeros hombres cayeron con estrépito, fueron apartados a un lado y otros hombres ocuparon su lugar. La línea de guerreros parecía no tener fin, y, sin embargo, se vio cortada. Águilas estáticas se precipitaron para agarrar sus presas, desgarrando las lenguas y los ojos de los hombres heridos y agotados. Se vieron abatidas también las hordas de murciélagos que surgían de los acantilados, atraídos por la sangre del reino. Y todavía llegaban barcos cayendo sobre las playas, desembarcando sobre rocas y bancos, deslizándose por encima de los animales y los cadáveres. Los caballos negros no dejaban de salpicar por la playa; los negros espadachines

hacían sonar sus escudos; los músicos hacían sonar los tambores. Largas filas de ratas negras surgían desde las bodegas de los barcos, salían a través de los cabos en una interminable marea y luego se tiraban a los cuellos de los sorprendidos guerreros para destrozarles las gargantas. Detrás de las ratas negras, las llamaradas de los dragones resplandecían a través de la oscura marea. El revoloteo de sus alas anunciaba una segunda tormenta cuando se tambalearon en el aire.

Y sobre las Rocas Blancas, contra las que las olas chocaban con estruendo, los partidarios de los reyes se dieron cuenta de que habían sido traicionados cuando sus propios campesinos se volvieron para cortarles las gargantas y arrojarles a la marea. Eso fue lo que ocurrió durante las largas horas de la noche, cuando el heroísmo luchó contra el engaño y la negra desesperación. Pero cuando llegó el amanecer, las hordas de Kalidor se habían asegurado unos metros de playa.

CAPÍTULO 22

Lejos del humo de la guerra, el hechicero de un pueblecito trabajaba en su humilde choza. Tenía un gato negro, un loro, un grupo de ocas blancas y una vaca enana, pero no era un hombre rico ni importante, sino sólo un pobre anciano. Su espeso cabello estaba plagado de canas, y su barba gris era muy larga. Estaba un poco cargado de espaldas y una cicatriz desigual le cubría el labio superior. Tenía una piel oscura muy curtida y picada por la viruela. Trabajaba mucho tiempo al aire libre, lanzando conjuros para los habitantes del pueblo: haciendo crecer las alubias, logrando que los guisantes fueran más grandes, que los perros corrieran tras la caza, consiguiendo que las muchachas feas y aburridas resultaran atractivas. Él estaba muy contento, ilusionado aún con algunos sueños, aunque las ambiciones que había tenido hacía tiempo habían desaparecido con los años. Parecía desde fuera que la vida de Asgarok estaba muy asentada y tranquila hasta que una tarde el bandido Robart le hizo una visita...

Asgarok levantó la vista de su sopa cuando oyó llamar a la puerta.

—¿Quién llama?

—Un viajero fatigado buscando un remedio.

—Mi tienda cierra de noche. ¿No puedes elegir otra hora un poco más razonable?

—Me espera un largo camino por delante.

Continuó llamando a la puerta y el anciano, respirando a fondo, apartó el plato hacia un lado y se puso en pie.

—No soy joven, necesito descansar —dijo mientras descorría el cerrojo y abría la puerta.

Con un movimiento rápido Robart le sujetó y le amenazó con un cuchillo.

—¿Qué estás haciendo? No tengo nada...

Robart cerró la puerta de una patada y arrastró al anciano.

—Necesito un hechizo —le dijo—. Un hechizo muy antiguo para liberar a un demonio.

—¿Liberar a un demonio? —repitió el anciano—. ¡Esos hechizos han sido prohibidos bajo pena de muerte!

—La ley no manda aquí, pero yo puedo matarte si ese es tu deseo.

La hoja del arma se movía sobre la garganta del anciano a un milímetro nada más de la arteria principal.

—Puedo ocasionarte una muerte tal que nadarás en ella, ahogándote en tu propia sangre.

—Soy un anciano.

—Serás un anciano muerto.

El bandido le ató una cuerda alrededor de sus muñecas.

—No pienses ni siquiera en ello, o te cortaré la garganta antes de que formules el conjuro.

Arrastró una silla y empujó al anciano hacia ella.

—Dime tan sólo qué necesitas para liberar a un demonio. Se ha visto atado por medio de conjuros y mentiras debajo de la tierra, encadenado a Kalidor.

El hechicero se echó a temblar recordando todo lo que conocía acerca de la vida futura y de la vida que ahora gozaba. Pensó en la oscuridad, en el interminable y profundo olvido, la posibilidad de que no hubiera luego otra vida. Después de un buen rato respiró lenta y profundamente, y dejó escapar:

—Necesitamos un alma —le dijo.

Robart soltó un gruñido.

—¿Qué clase de alma? —le preguntó.

—Un alma que se ofrezca voluntariamente.

—¿Dónde hallaremos un alma así?

El anciano se encogió de hombros.

—Eso te lo dejo a ti.

El bandido entró en la bulliciosa taberna justo antes de la medianoche. Llevaba una capa para disimular sus brazos sarnosos, y se había puesto la capucha para esconder su terrible rostro. Mientras se movía entre la multitud parecía un viajero desamparado en la noche. Pidió una jarra de cerveza y miró a su alrededor, intentado ver algo a través de unas cortinas de humo tan espeso como la niebla en invierno, e intentando no prestar atención a los ruidos que se oían por el lugar, pues le distraían. Lo que él estaba buscando era a algún hombre solitario que permaneciera sentado al margen de las risas de los demás. La clase de hombre que necesita alguien con quien hablar, y a quien ofrecer una bebida. Y pudo ver a uno junto al mostrador, con una jarra en la mano, y una sonrisa forzada en su rostro esperando desesperadamente

que llegara la camarera para devolverle la sonrisa. Aún no tendría los dieciocho años, aunque se le notaba ya cansado por la cerveza bebida.

—Éste es un lugar agradable —le dijo Robart afablemente cuando se situó junto al hombre.

—Sí, así es —le replicó el joven—. Llevó aquí catorce horas y ni una sola vez me he sentado. Acabé mi trabajo a las ocho... y, ¿qué día es hoy?

—Hoy es martes.

—Oh, sí, martes. Lo sé —murmuró el hombre—. Ha sido mi último día en la granja del viejo Rabunta. El viejo me despidió porque su nuevo vecino construyó un artilugio. ¿Puedes creerte eso?

Miró el rostro de Robart, y éste vio sus ojos enrojecidos y fatigados.

—¿Podrías tener tú un ingenio que realizara el trabajo de los hombres, ayudado por la fuerza del agua?

Robart gruñó y negó con la cabeza encapuchada.

—Para esos hombres somos tan sólo paja.

—Tienes razón —replicó el bandido—. Tienes razón, muchísima razón. Somos tan sólo paja... para ellos.

Mientras el hombre daba un fuerte puñetazo en el mostrador Robart le propinó una palmadita en el hombro.

—Vamos, toma otro trago. Bebamos un poco más.

Hizo una seña al tabernero y le pidió que les llevara una jarra con seis cuartos de cerveza...

Dos horas más tarde, el hombre, Tobian, estaba casi dormido. Robart le dio un codazo.

—Esa muchacha, detrás de la barra.

—¿Quién? ¿Sarah Rosie-Lee? —balbuceó el hombre—. Una muchacha muy bonita. Una muchacha muy atractiva.

—Apuesto lo que sea a que te gusta.

—Oh, sí; nos gusta a todos.

Tobian entornó los ojos y miró la estancia, pero todo cuanto pudo ver entonces fue el humo como un remolino y el espacio como si se hallara perdido dentro de una nube.

—Es una muchacha muy atractiva. De hecho, para decir verdad, estoy medio enamorado de ella.

—Puedo entenderlo. Parece la clase de chica por la que podría morir un hombre.

—Oh, sí, moriría por ella —dijo Tobian gravemente.

—Tú darías tu alma por ella.

—Desde luego que daría mi alma por ella.

Los ojos de Robart se iluminaron.

—Eso es todo lo que quería oír —murmuró con cierta dulzura.

Sobre la desierta llanura, bajo un sol resplandeciente se cortó la garganta de Tobian. Cuando la sangre se derramó sobre la tierra polvorienta, el mago Asgarok encerró el alma huidiza, y en una jarra de arcilla la mezcló con algunas hierbas para así aquietarla. Vertió luego unas gotas de aceite, y ofreció una plegaria, después miró en todos los libros que había llevado consigo, ya que la tarea de atar almas no era la clase de arte que podía ser memorizado.

—Podría tomar años —dijo él.

—Te daré dos horas más.

Robart limpió la sangre de su espada, luego se sentó a la sombra de la tienda del hechicero. Utilizó una ramita de un árbol para espantar a las moscas mientras se entretenía con sus botas. Tenía una piedrecita dentro de una de ellas, y estaba pensando que cuando fuera rey y estuviera rodeado de sus riquezas podría disponer de alguien simplemente para que le sacara las chinias.

—Tendré alguien para que me quite las botas —le dijo a Asgarok, y el anciano se volvió en redondo y frunció el ceño sorprendido—. Para quitarme mis botas nuevas, porque tendré botas nuevas todos los días.

Asgarok asintió distraídamente mientras volvía de nuevo a su trabajo, arrojando los primeros conjuros para proteger el alma; ya que las cadenas del Caballero Negro seguramente tendrían hechizos defensivos que podrían destrozarse el alma.

CAPÍTULO 23

— **D**ebemos cabalgar más deprisa para llegar a Drabnaroht —murmuró Elena.

Miraba con ansiedad hacia el oeste, en donde un humo de guerra amenazador se extendía sobre la tierra.

—El Caballero Negro ha llegado y nuestro destino está en manos de los guerreros mortales.

Elena fustigó a su burro, urgiéndole para que cabalgara al trote, aunque parecía un intento vano querer superar la marcha de la guerra que se avecinaba. Pero no había alternativa: tenían que ganar la carrera para cruzar la llanura, meciendo la llama de Raina.

El hechicero Asgarok miró a su alrededor y se frotó las manos.

—El alma está preparada —dijo.

—¿Sí?

Robart se sentó y se sacudió el polvo de la ropa. Miró hacia el oeste, donde podía oír los tambores de guerra. Pero ahora no le asustaban porque había encontrado a un señor que era invencible.

—¿Funcionará entonces?

—Así se dice en el libro, aunque francamente tengo mis dudas de que sea de verdad efectivo. Los demonios de la tierra lucharon durante dos mil años para apartar el mundo de los hombres, y casi lo lograron. Fue sólo la Espada Maldita quien lo hizo venir de nuevo, y sólo la magia negra puede controlar a esos negros demonios, que nacieron con mentiras en sus lenguas y malicia en sus corazones.

—Pero ése es un problema mío —dijo Robart con aire de indiferencia—. Tu trabajo es hacer venir de nuevo a ese demonio.

—Te destrozará el alma.

—Yo destrozaré tu corazón si no haces lo que te digo.

Asgarok gruñó y movió su cabeza con arrojo, y Robart extendió el brazo para coger su cuchillo por si el mago se rebelaba. Pero en el fondo de su corazón había algo que llamaba la curiosidad de Asgarok. Él nunca había

hecho aquello, jamás había realizado conjuros tan poderosos. Tenía deseos de conocer si estaba en su poder hacer venir a un demonio, y romper las antiguas leyes... Tenía que intentarlo.

—Puede que no funcione —le dijo.

—Más te vale que no sea así —Robart de una zancada se situó a su lado y le dio un codazo en el pecho—. Este señor al que sirvo recompensa bien a sus siervos, pero acaba con sus enemigos.

—Yo no soy su enemigo —le contestó el anciano hechicero—. Sirvo simplemente a una fuerza que traspasa la dimensión temporal.

—Deja ya todas esas monsergas y pon a trabajar al alma.

—Como deseas, Robart.

El viejo hechicero se agachó y cogió la jarra de arcilla. La golpeó ligeramente por fuera y le quitó el corcho. Se oyó salir de allí un suspiro impuro procedente de su negro corazón cuando apareció algo gris. Era como una larga serpiente siseando y lanzando fuego; se enrolló alrededor de la jarra y la estrujó convirtiéndola en polvo. Robart dio un salto hacia atrás y desenvainó su espada.

—No nos hará ningún daño ahora.

Asgarok se inclinó y cogió la serpiente, agarrándola por detrás de sus mandíbulas. Tocó sus ojos amarillos y besó su lengua reluciente.

—Ahora a trabajar —dijo él.

El alma se echó hacia atrás formando un arco como si estuviera a punto de atacar, y Asgarok la tiró al suelo y la hizo moverse con el pie. Ella se revolvió violentamente alrededor de sus pies, y convirtió un trozo del suelo en cenizas; luego, se arrojó con fuerza sobre la tierra.

Fue como un relámpago abriéndose camino a la fuerza entre el esquisto y el basalto. Rompió repentinamente cuevas secretas y ríos fríos y negros. Convirtió la tierra en polvo y la escupió de nuevo en forma de riachuelos de fuego.

Por debajo del mundo, a través de océanos de roca, la serpiente-alma avanzaba sobre las cadenas del Caballero Negro. Y mientras rompía las ataduras que mantenían sujetos los eslabones, un terremoto golpeó la tierra. El Antiguo Guerrero hizo un gesto de triunfo, pero se encontraba aún atrapado en la tierra entre barras de acero. Observando desde arriba, el viejo hechicero se retorció las manos.

—Necesitamos más almas... —dijo suspirando.

CAPÍTULO 24

Lina se sentó a esperar en un banco de piedra caliza al sur de Drabnaroth. Observaba el camino angosto que provenía de las llanuras, en el punto en el que empezaba a ensancharse a través de las tranquilas granjas y los campos. La piedra de la que se formó era sorprendentemente blanca en contraste con el verde.

Un perezoso río brillaba hacia el oeste por entre los campos: el indolente Gupterol, que fluía a través de una pequeña marisma antes de emerger de nuevo formando riachuelos para alimentar al lago Malibón. Sobre el río se hallaban grandes bandadas de garcetas blancas, que descansaban sobre los campos como lagartos sobre la hierba. Caminaban entre las manadas de bueyes y los ciervos como pálidos aristócratas. Familias enteras de recolectores de lúpulo trabajaban en los campos que se encontraban hacia el oeste. Llevaban brillantes pañuelos y arneses de cuero, de los que colgaban grandes cestas como si fueran niños a sus espaldas. Los chiquillos y los perros corrían de un lado a otro de los campos, gritando excitados. En el lado norte de la aldea, las colinas de Grey Devais se elevaban como olas, cargando sobre sus espaldas largas hileras de coníferas que habían sido plantadas allí. En primavera, antes de que las ramas se hicieran más frondosas, serían talados los árboles y trasladados al pantano. Acabarían transformados en robustas balsas sobre el lago Malibón con destino a las ciudades del oeste.

Más allá de las colinas de Grey Devais y del gran lago Malibón, la poderosa cordillera Tundra impulsaba sus accidentadas cumbres a través de alfombras de nieve y de niebla. Sería por este camino por donde Lina y su grupo se encaminarían finalmente. Navegarían por el Gupterol, luego cruzarían el lago Malibón y vararían en el muelle de Treffick, un campo de madereros situado hacia el norte. Desde allí, si encontraban un guía preparado para llevarles, marcharían a través de la cordillera. Tendrían que hacer frente a las tormentas de nieve y a las águilas de las cumbres y atravesar la Pendiente del Diablo, una cadena montañosa siempre helada. Tendrían que andar siempre por estrechos caminos por los que incluso las cabras monteses corrían el riesgo de despeñarse.

Todo esto por la Espada Maldita, para poderla sumergir en el Fuego Eterno: su último y valiente intento de acabar con el malvado Kalidor. El tiempo de los hechizos y los conjuros había pasado, y era hora de dejar el mundo en manos de las gentes.

La mirada de Lina se quedó fija al distinguir dos figuras en la lejanía. Se movían con lentitud, ya que el burro parecía lastimado, y Adam y Elena cabalgaban ambos sobre el fatigado *Alón*. El agotado pollino caminaba penosamente detrás de *Alón*, cojeando de manera lastimosa.

Exhaustos por el sol abrasador, se habían enrollado unas telas alrededor de la cabeza para protegerse los ojos. Parecían truhanes del desierto mientras seguían el camino que les llevaba hasta Drabnaroth. Lina salió a su encuentro cabalgando a medio galope sobre *Ramadeen*, que levantaba a su paso nubes de polvo. Dio un bufido antes de hacer un alto en el camino, y un remolino de polvo surgió a su alrededor. Cuando Adam sujetó las riendas del fatigado caballo para detenerse, una alegre y franca sonrisa apareció en el rostro de Lina. Sintió un gran alivio al comprobar que no había sufrido ningún daño, salvo algún corte y algunos golpes.

—Pareces indestructible.

Adam le sonrió.

—Fue un viaje muy largo y difícil —le dijo—. Luchamos contra tormentas de arena y fuimos picoteados por nubes de avispas.

—Yo he estado muy descansada.

—Sí, así parece —le contestó Adam—. Pero mi bronceado es mejor que el tuyo.

—Tú estás rojo como una langosta.

—No tiene importancia.

Elena luchaba por bajarse de los lomos de *Alón*, intentando apartar con el pie su vaporosa falda, que se había enganchado en el morral.

—¿Encontraste a ese Pignikker?

—Sí.

—¿Está sobrio?

—Casi —contestó Lina.

—¡Bah!

Elena bufaba mientras se sacudía el polvo de sus ropas dando unas palmadas a su falda marrón con tanta fuerza que parecía como si la odiara.

—¿Se ha hecho con una barca?

—Dijo que buscaría una.

—Buscarla no es suficiente.

Elena se estiró y miró de soslayo el camino.

—¿Dónde está ese tonto borracho?

—Durmiendo en el interior de un establo.

—¿*Durmiendo en el interior de un establo?*

Los ojos de la hechicera se agrandaron.

—Ahora mismo le sacaré de allí.

Se dirigió hacia allí murmurando una sarta de amenazas y maldiciones mientras Adam abandonaba lentamente la silla caliente de *Alón* con la espada aún a la espalda.

—Me alegro de verte de nuevo.

—También yo me alegro —dijo Lina alegremente.

CAPÍTULO 25

Tras pasar una noche en el pajar de un establo en el camino hacia Drabnaroht, recogieron sus cosas por la mañana temprano y se encaminaron hacia la ciudad. El día era suave, con nubes algodonosas de un tono rosado que se movían por el cielo sin rumbo fijo. Una brisa que llegaba del este traía el aroma de los limonares salvajes que se encontraban en aquella dirección.

Luego, dejaron pastar a los caballos por los campos, y vieron pasar muy cerca una bandada de golondrinas que cazaba moscas sobre la hierba. Oyeron cantar a un cuco desde una hendidura que se hallaba en un espino sobre el nido de una becada.

Más allá de un pequeño riachuelo se detuvieron para buscar cuando el coloradote Pignikker se quejó por haber perdido su sombrero. Armó un verdadero lío hasta que el sombrero apareció en su bolsillo posterior. Era un hombre pequeño de mediana edad, rechoncho y muy velludo, como para compensar el poco cabello que le quedaba en la cabeza, y tenía una voz de cascajo que se quejaba constantemente del trato que Elena le daba. Los dos se hallaban en el camino de vuelta, decía haciendo alarde de ello frecuentemente, aunque nunca explicaba qué era lo que les unía. Lina decía que debía de haber sido el novio de Elena, pero cuando la hechicera lo oyó por casualidad le lanzó una mirada fulminante.

Los cuatro se hallaban llenos de confianza, pero lo que más les alegró fue que Elena encontrara al fin tiempo para elaborar una capa que les protegiera. Teniendo la Espada Maldita envuelta en una capa, las posibilidades de que alguien les siguiera se habían visto reducidas en gran manera, y un abrumador peso parecía haberse levantado de sus cansados hombros. Se encaminaron hacia el oeste, hacia las orillas del Gupterol, en donde una barca de fondo plano y remos había sido situada entre un espeso bosquecillo de adelfas. Pignikker la miró con orgullo.

—Tuve muchos problemas para conseguir esta barca, no creáis.

—¡Cállate! —le dijo Elena, quien era incapaz de hablar con Pignikker sin dar la impresión de que estaba siempre y sin ningún motivo molesta con él.

Pero le ayudó a cargar la pequeña embarcación, y la empujó fuera del lodo que rodeaba al atestado banco, dispersando a los pececillos pardos que abundaban en aquella zona poco profunda.

Cuando ya todos estaban a bordo usaron largas pértigas para ayudar a la barca a entrar en el perezoso río, y luego la corriente les llevó río abajo. Era aún muy temprano; el único signo de vida que se veía era una granja que se hallaba junto a los campos cercanos. Cuando la velocidad de la barca aumentó por la corriente del río usaron las pértigas para mantenerla en su curso.

A media tarde habían dejado ya atrás los campos y avanzaban a través de un paisaje bastante llano. Las colinas del Grey Devais se acercaban, pero también el olor acre del pantano que se hallaba un poco más adelante. Por ambos márgenes del río se extendían grandes espacios abiertos de barro, que se podían oír crujir suavemente. El día se iba haciendo cada vez más húmedo, y las nubes de insectos pululaban por el aire cuando cesó la agradable brisa de la mañana. Ahora se limpiaban constantemente el sudor de la frente. El río había comenzado a dividirse en una red que se extendía a través de altas hileras de juncos y espadañas. Surgían grandes islas coronadas por las espesas plantas de los márgenes que arrastraban sus raíces como si fueran pilares. Águilas que se alimentaban de peces les observaban desde las perchas de los árboles. Los caimanes se deslizaban desde los márgenes del río para sumergirse en charcos llenos de ondas. Las libélulas volaban entre los juncos. De repente apareció un olor a gas, precedente del pantano, tan intenso y denso que encender una llama habría resultado una temeridad.

—Este olor me desagrada mucho —musitó Elena.

A Pignikker, sin embargo, le gustaba.

Alzaron un toldo para apartar los mosquitos, y Elena hizo arder lentamente algunas hierbas que podrían haber acabado con un buey. Pero las nubes de insectos parecían no darse cuenta y devoraban las hierbas. Cuando los brazos del río se hicieron más anchos tuvieron que usar las pértigas para ayudarse a navegar por entre los juncos del pantano. Al caer la tarde se encontraban casi atrapados en un cieno maloliente y humeante.

—Ésta es la ciénaga —subrayó Pignikker.

—Bájate y tira de la barca —le dijo la hechicera.

No de muy buena gana, su guía saltó por la borda y se hundió hasta la cintura en un lodo fétido y pegajoso. Con una cuerda atada alrededor del pecho tiró de la pequeña embarcación, gruñendo patéticamente. Tuvo que

sufrir las picaduras de las culebras de agua, así como las amonestaciones de la hechicera, que parecía convencida de que simulaba el daño. Al cabo de un rato encendió una tea para facilitar las cosas, y Pignikker avanzó abriéndose paso. La ciénaga desapareció en las playas repletas de aluviones que rodeaban al lago Malibón. Éste era un inmenso lago que se extendía de oeste a este, salpicado de islas. En algunas partes era tan profundo que ningún hombre ni ningún mago conocía a cuantos metros se hallaba el fondo. Había albergado en tiempos enormes bancos de peces y calamares, pero habían sido tan saqueados que los supervivientes se habían quedado en las profundidades. Cada año, los pescadores acudían desde las cabañas que se encontraban junto a la orilla, pero al no encontrar pesca recogían sus redes y se marchaban.

La mayoría de las islas se hallaban deshabitadas, aunque se vinculaban a algunas de ellas extraños rumores. Se decía que durante la noche podían oírse voces y verse pálidas luces moviéndose de un sitio a otro. Pero la mayoría de ellas eran santuarios o lugares para explorar, en donde los mineros excavaban para buscar oro. Había dos grandes asentamientos en las dos islas principales, hacia el oeste del muelle de Treffick.

Cuando el grupo de Adam alcanzó la línea de la costa después de haber arrastrado la barca durante la última media legua, la oscuridad había cubierto el cielo, y montaron su campamento junto al resto de un barco embarrancado. Por la noche, unos enormes búhos cazadores, que apreciaban la carne humana, velaban por encima de las negras corrientes. Desde la playa arrojaron piedras, y encendieron un gran fuego para mantener apartadas a las aves poniendo fin a la oscuridad que se cernía a su alrededor. Escuchaban el ruido de los búhos sobre el agua y de las nutrias entre los juncos, y los susurros de las pequeñas olas cuando rompían sobre la playa. Oyeron a lo lejos el sonido de una campana, y distinguieron las lejanas luces de un barco que se encaminaba hacia un puerto.

Pero sobre todo eso se hallaba un cielo oscuro e intacto, tan negro como una tumba y como boca de lobo. La noche parecía tensa, como si el lago supiera que la Espada Maldita se hallaba por allí.

CAPÍTULO 26

Al amanecer del día siguiente se alejaron de la playa con la ayuda de largas y pesadas pértigas. Les quedaba un día de navegación antes de alcanzar el muelle de Treffick, y la brisa que movía sus ropas parecía impaciente. No había tiempo que perder, así que comieron mientras navegaban.

La ruta que habían tomado pasaba entre dos islas inusualmente grandes y cubiertas de vegetación muy espesa. Aunque en ambas abundaban la fauna y la flora, y tenían bahías bien protegidas, nadie vivía en ellas. Se decía que la mayor de ellas contenía las tumbas de unos reyes muertos hacía ya mucho tiempo, y de la más pequeña, que se había visto maldita por una plaga pestilente.

Las pequeñas ciudades que una vez habían sido prósperas se habían convertido en un lugar abandonado y lleno de maleza y parras asfixiantes.

Pero el grupo no tenía intención alguna de desembarcar en ninguna de las dos islas, ya que el curso que debían seguir continuaba en línea recta, entre las principales corrientes. Si se desviaban de su camino, cabría la posibilidad de que encontrasen algún remolino. Así que Elena cogió una piedra para poder dar una guía a la brújula y Pignikker fijó un remo en la popa para que actuara como timón. Así prosiguieron, sin ningún incidente hasta la tarde. Luego apareció una niebla que se extendió por todo el lago y cubrió las dos islas mayores, que en esos momentos flanqueaban. Parecían navegar por una estrecha y blanca garganta, sobre la que sobresalían escarpadas rocas de pizarra que se precipitaban por encima de ambas islas, y cuando la niebla se presentó en forma de bancos y haciéndose más espesa, su ruta se hizo impenetrable. El mineral de hierro de las rocas afectaba a la brújula, de modo que perdieron el curso y tuvieron que desplegar una vela. Mientras la barca navegaba lentamente oyeron el ruido de las olas rompiendo sobre las rocas. Se deslizaron poco a poco hacia la abrigada bahía de la isla más pequeña. No podían continuar sin una ruta clara, ya que los remolinos se encontraban más arriba, en donde se hallaban las principales corrientes del lago. La niebla era ahora tan densa que hasta el sol había desaparecido de su vista. Sólo podían esperar tristemente, sentados sobre los trozos de pizarra que habían caído de

las pendientes laderas que se alzaban por encima de sus cabezas. La playa se hallaba sembrada de piedras, y el lago, tranquilo y negro. El aire húmedo helaba sus huesos.

En la isla, la diosa Barognigod, creadora de las nieblas, había estado sin descanso durante mucho tiempo. No era una verdadera diosa, excepto para aquellos a los que servía, que pensaban que Barognigod había hecho el cielo y la tierra, pero podía parecer una diosa cuando se ponía sus velos y extendía todos y cada uno de sus miembros. Podía sembrar el terror en el ojo humano, y paralizar a sus enemigos con una cuchillada de sus colmillos. Durante algunos milenios se había sentado en la isla, esperando pacientemente.

Los *feylland* que la atendían, seres algo más avanzados que los monos, habían trabajado durante siglos para colmar todos sus caprichos. Le habían ofrecido perros y cabras, caballos y hombres para calmar su apetito. Pero había una cosa que deseaba verdaderamente Barognigod, y que no había encontrado en su servidumbre. La diosa Barognigod quería succionar la llama de un alma humana.

Ahora por fin percibía una a través de su extraña y escurridiza luz: una temblorosa mancha de luz azul en la niebla. Sus miembros flexionados temblaron cuando sintieron la calidez de Raina, y de sus largos colmillos goteó sangre. Desde su fortaleza cubierta de niebla, daba órdenes:

—Traedme esa llama o moriréis con toda seguridad, y matad a todo hombre que se interponga en vuestro camino. Traedme también su carne.

Luego, dio a los *feylland* polvos para adormecer, para que lo arrojaran a los ojos de los viajeros, y también largas y exquisitas espadas con las que cercenar sus gargantas. Les entregó asimismo cuencos de plata para que colocaran allí los corazones que arrancaran de los pechos.

Les ofreció recompensas de libertad y otra recompensa cuando esta última tarea fuera hecha. Dijo que debían navegar a través del lago.

Su malvada diosa les había mentido.

Cuando cayó la tarde, la niebla aún no mostraba ningún signo de levantarse. El grupo había comenzado a explorar la isla buscando un lugar en donde acampar, resignados a perder medio día de viaje. Su esperanza era que la noche pudiera llevarse la niebla, de modo que pudieran partir al amanecer.

Encontraron un claro a pocos metros de la bahía, en donde algunos árboles con muchos años habían sido derribados por una tormenta. Allí colocaron sus fardos, pero era una reunión muy triste. Incluso el fuego del

campamento ardía con un brillo tenue, como entorpecido por la humedad del aire. Los sonidos de la noche parecían apagados y vagos, envueltos en la niebla.

Pignikker fue a buscar algo más de leña.

Elena intentó lanzar un conjuro para que la niebla se levantara, pero no tuvo éxito. Lina dejó a su lado el morral, y se colocó junto al fuego envuelta en una manta.

Era casi medianoche cuando Adam caminó hacia la bahía, incapaz de dormir y de quedarse tumbado en el suelo. Allí de pie se puso a lanzar piedras al agua, oyendo cómo caía cada una de ellas, ya que no podía verlas. Se hallaba triste y a un millón de millas de distancia del ánimo y fortaleza que había sentido al amanecer, cuando todo le había parecido posible. Ahora los miembros de su grupo, la Espada Maldita, Kalidor, todos parecían un sueño pasajero. Sintió la muerte cuando contempló el lago: el pensamiento de que todas las cosas mueren y todo desaparece. Se encontraba en un estado de ánimo muy bajo cuando se volvió desde la playa y regresó de nuevo. Cuando llegó al campamento, los animales de la noche estaban agazapados sobre sus amigos. Los feyland eran negros y enanos, y por sus colmillos escurría saliva verde. Sus brillantes ojos amarillos fulguraban con un fuego envenenado. Sus manos robustas e hirsutas sujetaban a sus amigos por el cuello, intentando arrancarles la vida. Pero ninguno luchaba, ya que les habían lanzado a los ojos el polvo que les hacía dormir, provocándoles terribles sueños a través de los cuales surgían los malvados monstruos. Sus amigos sabían que estaban muriéndose, pero no podían salir de sus pesadillas. Adam dio un grito espantoso mientras corría hacia el claro y cogía una rama encendida del fuego ya medio apagado.

Moviéndola alrededor de su cabeza hizo que las criaturas se alejaran, pero con su risa se mofaban de él. Era como si un fantasma permaneciera aún en el claro mucho rato después de que los feyland se hubieran ido llevándose el alma de Raina. Era como el rumor de los murciélagos al moverse entre los árboles que bordeaban la arboleda. Había algo malévolos alrededor de las notas inquietantes, y pusieron a prueba los nervios de Adam, haciendo que todo su cuerpo se convulsionara. Agarró a la hechicera, que dormía y no despertaba, no importaba cuánto gritara. Se dirigió hacia Pignikker, que tenía el rostro azulado, y después gritó al oído de Lina. Posteriormente vio abierto el fardo que llevaba la hechicera, y un oscuro y gran vacío en donde tendría que estar el farol que contenía a Raina.

Oyó a las negras bestias escaparse entre los árboles, y escuchó sus gruñidos y bufidos cuando discutían en su correría. Estaban desapareciendo en la noche cuando alcanzó su capa protectora y sacó la Espada Maldita.

CAPÍTULO 27

El Caballero Negro Kalidor estaba en lo alto de los sangrientos acantilados mientras moría el último de sus enemigos. Murieron atormentados, después de que les hubieran arrancado el corazón de sus pechos. Murieron con la lengua dorada cuando se vieron privados de la respiración. Murieron con vergüenza y con rabia, sabiendo que habían fracasado en su intento de rechazar las terribles hordas.

Los ejércitos de la noche se extendían ya sobre los acantilados manchados de sangre, arrebatando a los defensores sus carros y sus armas, sus almadenas, en suma, todos sus dispositivos de guerra. Subieron los negros sabuesos en sus jaulas desde las profundidades, y los caballos, para formar de nuevo la caballería. Liberaron de sus cadenas a animales feroces, que no tenían nombre, para que examinaran el terreno. Llamaron a dragones, manticoros, arpías y vampiros, todos ellos criaturas de la noche, para que les prestaran ayuda. En suma, rotas las líneas, se extendieron sobre las llanuras.

Adam saltó entre los árboles que le obstruían el paso ayudándose de su espada. Dando golpes a diestro y siniestro, se fue abriendo camino, empuñando la fría Espada Maldita con ambas manos, invadido su pecho de un terror espantoso. Su rostro se quedó petrificado en una mueca llena de tensión, y rogó desesperadamente para que la espada cobrara vida. Pero permanecía en silencio entre sus manos presas del nerviosismo; no refulgía ni vibraba, seguía siendo tan sólo una hoja; y Adam necesitaba que le transmitiera fuerza y esperanza, para sentir su poder abrumador.

Cruzó un ancho río, salpicando a su paso al atravesar sus heladas aguas y saltar sobre unas piedras lisas semejantes a lápidas grises. Se abrió camino a través de la ribera del río, pinchándose las manos con los espinos mientras las ramas le golpeaban el rostro. Pero su presa permanecía en lo alto por encima de su cabeza, apartándose de él, desvaneciéndose sus voces entre la densa jungla. Por rápido que corriera Adam, no podía alcanzar a las veloces criaturas. Llegó después a un desfiladero, un camino escarpado que se abría a través de la roca en una extensa cuenca en donde crecía muy poca vegetación.

Era un simple espacio vacío, lleno de troncos de árboles y ramas secas. La niebla se había levantado, y una luna brillante apareció en el cielo iluminando rocas grises que parecían haber sido pulidas y largas tiras de unos filamentos largos y gruesos que colgaban entre los árboles. Era como si sobre las ramas hubiera sido extendido algodón dejándolo caer en forma de sábanas plateadas como tendido a secar. Adam notó que se adhería como algodón azucarado cuando apartaba las hebras siguiendo la llama de Raina.

El aire se volvió helador, y esos momentos, en los que Adam caminaba a través de la penumbra apartando las hebras pegajosas, le parecieron como un sueño. Se hallaba rodeado de árboles desnudos y de rocas grises de aspecto amenazador. Por encima de él todo era oscuridad. Era como si estuviera en una caverna alejada del aire libre, y el silencio que la rodeaba era irritante e intenso. Instintivamente disminuyó el ritmo de la marcha y adoptó un paso más cauteloso. Algún ser vivo se encontraba por allí, de eso estaba completamente seguro, tan seguro como hubiera estado de cualquier otra sensación. No sabía aún de qué se trataba, pero había entrado ya en la guarida de la macabra Barognigod. La diosa se estremeció cuando sus fieles esclavos le llevaron el farol. Avanzaron de rodillas, vestidos con chalecos de piel negra, y con sus rostros inclinados hacia el suelo para evitar la mirada de sus ojos abrasadores. Hicieron el signo de una cruz sobre sus pechos gruesos y fuertes, y murmuraron oraciones llenas de fervor. Dos de ellos entonaban cánticos y llevaban, en las manos, una especie de rosarios y cada pocos pasos se agachaban para besar el suelo por el que su todopoderosa diosa podía dignarse caminar. Otro de ellos mató a un pollo y derramó su sangre por allí, esparciendo las espesas hebras blancas que seguían sus pasos, ya que las hebras se hallaban por todas partes, y se habían unido en una extendida red. Su extensión cubría diez hectáreas, y en su corazón se hallaba al acecho la poderosa reina de los feyland, una extraña criatura de múltiples piernas, una hechicera con los colmillos envenenados, la araña Barognigod.

El sumo sacerdote colocó el farol sobre un altar de piedra. Llevaba una larga casaca hecha con una tela manchada de sangre, y una estela de piel blanca rateada de un zorro ártico. Tenía su cabeza una banda pintada con una mezcla hecha de pezuña de órix molida y sangre. Sostenía un crisol en el que ofrecía la sangre, obtenida del niño más pequeño de la tribu de los feyland. La vertió sobre la roca y, ayudándose de sus manos, la fue extendiendo, como si fuera una pegajosa brea de color carmesí.

Cuando se secó la sangre se marchó de nuevo, pronunciando las palabras sagradas en una lengua hacia ya mucho tiempo olvidada. Las sabía de memoria, pero no tenía la más mínima idea de lo que significaban. Eran las palabras que Selibu, su antiguo rey, había oído cuando condujo a su tribu feyland hacia la tierra prometida, un viaje en el que entraron en conflicto con los saqueadores del norte, quienes les empujaron hacia la isla.

Cuando sus palabras se oyeron a través de la oscuridad del bosquecillo, el sumo sacerdote sintió cómo un temblor recorría todos los hilos. La reina Barognigod se revolvía en su cueva, poniendo a prueba su apetito. Había apartado de sus pensamientos la carne fresca, ya que había una comida mejor para satisfacer su apetito. Saboreaba con deleite la idea de devorar con sus negros colmillos el alma de Raina. Era lo tabú, lo prohibido, el Acto Sin Nombre, tomar un alma obtenida por la muerte de otro, apoderarse de sus pensamientos y de sus sueños, de su chispa de vida, para toda la eternidad. Se decía que sólo Rugzudik, el demonio del sur, se había atrevido a romper los votos que protegían a las almas humanas, pero mientras la impresionante criatura araña se movía sobre su lecho de cráneos, planeaba ser la siguiente en hacerlo.

Adam se detuvo en el borde del bosquecillo sagrado en donde los esclavos feyland alimentaban a su repugnante diosa. El aire era hediondo, porque los árboles se hallaban cubiertos con piel y jirones de carne que colgaban medio putrefactos. El olor se alojó en su garganta como si se propusiera quedarse allí. Hizo que su epidermis le hormigueara y el vello de su cuello se erizara. Buscó a los feyland, pero los simios habían desaparecido entre los árboles, abriéndose camino por entre los glóbulos de su limo. Todo lo que Adam podía ver ahora era el farol sobre la roca y el crisol que el sumo sacerdote había colocado allí. No distinguía ningún signo de vida, no oía nada amenazador, y, sin embargo, sentía algo. Era un temblor en la imponente red, una sensación de algo enorme moviéndose a lo lejos. Cuando saltó al suelo del maloliente y silencioso bosquecillo oyó cómo se acercaba la diosa.

Casi de forma inmediata la Espada Maldita recobró la vida, y pequeñas lenguas de fuego de color azul claro comenzaron a aparecer a lo largo de la hoja. Adam captó la visión momentánea de un destello en unas láminas lejanas que producían el mismo sonido que las escamas de un lagarto. Dio un paso adelante, pero había sido atrapado por los hilos que se adhirieron a las plantas de sus pies como lapas a una roca. Cuando llevó hacia abajo la Espada

Maldita pareció convertirse en fuego, y ardió directamente a través de las hebras. Dio otro paso, pero se quedó enredado de nuevo, esta vez por hilos más fuertes, y por grandes bolas de limo. Ahora la estocada de la Espada Maldita gastó un poco más de tiempo en quemar las hebras. Luchó por abrirse paso hasta donde se hallaba la llama de Raina dando golpes a través de las hebras, caminando y quedando atrapado. Cada vez que daba un paso se adherían más hebras a sus pies y liaban sus piernas. Se estaba viendo cada vez más rodeado por los nidos de la red, atrapado como una mosca. Cuando la tensión de Adam crecía los movimientos de la espada se hacían más lentos. Ésta casi gritó cuando él intentó sacarla de aquella espesa y pegajosa masa de hebras retorcidas y limo. Cuando miró alarmado, divisó la cabeza de la criatura que asomaba entre los árboles.

En esos momentos, cuando apareció la poderosa diosa, sujetó la Espada Maldita con todas sus fuerzas. Era enorme y parecía llenar toda su visión. Su envoltura exterior brillaba con una luz de color azul bronce. Estaba cubierta de escamas de adamante y hierro. Sus ojos eran de fuego color rubí. Aunque se movía pesadamente, con pasos bien estudiados, la diosa cruzó la tierra a una velocidad aterradora. Constituía una torre de piernas, ojos y mandíbulas precipitándose a través del bosquecillo. Los árboles se inclinaban ante ella, las rocas crujían bajo sus pies, el bosquecillo temblaba como un tambor tañido por puños poderosos. Con ella llegó el rancio olor de la caverna de la muerte en donde devoraba sus piezas muertas. El hedor de miembros y huesos acumulados en el transcurso de los años rezumaba a través de los poros de Barognigod.

Cuando la diosa se acercó a Adam mostró unos colmillos ácidos: largas lanzas de piel y huesos afilados en forma de puntas; brillantes gotas de veneno refulgentes que luego caían goteando a tierra, como lluvia envenenada. Cuando se inclinó sobre él, sus poderosos orificios hiladores lanzaban hilos plateados tan gruesos como las maromas de los barcos, que arrojaba por el aire como relucientes sedales de pesca echados a una carpa un poco alejada.

La diosa se movía en círculos, observando la espada de Adam como si representara la amenaza de una presa desconocida. Se balanceaba hacia derecha e izquierda, y tendía sus filamentos como para probar la espada. Mientras sucedía todo esto, Adam permanecía inmóvil, temeroso de mover sus pies por miedo a verse aún más enredado; pero podía sentir cómo la pálida Espada Maldita empezaba a latir con fuerza y brillar con luz mortecina en forma de aviso. Se hallaba cerca del farol y podía oír el alma de Raina

urgiéndole a que se cuidara de la súbita acometida de la araña. Cuando sus oídos se llenaron con su voz, la araña embistió en primer lugar haciendo una finta hacia la derecha. Adam golpeó hacia arriba. El movimiento del arma hizo temblar las láminas de la fulgurante araña. Una gota de veneno le salpicó y le quemó a través de su camiseta blanca, llegando hasta la carne. Cuando Adam se quitó la camiseta para lanzársela a la bestia, buscó un lugar más blando por debajo de su caparazón. Pero la araña continuó moviéndose en círculos, arremetiendo y precipitándose de nuevo.

La mirada de Adam la seguía mientras daba vueltas por el lugar, las hebras de hilo de seda envolvían sus piernas hasta que se encontró totalmente atado formando una especie de capullo blanco que le inmovilizaba hasta la cintura. Su única esperanza residía ahora en la espada que se había despertado para neutralizar la amenaza. La espada y Adam se movieron, compartiendo la tensión y la furia. La araña les desagradaba y su olor les ofendía; el despliegue de posturas parecía simplemente arrogancia. Adam se hallaba a punto de abatir a una diosa, y podía percibirlo ahora. Se sintió inmortal, protegido por la espada; nada podría dañarle, nada se interpondría en su camino. Rodeado de un destello de luz rompió los hilos que le mantenían atrapado.

Parecía rugir cuando avanzó hacia el animal alzando la espada y haciendo que saltaran llamaradas y chispas. La araña retrocedió aturdida y confusa cuando Adam se abalanzó sobre ella. Le asestó un terrible golpe haciendo silbar la espada en el aire y le produjo un terrible tajo a través de la lámina que protegía toda una pierna. El cuerpo de la araña se estremeció y cayó al suelo. Luego, se precipitó sobre el joven, escupiendo saliva envenenada para abrasar y cegar sus ojos. Y extendió sus piernas para aplastarle con su peso cuando él se acercara para golpearla.

Adam le asestó un golpe brutal, con todas sus fuerzas, hundiendo la espada en sus oscuras tripas. El muchacho abrió con fuerza las láminas, cortó su carne y vio manar su espesa sangre. Cuando la diosa saltó hacia atrás atontada y aturdida, sorprendida por el dolor y confusa por el derramamiento de su sangre, Adam habló:

—Te daré la vida —le dijo— cuando acabe contigo y haga de ti un cadáver. Podría destruirte.

Adam mantenía en lo alto la espada, y la diosa vio cómo su hoja resplandecía con intensos destellos y estallidos de luz azul plateada.

—Esta es la Espada Maldita a la que no se le resiste nada y a la que no sobrevive nadie.

La diosa se acobardó ante el balanceo de la espada, sintió el poder que poseía en su interior y la rabia que embargaba a Adam. Cuando cogió el farol, ella le observó con ojos que mostraban el brillo del miedo. Mientras Barognigod se iba alejando la observaba con suma precaución, pero ella no pensaba desafiarle ahora, pues la diosa Baragnigod comprobaba la existencia de grandes poderes, mayores incluso de los que poseen los propios dioses. Tendría que contentarse con los estúpidos esclavos feyland, comer los cadáveres y beber la sangre que ellos le servían, sabiendo que estaba sola en una oscura y vacía cueva atrapada por su soledad...

Adam volvió al claro en el que sus amigos aún continuaban durmiendo y les quitó el polvo mágico de los ojos. Encendió el fuego de nuevo por si acaso volvían los feyland, y se sentó para protegerles con la espada apoyada sobre sus rodillas. Esperó hasta el amanecer, momento en que sus amigos despertaron y miraron a su alrededor sorprendidos. Elena le preguntó sobre todo lo que había pasado, y le hizo meter la espada dentro de su capa protectora. Desenvainada, era capaz de sacar los ojos de todos los animales del reino. Eso significaba que Kalidor sabría ahora dónde se hallaban, e incluso algo más, podría saber el lugar exacto en el que se encontraban. Estaría haciendo planes para interceptar al grupo antes de que llegasen al cañón. Así que el tiempo era muy importante, por lo que apagaron el fuego, pusieron a flote la barca y subieron sus cosas a bordo, y cuando el sol salió por encima del lago Malibón navegaron rumbo al norte. Era un día claro y la niebla había desaparecido. Las islas que se hallaban a su espalda parecían tan serenas como el sueño. No se oía por ninguna parte ni a la diosa Barognigod ni a sus fieles esclavos, los feyland.

TERCERA PARTE
EL PUENTE DEL DESTINO

CAPÍTULO 28

El humo del muelle de Treffick formaba círculos por encima de la ciudad como una especie de halo de color gris. La población, surgida para la explotación forestal, se había edificado alrededor de los aserraderos de madera, de los que salían tablas para dar la vuelta al mundo. El zumbido de las sierras se dejaba oír día y noche como el de gigantescos moscardones enfadados. Era también un lugar de descanso para los cazadores de las colinas, quienes se reunían en las calles fangosas para hablar sobre sus últimas presas, alrededor de un fuego, con los perros y los mulos a su lado. En las afueras de la ciudad, en un rincón del lago, se encontraba un malecón en donde las barcazas atadas con grandes maromas cargaban furtivamente, como si se sintieran avergonzadas de robar el corazón del bosque. A lo largo de la playa se amontonaban maderos, como animales esperando a que se les sacrificara.

Cuando Pignikker condujo la barca entre las barcazas allí atracadas, los hombres que trabajaban en las cubiertas le hicieron señas. Parecían conocerle, y él les saludó a su vez en señal de reconocimiento. La hechicera no mostraba alegría por haber llegado al muelle sin ningún contratiempo, pero su mente no paraba y sus pensamientos estaban ahora más allá de la ciudad maderera, en las blancas cumbres que había detrás. Sería la última etapa de su viaje hacia el cañón. Sólo debía cruzar el puente del Destino antes de alcanzar el Fuego Eterno. Pero Kalidor sabía ahora hacia dónde se encaminaba el grupo, y estaría esperando.

Las noticias acerca del avance del Caballero Negro se habían extendido rápidamente desde los acantilados sobre los que habían luchado sus tropas. Nada les detendría ahora; parecían invencibles. Cruzaron el reino en una marcha atroz, izando sus banderas envenenadas en todas las tierras en las que habían acabado con sus habitantes. Ninguna fuerza humana ni animal podía detener su avance, y la anciana hechicera se sentía asustada. Si Kalidor se apoderaba de la Espada Maldita, el mundo entero sería suyo, y ellos eran tan sólo cuatro personas para enfrentarse a sus hordas enfurecidas. La hechicera miraba más allá de la ciudad, hacia las lóbregas y negras colinas en donde se encontraba su destino.

—Elena —le preguntó Adam con toda naturalidad—, ¿por qué odias tanto a Pignikker?

Elena se agitó y se volvió para mirar a Adam.

—¿Por qué me preguntas eso? Yo no odio a Pignikker.

—Nunca eres amable con él. Nunca le contestas. Y él te venera.

Elena resopló y llevó la vista hacia donde se encontraba la barca en donde la rechoncha figura de Pignikker se agachaba, sujetando el timón.

—Es un tonto —dijo ella— que debería querer cosas menos insignificantes que hechiceras bien entradas en años.

—¿Piensas que te quiere?

—Oh, sí —dijo la vieja hechicera—. Ha estado enamorado de mí durante muchos años, más de los que puedo recordar, desde que éramos niños pequeños que corrían por los campos de nuestro lejano hogar.

Adam estaba sorprendido.

—Pero tú eres mayor que él.

—Sólo mi rostro. Tenemos la misma edad. En una ocasión le di un regalo que se convirtió en una maldición, y, sin embargo, continúa queriéndome.

Después suspiró profundamente como si estuviera buscando dentro de su mente aquellos lejanos momentos, ya un poco borrosos.

—Éramos unos tontos que pensábamos que el mundo era nuestro. Vivíamos en Herring Port, una ciudad de la costa, no muy lejos del fuerte de Kalidor, en las colinas de los Cárpatos.

—¿Conocías a Kalidor?

—Oh, sí. Era nuestro señor y nosotros sus siervos.

Elena se sentó y se acarició su enmarañado cabello, mientras miraba el lago y su reflejo en él.

—Él era carpintero, y yo la hechicera del pueblo; y, qué tiempos aquellos, lo bien que lo pasamos —sonrió a Adam con la mirada perdida en el pasado, con sus dulces ojos grises a punto de llorar—. De todos los hombres que he conocido ha sido Pignikker al que más he querido, pero no podía ser. Mis hermanas solían molestarme —dijo gritando—. Le llamaban *hombre de piedra* y otras estupideces. Pero él era muy amable y sufría sus mofas como si fueran halagos.

La hechicera prosiguió hablando:

—Cuando teníamos diecisiete años hicimos el pacto de que nunca nos separaríamos y que nos amaríamos tanto, durante tanto tiempo, de forma tan

auténtica y tan profundamente, que nadie se interpondría entre nosotros —en ese momento la visión de la hechicera se nubló mientras pensaba en un pasado, ahora oscurecido con los miedos y la pérdida de lo que podía haber sido; ya que nadie tiene un pasado completo y fuera de toda duda; y nadie lo tiene todo—. Un hombre muy malo llegó allí, Kalidor, que quería que le formulara unos simples hechizos para que su rostro grueso resultara hermoso, y, como una diablura, puse una enorme verruga sobre su nariz aguileña.

—Pudo haberte matado.

—Casi lo hace —le dijo ella—. Fue Pignikker el que me sacó de la ciudad, escondida dentro de un barril en el que había cerveza que aún saboreo a veces. Así que tuve que marcharme entonces, y me quedé en las colinas, mientras Pignikker permanecía allí para cubrir el rastro. Y no nos encontramos hasta después de varios años, cuando la guerra ya había empezado.

La pequeña barca vibró porque una ola la levantó y la caló con el remolino que levantó una barcaza. Pignikker la enderezó y soltó una maldición que Adam se vio forzado a oír.

—La guerra fue terrible. Todo estaba lleno de muerte, y no se veía ningún tipo de solución ni algún asomo de que aquello pudiera superarse. Estábamos preparados para morir, y por caminos separados intentamos llegar a un arreglo. Pignikker y yo nos encontrábamos en una cueva cuando las hordas de Kalidor llegaron y se extendieron por todas partes. Iban a quemarnos, y en un momento de locura recé una oración desesperada. Pignikker me pidió que lo hiciera así, y realicé un conjuro para que no pudiésemos cambiar y permaneciéramos como estábamos, tan llenos de vida, bendecidos con nuestro fuego interno. El conjuro se apoderó de nosotros, pero antes de que se completara tuve que salir huyendo de la cueva, pues vi a Kalidor. Pignikker se quedó, y fue sólo él quien se vio predestinado a permanecer siempre con esa edad. Joven, sin mí —dijo ella, mirando a Adam a los ojos—. Por tanto, me hago vieja y mi cabello se vuelve gris, y estoy destinada a morir. Pero cuando él me mira continúa viendo aquella mujer que le lanzó el hechizo.

—Pero si él aún te ama...

—Él ama a un sueño —dijo ella—. Ama a la muchacha que fui, y a la joven en la que me convertí. No ve las arrugas, el cabello, el rostro, el aspecto; sólo mi recuerdo.

—No, él te ve —dijo Adam—. Ve a la que quiere ver. La mujer que amaba, y a la que amaré siempre. Este amor es completo porque nunca palidece.

—¿Y cómo sabes tú eso? —le preguntó ella.

—Sé que te ama —dijo Adam francamente.

Elena miró hacia otro lado ajustándose su chal gris. La embarcación llegaba al muelle de madera.

—Y tú amas el alma de Raina, mientras hay una muchacha ahí detrás que está enamorada de ti.

Se puso en pie de repente y lanzó una cuerda mientras Adam miraba hacia atrás, donde estaba sentada la cazadora. Se hallaba ensimismada mirando el lago.

CAPÍTULO 29

En su marcha imparable, las hordas de Kalidor masacraron el reino. Mataron a granjeros, a guerreros poderosos y a mujeres jóvenes que se hallaban en los campos con sus hijos en brazos. Quemaron hogares y posadas, prendieron fuego a las salas de reunión, incendiaron los almacenes de madera. Arrasaron los viñedos y los graneros, espantaron a las manadas de bueyes y envenenaron las tierras. Derribaron los árboles, prendieron fuego a las banderas, destrozaron los tejados de las casas. Un reguero de muerte quedaba a su paso, mientras los jinetes cabalgaban en vanguardia buscando nuevas presas. Nada detenía su avance, ni los arqueros les hacían aflojar su marcha, ni las defensas rompían su ritmo.

Kalidor, el Caballero Negro, era como un trueno entre ellos, cabalgando sobre un corcel de color negro azabache enjaezado de rojo. Portaba una espada de fuego con tanta sangre que su llama eclipsaba al sol. Llevaba ropas confeccionadas con piel humana, un escudo fabricado con huesos, guantes hechos con almas. Sus botas goteaban con la sangre de aquellos sobre los que había pisado en su imparable avance. Había visto el resplandor de la Espada Maldita en una isla lejana en el momento en que Adam sacó la espada de la funda que la protegía, y sabiendo el camino que debía tomar, conociendo su objetivo, se encaminó hacia él.

Ninguna fuerza se oponía a ello, ya que la mayoría de los hombres que se habían desplegado a lo largo del flanco oeste de las tierras por las que cabalgaba ya estaban muertos. Lo único que se movía era la bandera que dejó atrás, que hacía ondear el viento.

El guía de montaña que Pignikker había contratado se encontró con ellos en el muelle. Era un hombre alto procedente de las provincias del norte, y que parecía tener como cabello un nido de pájaros. La barba que lucía era pura maraña, y tan negra como el ala del cuervo; sus ojos eran también más negros que el carbón.

Cuando se encontró con ellos estaba de muy buen humor.

—Mi nombre es Bulribar y soy muy fuerte. Tengo más fuerza que un oso.

—Ya lo veo, Bulribar —dijo la hechicera tranquilamente mientras examinaba los robustos brazos.

—Puedo arrancar árboles.

—Bien, lo tendremos en cuenta si nos encontramos con algún árbol que haya que arrancar.

Luego, se volvió hacia Pignikker.

—¿Dónde has encontrado a este hombre?

—Él es todo lo que pude conseguir.

—Ya veo.

Elena se dio la vuelta y se enfrentó al montañero, que era tan alto, que los ojos de ella estaban al nivel de su cinturón.

—¿Conoces bien estas montañas?

—Como la palma de mi mano. ¡Mi nombre es Bulribar!

Lo pronunció como si adorara el término, y Elena se vio forzada a preguntarle cuál era el significado de su nombre.

—¡Significa aquel que come como un toro!

—Ya veo. ¡Qué curioso! —respondió Elena.

Los viajeros pasaron aquella tarde en una taberna en el centro de la ciudad. Esperando hablar a solas, se quedaron un poco desconcertados cuando el robusto montañero llamó a sus amigos, y, aturdido por la bebida, les presentó a cada uno de ellos con todas sus virtudes.

—Éste es Prapplegraff, capaz de escupirle a un árbol y hacer caer una paloma.

—Eso es muy singular —dijo la hechicera—. Realmente curioso.

—Y éste es Brobag, que puede comerse la serpiente más larga que podáis imaginar. Eso le lleva varios días.

—Y no me sorprende —dijo la hechicera con toda tranquilidad.

—Éste es Grubatul.

—¿El que se casó con una osa?

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó Bulribar mirándola muy sorprendido—. ¿Os habíais visto antes?

—He acertado por casualidad —murmuró la hechicera.

—Ya veo. Bien, no importa —dijo el montañero siguiendo con sus presentaciones—. Éste es Pusbucket.

Continuó con sus veinte amigos, pero en mitad de las presentaciones Adam y Lina se marcharon al muelle y se sentaron allí sobre unas piedras, a mirar el lago.

Era una noche tranquila, y la luz de la luna, intensa, convertiría el lago Malibón en un escudo de plata. Podían ver las luces lejanas de los barcos rastreadores que se encaminaban hacia el puerto con la mayor parte de sus redes vacías. Podían oler el fuerte olor a madera de las fogatas que se encendían en las calles, y oír los ladridos de los perros que luchaban por hacerse con algún pedazo de carne. Captaron el sonido lúgubre de una campana anunciando que un servicio iba a empezar a continuación. Alguien estaba pescando en el borde del muelle con una caña larga y curvada. Se encontraba con él un amigo que hacía ya un rato que había dejado de pescar y estaba medio tumbado a su lado. Oyeron el débil graznido de unos gansos que volvían a casa para pasar la noche, y, cuando encontraron a unos cazadores borrachos, los gritos que procedían de estos hombres que reñían entre sí. Y sobre todos los sonidos, el ruido que producían los enormes aserraderos, zumbando durante toda la noche.

Todo eso parecía quedar muy lejos de la guerra de Kalidor, así como el conocimiento de que un día no muy lejano esa ciudad sería destruida. Los cazadores serían matados o huirían hacia las colinas, y los madereros desaparecerían.

—¿Qué piensas que ocurrirá cuando esto se acabe? —preguntó Adam tranquilamente.

—No lo sé.

Lina suspiró. Luego, sacó un trozo de madera de un montón de desperdicios y lo lanzó al lago. Contemplaba las ondas que se formaban después hasta que desaparecían; luego, tiraba otro trozo.

—Venceremos a Kalidor, ya que si desaparece la Espada Maldita él perderá el deseo y gran parte de su magia negra. Será enviado a su isla, y las torres serán reconstruidas para vigilarle. La oscuridad volverá al lugar de donde provino, y reinará la armonía hasta que otra espada o algo igual de perverso salga del corazón de alguien y nos amenace de nuevo.

—¿Será siempre así?

—Tal vez. No puedo saberlo; no soy adivino —Adam caminaba sobre el muelle grasiento, mirando fijamente las piedras bajo sus pies—. ¿Y qué será de ti? —le preguntó—. ¿Qué harás cuando todo esto termine?

—Volveré a mi casa —dijo ella—. Cazaré ciervos de nuevo y soñaré con Kalidor —dio un gran suspiro—. ¿Y qué harás tú entonces? ¿Te quedarás en el norte o viajarás hacia el sur?

—¿Al lugar en el que nos encontramos?

—Es allí a donde voy a ir —dijo Lina con dulzura. Respiró a fondo y le dijo—. Si alguna vez me necesitas, si te encuentras solo y buscas un amigo... —apartó la mirada, y se puso a contemplar las estrellas—. Podrías venir a mi casa conmigo.

—Yo también tengo mi casa —dijo Adam con toda tranquilidad, aunque ignoraba por completo cómo volver a ella.

—¿Y tienes amigos allí? ¿Un amigo tan bueno como yo?

—No tengo amigos como tú. Nada tan bueno como tú.

Adam le cogió la mano mientras miraban el lago observando cómo los barcos navegaban de vuelta a casa.

CAPÍTULO 30

El Antigo Guerrero irrumpió desde su sepultura entre las rocas bramando por todo el mundo. Se había deshecho de sus ataduras, y luchaba en la tierra, levantando sus garras en dirección hacia el cielo como una criatura poseída. Había sido ayudado en esto por todas las almas que Asgarok había sacrificado. Ahora, desnudo y herido, se hallaba sobre la tierra, quemado por las cadenas del brujo, marcado por la roca feroz. Advirtiendo la presencia de Asgarok, temiendo como temía a los hechiceros, acabó en seguida con él.

—La llanura de Albadroth —el bandido Robart se arrodilló para saludar a su señor.

—¿Dónde está mi negro corcel?

—El caballo se ha perdido en el valle del olvido. Ahora bien, os tengo preparado otro caballo...

El Guerrero lo vio y, frunciendo sus labios renegridos, hizo alarde de un gran desdén.

—No quiero ese caballo. Tráeme un animal plateado de la manada de Dornok.

—¿La manada de Dornok?

—Sí, se encuentra a varios días de aquí.

—Sé dónde se encuentra, mi señor —le contestó Robart—. ¿Queréis que cabalgue hacia allí, ahora?

—¿A qué esperas? No tenemos tiempo que perder.

El bandido se levantó y montó en su caballo, un poco ofendido por no haber sido mejor tratado. Había trabajado mucho y duramente... Pero tal vez los demonios recompensaban de otras maneras.

—Iré a buscar un caballo entonces.

Robart cabalgó durante toda la noche, dejando que el Guerrero se sumergiera en las olas de cansancio, ya que supuso un trabajo exhaustivo vencer los conjuros de los magos, y aún no se había recuperado del todo. Eso podría llevarle varios días, y no estaba bien dejar que un esclavo contemplara la debilidad de su señor. La primera norma de un señor es mantener ocupados a sus esclavos. Cuando se hubiera recuperado podría reanudar la búsqueda,

sabiendo que el rastro de la Espada Maldita quizá se hubiera vuelto invisible ahora. Pero un arma tan poderosa como la espada no se mantendría inactiva durante mucho tiempo.

Usando como almohada para apoyar su cabeza al hechicero que había matado, se tumbó en el suelo para recuperar la fuerza. Podría descansar un poco, recuperarse de sus heridas y luego dejar que la furia se abriese paso en él. Tomaría al bandido Robart como esclavo para que le sirviese en todos sus deseos, y cuando se cansase de él devoraría su corazón aún caliente. Los criados podían complacer a sus señores también de otras maneras, no sólo cayéndoles caballos.

CAPÍTULO 31

A la mañana siguiente, muy temprano, el grupo partió del muelle de Treffick con unos cuantos mulos. Llevaban provisiones para tres semanas, aunque en principio el viaje no les ocuparía más de seis días, pero sería insensato subestimar la amenaza que suponía la cordillera de la Tundra. Muchos montañeros y cazadores se habían perdido sobre las peligrosas laderas, o habían sido arrollados por un alud o muertos por el hielo y los lobos. Muchos se habían perdido y algunos habían desaparecido en las fauces del Logra, una criatura nacida de la mitología, una bola de fuego que descendía por las cumbres. Pero la existencia del Logra no era la principal preocupación de los viajeros, ya que su mente se hallaba ocupada en el objetivo hacia el que se dirigían. Si sobrevivían al viaje, alcanzarían el puente del Destino y se enfrentarían a Kalidor. Él constituía el obstáculo que se alzaba entre ellos y su meta, la fuerza que debían derribar para alcanzar el Fuego Eterno. Contra un hombre así la bola de fuego parecía algo muy poco importante.

El día había amanecido tranquilo, soplaba una suave brisa y el cielo se hallaba despejado de nubes. Las onduladas estribaciones de la misteriosa cordillera de la Tundra las recorrieron a un paso bastante rápido, de modo que a última hora de la mañana no se veía nada más que un trazo borroso sobre las playas del lago Malibón. Aún podían percibir el humo, pero el ruido de los aserraderos se había dejado de oír, y también los gritos y ladridos en las calles de la pequeña ciudad. Más allá se distinguía el lago Malibón como un espejo brillante, al incidir sobre él los rayos del sol.

Pero después, tras coronar un cerro, la ciudad y el lago desaparecieron, y se encontraron en las silenciosas y solitarias colinas en donde se habían extendido grandes bosques antes de que los madereros llegaran allí y acabaran con ellos. Los madereros se dirigían ahora hacia el este para buscar nuevos abastecimientos de árboles, y a su paso sólo quedaban parajes rocosos sobre las colinas. Las águilas ratoneras poblaban el aire, como si continuaran buscando las perchas que habían conocido antes.

Algunas leguas por delante del grupo las colinas comenzaban a elevarse formando paredes de roca escarpada de la singular cordillera de la Tundra, en

donde íbices y cabras se colgaban de los lugares más insospechados por encima de las vertiginosas pendientes. Cuando el grupo llegara allí, se vería inmerso en las nieblas que rodeaban la cordillera de la Tundra como un frío y gris cinturón. Luego, caerían grandes heladas, extendiéndose hasta las cumbres con sus capas de nieve. Dos días más tarde llegarían a la pendiente del Diablo, una gran extensión de hielo que se había cobrado muchas vidas. Después de todo esto, sólo tendrían que cruzar el rápido río Zíniga, y se encontrarían seguros en casa, siempre que el río se encontrara de buen humor y que su tiburón estuviera pacífico. Y que la tribu barbeó se hallara entretenida con algo que no fuera la defensa de su territorio...

El aire se iba haciendo cada vez más frío mientras el grupo seguía su camino a través de las solitarias colinas grises por donde sólo rondaban los halcones y los peculiares y lejanos lobos para acompañarles. El límpido cielo presentaba un tinte metálico y el sol amarillento parecía tenue y anémico. El aire se notaba enrarecido, aunque apenas habían comenzado la ascensión a las cumbres. El imponente Slyne Bank se encontraba aún por delante de ellos, un recuerdo de la guerra con los demonios, que se habían hecho con su control, y en una desesperada tentativa para superarlos los hombres habían levantado terraplenes, resultando una especie de diversión para atraer a los demonios, aunque hubo hombres valientes que se sacrificaron para hacer de señuelo. Unas veinte mil almas se perdieron mientras otras más valientes luchaban por alcanzar el reino del demonio. Tales hazañas se oyeron contar a través de los tiempos: cuentos sobre héroes que acababan de morir y sobre aquellos que habían desaparecido mucho antes. El pasado del reino es glorioso y honra aún a sus muertos de forma singular.

El estado de ánimo de los viajeros se iba ensombreciendo mientras se acostumbraban a la monótona rutina de los irritantes y tercos mulos. Hablaban poco, e incluso el alma de Raina parecía arder con menos calor, y su llama era menos brillante. Se había mostrado tranquila y pálida desde que dejaron el muelle de Treffick, pues Raina había notado un cambio. Adam y Lina compartían ahora un afecto más fuerte, y ese calor estaba eclipsando la luz del farol de Raina. Podía sentir cómo se apartaba de ella Adam y se dirigía hacia los brazos mortales de Lina, dejando su llama atrás.

Tal vez la tristeza de Raina fuera contagiosa, ya que al comenzar la tarde su estado de ánimo se había extendido, y todos se hallaban absortos en sus propios pensamientos, que no compartían con nadie.

—Formamos una triste estampa —dijo Bulribar muy serio a Elena, la hechicera.

Elena alzó la mirada del farol que contenía el alma de Raina, y lo envolvió tapándolo con los pliegues de su ropa y poniéndolo de nuevo sobre su regazo.

—Será la época del año. Es el momento de la vida. El momento de hacer y pensar en muchas cosas.

Bulribar soltó un gruñido. Su mulo iba tan cargado que se tambaleó cuando se subió sobre sus lomos.

—Sé que algunas cosas son todavía eternas. La tundra no cambia nunca.

Elena miró hacia las blancas montañas que se hallaban por encima de ellos, con un cielo inmaculado al fondo.

—Incluso las cumbres pueden venirse abajo si Kalidor sale victorioso y se apodera de la Espada Maldita.

—¡Oh, la Espada Maldita! —dijo Bulribar resoplando—. Eso forma parte de los sueños de los niños. Nunca ha existido esa espada. Y en cuanto a Kalidor, ¿quién es ese señor advenedizo? Nunca llegará tan lejos. La guerra no se extenderá hasta aquí. Nosotros somos simples cazadores de ciervos y lince —Bulribar miró a su alrededor contemplando sus dominios, y durante un momento la determinación que mostraba su rostro pareció capaz de impedir la guerra—. La guerra no llegará hasta aquí —repitió, aunque esta vez lo dijo sin tanta vehemencia, como si pudiera haber alguna duda—. ¿Pero qué buscas tú? —le preguntó a Elena, volviéndose hacia ella—. ¿Por qué viajas por aquí, a través de la gran cordillera de la Tundra? Pocos viajeros piden un guía y alquilan mulos sólo para atravesar la cordillera. La mayoría de los hombres que pueden encontrarse en esta zona son cazadores...

—Yo no soy un hombre —respondió ella.

—Cuéntame qué te trae por aquí.

—Simplemente atravieso esta comarca.

—¿Yendo hacia dónde? ¿Hacia el norte? Nada bueno se encuentra allí. No parece pertenecer a la tribu de los barberi.

—Es un asunto de familia —dijo Elena tranquilamente, mirando las colinas.

—¿Con la tribu barberi? No eres amiga suya. Nadie se lleva bien con ellos. ¿Y qué es lo que lleva ese joven en el interior de esa capa protectora?

Elena pronunció una oración para borrar los pensamientos de su mente. Pero, aun distraída como estaba, pudo ver por la expresión de los ojos del hombre que lo que le había dicho no se lo había creído del todo.

Cuando acamparon esa noche el aire era tan frío que el grupo se puso encima todas las pieles que llevaban consigo para dormir. Encendieron un fuego que fueron alimentando con leños. La aguda vista del cazador descubrió una manada de lobos merodeando por allí. Aunque establecieron turnos de guardia, encontraron difícil poder conciliar el sueño cuando les tocaba el descanso. Las cumbres parecían asfixiarles al elevarse sobre sus cabezas. Los mulos no se sosegaron porque presentían la presencia de los lobos. Fue una larga y fría noche en la que los únicos sonidos escuchados fueron los del crepitar del fuego y el incesante monólogo de un malhumorado Pignikker, lamentándose por cualquier cosa.

Pero este hombrecillo ayudó a que se les borrara de algún modo la tristeza señalándoles el lamentable aspecto que presentaban, y con la ayuda de sus frascas, que había llenado de cerveza, se las arreglaron para pasar la noche.

CAPÍTULO 32

A última hora de la mañana siguiente se hallaban ya inmersos en las nieblas que rodeaban la cordillera de la Tundra. Bulribar cabalgó en cabeza para examinar el camino que les esperaba mientras los otros se mantenían en fila detrás. Pasaron cuerdas de seda entre las sillas de montar, y de este modo el grupo quedó atado. Los lobos les seguían, pero aún un poco detrás y el cazador colocó trampas para detenerlos. El Logra se hallaba también por allí, pero todavía no lo habían reconocido, ya que se encontraba escondido entre las rocas de un espolón destruido por el viento. Parecía que el animal del que hablaban los mitos no sólo existía, sino que también estaba dotado de inteligencia.

Un frío viento les golpeó cuando salieron de la niebla y se encontraron con un camino helado. Estaban por encima del límite de las nieves perpetuas y caían grandes copos de nieve, arrastrados desde las laderas, que les cegaban. Un mulo se encabritó asustado, se salió del camino y se hundió en la niebla. Se oyó un estruendo antes de que la cuerda de seda se rompiera, y el animal desapareció. Parecía un mal presagio que ocurriera eso ante las laderas que se elevaban vertiginosamente por delante de ellos.

Se vieron obligados a seguir un camino de piedra y hielo, pegados a la roca desnuda para resguardarse del viento. Los copos se arremolinaban en sus rostros, se les pegaban a sus vestiduras y les helaban la piel que no se hallaba a cubierto. Los mulos se tambaleaban cuando el viento trataba de empujarles fuera del camino y lanzarles al vacío. Pignikker dejó oír un grito cuando su mulo golpeó contra una roca y se rompió una pata.

—¿No puedes lanzar un conjuro? ¿Eres o no una hechicera?

—No puedo controlar esta fuerza, los elementos están ahora fuera de mi alcance —la voz de Elena casi se perdía ante el resoplido de los mulos y el rugido del viento.

Incapaces de seguir avanzando, buscaron un lugar en el que refugiarse, y se acurrucaron agotados en un hueco que se abría entre las rocas. El suelo era una alfombra de hielo, pero se cubrieron con gruesas pieles y colocaron a los mulos a ambos lados. Intentaron encender un fuego con astillas que habían guardado en los fardos, pero el viento apagaba las llamas y se llevaba la

madera. Cuando se cubrieron con bufandas anudándoselas alrededor del cuello, tapándose la boca y los ojos, aparecieron cristalitas de hielo que salieron lanzados hacia aquella especie de cueva. La oscuridad llegó con la tormenta, ayudada por el gris fantasmal de los copos de nieve.

—¿El tiempo aquí es siempre como ahora? —gritó Pignikker, acurrucado detrás.

—A veces —dijo Bulribar—. Las ventiscas vienen y van.

—Ahora te tengo un mayor respeto. Trabajar en una tierra como ésta endurece a cualquier hombre.

El montañero gruñó y frunció la frente dubitativo.

—¿Es eso un cumplido?

—El mejor que conozco.

—Bien, tienes razón, hombrecito.

—Gracias —contestó Pignikker.

Esa conversación constituyó el único momento de distensión, ya que no había nada que el grupo pudiera hacer para poner fin a la tormenta. Después el viento se intensificó y se acurrucaron cuanto pudieron en aquel oscuro hueco. No conseguían proporcionar un poco de calor a aquel lugar y no puede decirse que estuvieran muy cómodos, de modo que sintieron cómo el pesimismo caía sobre ellos. Fue en ese momento, cuando se encontraban con la moral por los suelos, cuando los hambrientos lobos de las montañas se lanzaron al ataque.

Llegaron gruñendo, en grupos de tres o cuatro, surgiendo de la oscuridad como espectros de cazadores. Agujas de hielo se clavaban en su piel, sus ojos mostraban un brillo voraz y movían ferozmente las mandíbulas. Cuando se precipitaron hacia el grupo de mulos, el caos entró a formar parte de aquel apretado espacio, y en medio de todo esto, del torbellino de sangre y del hedor de la piel canina, el grupo luchaba por defenderse.

Elena examinó el brazo de Adam cuando se disponía a sacar su espada.

—Déjasele a los otros —le dijo—. Esta lucha no es para ti.

Adam se tambaleó hacia atrás al ser golpeado por un lobo mientras la hechicera empuñaba un palo.

Lucharon con palos y con las manos desnudas sin tiempo para coger los cuchillos. Lucharon con uñas y dientes, con tanta violencia como los propios lobos. Lina gritaba por la sed de sangre de la lucha, y su mente parecía volver a la escena de los lobos en el gran bosque. Cuando recordó cómo vio matar a aquel ciervo, sacó un cuchillo y luchó. Utilizó el arma con gran fiereza y abrió la espesa piel. Cuatro lobos cayeron a sus pies y dos más se

escabulleron por la cueva. Su brazo se hallaba dolorido, pero no hizo caso cuando fue en ayuda de Pignikker. Éste había caído entre un grupo de lobos, y luchaba desesperadamente para defender ojos y garganta de la acometida. Daba patadas intentando que se alejaran, cuando Lina se unió a la lucha. Los lobos quedaron sorprendidos por la fuerza de sus golpes, y Lina derribó a dos de ellos antes de que se reagruparan. Pignikker se puso en pie, encontró a un tercer lobo y lo arrojó de la cueva. Pero la manada de lobos desapareció tan súbitamente como había llegado, dejando cuatro mulos muertos y dos más heridos. La nieve se hallaba manchada de sangre y la cueva resonó en ese momento con el sonido de jadeos y aullidos.

Fue la hechicera Elena la que echó de menos a un hombre cuando dirigió la vista alrededor de la cueva. Su rostro expresaba sorpresa al hablar en medio de la tormenta:

—Pignikker se ha ido —les dijo.

CAPÍTULO 33

Los lobos no le han podido arrastrar fuera, y tampoco se ha podido subir a las rocas —dijo Bulribar con preocupación—. Yo estaba aquí. Le habría visto caer... —se asomó por la pendiente hacia las grises nieblas de debajo—. Pignikker no se cayó. Lo juro por mi vida. Yo le habría salvado.

—No está aquí, sin embargo —dijo la hechicera intentando desesperadamente ocultar un horror cada vez más patente.

—Algo le ha ocurrido...

—*¡Bien, eso es obvio!* —explotó la hechicera. Luego suspiró profundamente—. Estoy muy afectada —dijo—. Pignikker significa mucho para mí.

—También significa mucho para mí. Se ha hecho amigo mío. Estoy muy preocupado —dijo Bulribar.

El grupo se puso a buscar, usando la pálida luz del farol de Raina, algún signo que pudiera haber dejado una pandilla de ladrones, examinando el suelo en busca de alguna huella. Se veían rastros recientes de lobos en abundancia, que iban desapareciendo según se formaban nuevas capas de nieve, pero no había ninguna señal de las botas con suela gruesa de goma, del hombrecito, ni ningún indicio que indicara haber sufrido daño alguno. Pasaron mucho tiempo llamándole en medio de la tormenta, recibiendo tan sólo la risa del viento como respuesta maníaca. El hombre se había ido, barrido de la faz de la tierra como si nunca hubiera existido.

—Debe de estar en algún lugar —dijo entre dientes Elena, cuando finalmente pudo encender una tea.

Las ramas chisporroteaban mientras mantenía en alto la antorcha, que arrojó luego un espeso humo, como un enjambre de avispas silenciosas. Ardió después el magnesio blanco que, tras sacar de una bolsita, había arrojado sobre ella. El resplandor hizo que los mulos, ya en tensión después de la breve refriega con los hambrientos lobos, dieran un brinco. Resoplaban en la oscuridad, y su oscura piel brillaba al ser iluminada por el resplandor de la tea.

Elena se movía lentamente y mantenía en alto la antorcha para iluminar la pared de la cueva. Pasando por encima de un charco de sangre, y cuando llegó

al centro, descubrió una fina grieta, como si la roca tuviera goznes. Se apoyó sobre ella y sintió una ráfaga de aire, luego se volvió y llamó mediante señas a Bulribar para que acudiera a donde ella estaba.

—Empuja esta pared —le dijo.

—¿La pared?

—No es una pared, tan sólo una pantalla colocada aquí por medio de la magia.

—No me gustan los hechiceros.

—Empuja la pantalla —insistió ella— si quieres encontrar a Pignikker.

El hombretón titubeó un momento mientras examinaba la estría de la grieta; luego echó hacia atrás su enorme pie para estamparlo en la piedra. Se oyó un crujido tremendo, y cayeron fragmentos de pared como murciélagos muertos.

—Empuja de nuevo —le dijo ella.

Bulribar volvió a empujar, y toda la pared de la cueva se vino abajo, y a través de nubes de polvo, la luz de la antorcha de Elena dejó ver una cueva más allá. Era un vasto lugar, grande como la tumba de un gigante, en donde las estalactitas colgaban como dientes de dinosaurios. Grandes charcos negros cubrían casi todo el suelo, y en el primero de ellos se hallaba Pignikker.

—*¡El pequeño Pignikker!* —dijo Bulribar dando un grito y abriéndose paso a través de las piedras para alcanzar a su amigo recién encontrado.

Elena se hallaba justo detrás, moviéndose a una velocidad sorprendente en alguien de su edad.

—Es un gran guerrero, aunque antes era carpintero. ¿Visteis cómo luchó con los lobos mientras los tenía a su espalda? Eso resulta un tanto extraño en un hombre de su estatura. Debe de tener una nueva técnica.

Elena le lanzó una mirada fulminante, pero Bulribar era sincero, lleno de cariño por el viejo carpintero. Su admiración no conocía límites, y sus ojos se hallaban humedecidos por las lágrimas mientras miraba al hombre. Mientras la pareja, nerviosa, se arrodillaba para examinar a Pignikker, Adam y Lina se separaron para explorar la enorme cueva con cautela, porque no sabían lo que podían encontrar en las negras profundidades de aquella cavidad. Adam sentía que la Espada Maldita vibraba en su espalda. Era como si la espada se sintiera dubitativa pero no lo suficiente como para mantener vivo su poder. No la sacó, recordando las palabras de Elena y la advertencia que le hizo sin decírselo del todo.

—*No la muestres a Bulribar y no uses su poder.*

Se estaban acercando a su objetivo. El Caballero Negro no debía enterarse, y Bulribar podría no ser un hombre en el que confiar. Así que Adam mantuvo escondida la espada, pero se sentía expuesto y vulnerable sin su apoyo.

Después el joven encontró una galería en una esquina de la cueva, más allá de unos grandes pilares que surgían del techo goteando. De sus profundidades provenía un brillo, una luz verde y mortecina, como la que se forma cuando se incineran cadáveres. El olor que salía de la galería era como el del incienso, que vertido sobre campos malolientes, en donde quizá yacieran vacas o perros en estado de putrefacción. Al muchacho le llegó también una sensación de amenaza y de profunda malevolencia, de verdadera depravación...

CAPÍTULO 34

— **E**s un conjuro —dijo Elena al cabo de un rato—. Un encantamiento para mantenerle dormido.

Una miraba por encima de los hombros de su tía abuela, observando la suavidad con la que acariciaba el rostro del carpintero, que yacía inmóvil.

—¿No puedes romper el encantamiento?

—No, me faltan conocimientos para ello. Es demasiado poderoso —Elena suspiró y miró hacia el hielo, como ofreciendo una oración a su divinidad—. Se trata de un hechizo tan fuerte, que incluso Pignikker, que es tan robusto como un oso, quizá no sea capaz de recuperarse de él. Hay un camino hacia las tierras en donde sólo pueden ir los muertos, y Pignikker camina ahora hacia allí. Es algo horrible, puesto que él nunca hizo daño a nadie...

—¡Le cortaré la garganta al hombre que lo puso así!

—Me temo que no, Bulribar. Es un gran hechizo, obra de un gran maestro.

Los ojos de Elena se empañaron mientras recordaba los conjuros lanzados en el pasado: conjuros que llevaban todos ellos la marca de aquel del que hablan los cantos y tejían las antiguas artes. Ella había estado una vez con un gran maestro llamado Lodrivar, a quien habían desterrado por explorar los caminos del mal; y recordaba sus palabras:

—Hay un fuego dentro de nosotros que no puede ser destruido. Pero la mayoría de los hombres pierde la llama, pues se funde con los vientos. Necesitamos recuperarlo...

Eso era lo que Elena había intentado con la llama de su hija, forzándola a vivir dentro del farol que nunca podía abandonar. Pero tal vez Lodrivar, el más grande de todos ellos...

—El fuego del Logra... —dijo suspirando.

Llevaron a Pignikker por el camino hacia la fuente de donde surgía aquella luz. Procedía de un fuego verde que refulgía en el interior de una cueva cuyas paredes brillaban por el efecto del hielo y cuyo suelo se hallaba helado y desnudo. En el centro de la cueva, un hombre encapuchado estaba sentado

sobre una estera, su rostro vuelto hacia el suelo. Sujetaba una fina varilla que retorció en sus manos, como si condujera un coro que nadie más podía oír. Tenía una nariz larga y estrecha, y le faltaba media oreja en el lado izquierdo del rostro.

Bulribar se echó hacia atrás mientras Elena examinaba su brazo tembloroso, después de sacar un cuchillo.

—La hechicera Elena —dijo una voz, aunque los labios del hombre no parecían desplegarse.

Elena contestó.

—Ése es mi nombre —dijo.

—¿Y conoces tú el mío?

—Se te conoce con el nombre de Lodrivar.

—Hace muchísimo tiempo —el hombre echó hacia atrás su capucha y se volvió para mirarla—. El gran mago Lodrivar, que tú y todos los de tu clase condujisteis al exilio.

—Nunca hicimos tal cosa —dijo la hechicera Elena—. Te marchaste voluntariamente.

Lodrivar soltó una carcajada.

—La alternativa era verme despojado de todos mis poderes y convertirme en un hombre vulgar vagando sin rumbo fijo por el mundo, haciendo trucos en las fiestas, convirtiendo la sangre en vino. Oh, sí, me fui voluntariamente —su risa era más indulgente que amarga, como si se resignara pensando en las cosas que podían haber sido y no fueron—. Podría haber sido un rey, maestro de todas las artes.

—Pero elegiste la demonología.

—Siéntate, Elena, y tus amigos también. Su movimiento me irrita —Lodrivar cambió de sitio, como si quisiera dejarles espacio, aunque la cueva era lo suficientemente grande como para alojar a una tropa—. Os ofrecería una bebida, pero el vino podría adormecer vuestras mentes, y tenemos muchas cosas de que hablar. Lleváis con vosotros la Espada Maldita —Bulribar se asustó— y espero ganar la guerra contra el rey envenenado. Y vosotros ganaréis también con ello, pues no es tan grande como la gente piensa —extendió su mano para asegurarse la respuesta del grupo—. No quiero la espada, ya que pretendo algo más. A cambio de la vida del hombre, y para deshacer el conjuro, quiero el alma de Raina.

—No puedes tenerla.

Lodrivar extendió su mano, y Bulribar cayó al suelo.

—Entrégame el alma de tu hija —le dijo pacientemente— o los mataré a todos.

—¿Y qué obtendrías tú?

—Nada —dijo Lodrivar—, pero todos morirán.

Sus ojos oscuros se nublaron como si divisaran un lugar que pocos ojos pudieran ver o con el que casi nadie pudiera soñar. Le dijo:

—¿Habéis mirado alguna vez en ese pozo terrible que es la eternidad?

Elena esperaba.

—Es un horrible lugar, en donde nada sino el pasado puede hacernos compañía. Una soledad tal que no se puede concebir. Sin embargo, yo lo he visto. Yo tengo un lugar allí, ya que ése es mi destino, pero no puedo ir solo, pues la soledad me atormenta. Necesito el alma de Raina para que me acompañe en mi largo viaje.

—No la tendrás —insistió Elena—, aunque mates a todos más de mil veces.

—Muy bien —dijo él—. Y luego le daré la espada a Kalidor. Todo el reino, Elena, sólo por el alma de Raina. Todas las cosas, todo ser vivo, todo niño, mujer y hombre. Todo mortal que aún no ha nacido, todo deseo aún no concebido. Todo el dolor que supone Kalidor.

—No puedes hacer eso —dijo la hechicera con toda tranquilidad—. El precio es demasiado alto.

—*Nada tiene un precio demasiado alto cuando uno se enfrenta con una vida sin fin*, que es lo que supone el olvido —Lodrivar escupió estas palabras con tanta ferocidad que Adam y Lina se echaron hacia atrás—. Mataré treinta mundos si es preciso, y aunque fueran mil, para rescatar mi propio destino.

—Que si recuerdo bien es el motivo por el que los miembros del Consejo te expulsaron de sus filas.

Lodrivar miró a Elena.

—Y tú les apoyaste. Piensa en ello, Elena —y en un instante desapareció el hechicero, dejando al resto detrás en un conjuro de espera. Oyeron cómo se alejaban sus pasos como si martilleara la roca, luego un sonoro vacío...

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Adam al cabo de unos minutos.


—Sentarnos a esperar. No puedo luchar contra Lodrivar; su poder es muy grande. Nos enseñó lo que sabía, y, sin embargo, todavía ocultaba algunos saberes. Es el hechicero más grande de todos nosotros.

—¿Por qué no toma simplemente el alma?

—Porque él se halla condenado por mi arte, y muere sin mi poder —los ojos de Elena se cerraron—. ¡Qué tormento me he creado al tener aquí

encerrada el alma de Raina! Se sentaron a esperar el regreso del hechicero, escuchando el sonido del goteo de las estalactitas al caer sobre las verdes llamas... Después oyeron el crujido de la montaña cuando el frío penetraba a través de ella. Sentían que hasta la oscuridad esperaba...

CAPÍTULO 35

—  s habéis decidido —preguntó Lodrivar cuando volvió, vestido con una túnica dorada. Parecía mucho más alto y más regio, su cabello peinado en una melena de hebras plateadas, como si supiera que iba a ganar y se hubiera preparado para su viaje a la eternidad—. No hay elección. Tenéis que hacer mi voluntad, ya que soy Lodrivar.

—Tú eres un hechicero que practica la magia negra que debería haber sido destruida cuando te tuvimos encadenado.

—El precio de la misericordia —dijo él amablemente—. El precio de ceder ante lo que vosotros llamáis vuestra alma, cuando no tenéis ni idea. Yo sí tengo un alma —gritó él—. Yo sé para qué sirven las almas. Para esto, para vivir; yo muero, y me ofrezco a la eternidad.

Extendió a continuación sus brazos como si fuera a ser crucificado, y su mirada se volvió hacia el cielo para enfrentarse a su dios.

—Tengo tal fuego en mi interior que podría destruir este mundo.

—Estás loco —dijo Elena. Pero la hechicera se encontraba derrotada, y sabía que no había elección, ya que no podía soportar llevar el nombre de asesino de este mundo—. Destruirás a mi hija.

—La haré una reina que gobernará sobre el olvido.

El rostro de Elena se retorció de dolor.

—Deja a la muchacha tranquila —dijo suspirando—. Muestra compasión por su alma.

—¿Cuándo mostraste tú compasión alguna por la mía? No, éste es mi triunfo, mi oportunidad para derrotar a los dioses.

—Los dioses te castigarán.

—Y yo te castigo a ti —le contestó— por ser tan ingenua como para pensar que podías desterrarme.

La risa de Lodrivar se oyó por toda la cueva, un *crescendo* de sueños torturados y esperanzas, el sonido de la locura. Cuando los ecos cesaron la caverna pareció crujir como si no estuviera preparada para aguantar aquel sonido. Incluso las mismas piedras se hallaban sorprendidas de oír emerger tal rabia de los labios de un hombre.

—¡Dame el farol! —gritó Lodrivar—. ¡Pásamelo ahora mismo!

—Espero que te pudras en el infierno —le dijo Adam desde atrás.

Y el alma de Raina tembló cuando Lodrivar recogió la llama del farol que sostenía Elena. Y en ese instante, en el que la pasión de Lodrivar alcanzó su cima, y en un espacio de tiempo en el que dejó relajada su mente, Lina sacó un cuchillo que llevaba sujeto a su cinturón y se lo clavó en el corazón. Lo hundió suavemente, pero con toda su fuerza, y apareció en el aire como un súbito rayo de luz. Fue derecho al pecho y salió por la espalda como si no hubiera nada allí.

—¡Un maldito espectro! —gritó Elena con rabia—. Me había engañado: era un espectro. Nada más que aire y humo, y por medio de este estúpido truco casi le entrego el alma de Raina.

Cogió la llama y la volvió a colocar en el farol, pero la pequeña lengua de fuego se paró por un momento sobre la palma de su mano, tal vez para oír el latido del corazón. Y luego, tras mostrar resignación, volvió a su destino de cristal, y se colocó en su sitio. Elena cerró después el farol, luego se recogió las faldas, que se le habían manchado en el charco del suelo de la caverna. La llama verdosa había desaparecido, y Bulribar gruñía en el suelo. El encantamiento había desaparecido.

—Trae a Pignikker rápidamente, antes de que llegue Lodrivar, ya que ahora se presentará él en persona, al haber fallado su espectro. Con ventiscas y tormentas o sin ellas debemos continuar a toda prisa antes de que nos siga.

Elena caminaba ya hacia la salida de la cueva rezando todas las oraciones protectoras que conocía, e invocando a los antiguos dioses, cuyos nombres se oían raras veces, para que cubrieran su rastro...

Lodrivar les alcanzó en una pendiente helada, traicionera y cubierta de nieve. Él era el Logra, una criatura hecha de fuego, creada con su voluntad como un escudo para su alma. Era una inmensa llama que caía desde las cumbres como un alud de color azul.

Las águilas le acompañaban, como para proteger sus flancos. Los vientos le seguían levantando cortinas de nieve. El grupo pudo escapar de su embestida, y sólo Adam se quedó para enfrentarse a su resplandor y su rabia. Había dejado al descubierto la Espada Maldita, desoyendo las palabras de Elena, y la asía con las dos manos. Tenía los pies bien separados para mantenerse firme, y miró con gran intensidad la llama. Su corazón apenas le latía en el pecho mientras esperaba el momento de la lucha. Lo único que sabía era que la furia descendía por la pendiente a una velocidad increíble.

La llama azul comenzó a detenerse cuando la Espada Maldita se hizo oír y se convirtió en una herramienta de muerte que dejó caer goteando un fuego teñido de negro. Habían desaparecido sus chispas y sus luces, y también su colérico resplandor: éste era el brillo de la muerte. Su propio movimiento hablaba de la muerte que llevaba en su interior: una muerte que podía cortar las almas e incluso esculpir el fuego. Era la fuerza más grande que jamás había conocido el mundo, y llenó las manos de Adam. Había esperado durante cientos de años para enfrentarse con un enemigo como aquél: un enemigo sin dimensiones, un enemigo en forma de luz. La oscuridad de la hoja saltó de repente para encontrarse con la llama desesperada.

Adam se echó hacia atrás cuando el vapor alcanzó su rostro. La Espada Maldita parecía estar electrificada por el miedo, como si el arma se viera sorprendida por el ataque violento del fuego que contenía la furia de Lodrivar.

La llama les rodeaba por todas partes, como un remolino de luz y calor en el que resplandecía una chispa como si fuera un corazón que irrumpiera con toda su fuerza. Era tan pura y tan brillante, que eclipsaba al cielo con su resplandor. Era como un diamante que lanzaba destellos luminosos de tal intensidad que formaban una especie de cuerdas. Y Adam cortó esas cuerdas para llegar al corazón, que era el alma del hechicero.

Luchaba con aquella luz pura que penetraba a través de su carne. Sus miembros parecían absorber el fuego y luego explotar a través de sus huesos. Pero él caminaba a grandes zancadas cortando las cuerdas abrasadoras que emitían un grito cada vez que una de ellas moría. La Espada Maldita no dejaba de golpear, cortar y estoquear rompiendo los hilos y haciendo palidecer el brillante fuego. Pero Lodrivar luchaba a su vez, lanzando olas de luz que sorprendían al mismo universo.

Estaba matando a Adam. Llegaban a su corazón para arrancarle el alma. Estaban penetrando en su mente para embotar sus pensamientos. Sin embargo, en lo más profundo de su interior aún ardía un punto de fuego, y él invocó a ese fuego y lo pasó a la espada, y cuando se halló en ella empezó a vibrar con la luz y se clavó en el alma. Atravesó a Lodrivar como si fuera una estaca, levantándole en alto, y lanzándole luego como un trapo. Desgarró su alma y la envió al vacío en el que no habita nada mortal. El grito que lanzó fue tan terrible que ensordeció a todos. Su dolor fue como el viento que recorre las faldas de las montañas; su vida, como la luz que se filtra a través de una puerta antes de cerrarse de un portazo.

Y Adam la cerró con todas sus fuerzas de un modo tal que la montaña retumbó, y todos los hombres supieron su nombre.

—*¡Soy el portador de la espada! ¡Escucha mi nombre, Kalidor! ¡Soy el Señor de la Muerte!*

Adam estaba temblando. Elena le ayudó a incorporarse como si se tratara de un niño asustado por una horrible pesadilla.

—Era la espada —le dijo—. Y tú no eres la espada. Eres su conquistador...

CAPÍTULO 36

A 1 día siguiente los viajeros llegaron a la pendiente del Diablo, el último obstáculo de su viaje a través de la accidentada cordillera de la Tundra. Era como una suave capa de hielo glacial plateado, de casi una legua de ancho y más del doble de alto. Era tan empinada y resbaladiza que incluso las pezuñas de las cabras monteses tenían dificultad para sujetarse allí. Detrás de ella se encontraba un profundo barranco, en donde rocas afiladas como cuchillos podían atravesar a cualquiera que cayera sobre ellas. De todo el terreno de la cordillera, era la pendiente la que había causado más muertes. Envuelto en una gruesa piel de zorro pardo, Bulribar miraba fijamente rodeado por las densas nubes que formaban su aliento.

—Estamos, por fin, ante el último obstáculo. La última amenaza a la que tendremos que enfrentarnos.

Su amigo Pignikker miraba también a su lado, dando la impresión de que era un chico que se hallaba junto a un hombre.

—¿Cuántas veces lo has cruzado? —le preguntó.

—Esta será la duodécima vez que lo atraviese.

Detrás de ellos, el resto del grupo atendía a los mulos: se aseguraban de que no podrían desatarse, les libraban del exceso de carga, los cepillaban y los acariciaban tratando de tranquilizarlos. Revisaron las gastadas herraduras y examinaron las patas y pezuñas. No pasaron nada por alto en su deseo de arreglar cualquier problema que afectara a las caballerías.

Era un día seco, con algunas nubes altas en el cielo y una fuerte brisa que venía del sur recorriendo la ladera. A lo lejos se percibían unos puntos pequeños: eran águilas que vigilaban las cumbres. Por debajo de ellas se extendían las densas nieblas y las estribaciones que se encontraban más allá, como islas en un océano. Las cúspides de las montañas eran como catedrales que se elevaban hacia los dioses.

—Es un día tan bueno que deberíamos aprovecharlo para cruzar este terreno —dijo Bulribar, mirando hacia atrás—. ¿Estáis preparados? —les preguntó—. No tendremos tiempo para pensar cuando estemos en la ladera.

Los otros asintieron mientras comprobaba la cuerda que les sujetaba. Bulribar era el único que no se había atado a una cuerda, aunque la sujetaba

enrollándola sin fuerza sobre su brazo izquierdo. Temía que si caía pudiera lanzar el resto del gaipo al vacío.

—Iré en cabeza —les dijo—. Pignikker vendrá detrás. Yo marcaré las pisadas y vosotros pisaréis en el mismo sitio. Si algún mulo se cae, simplemente dejadle abandonado a su destino. No podemos ayudarles de ningún modo.

Levantó su morral y miró a Elena.

—¿No vas a lanzar algún conjuro para que nuestro paso sea seguro?

—No tenemos necesidad de conjuros —contestó Elena—, ya que tenemos a Bulribar, el guerrero de la montaña.

El hombre sonrió mientras se colocaba su enorme morral que sobresalía por las pinzas y clavos que llevaba para poder andar por la ladera. Con una gran hacha en la mano, empezó a ascender midiendo sus pasos sobre el hielo.

—Bulribar —le preguntó Pignikker—, ¿has estado alguna vez en las tierras bajas?

Bulribar lanzó un gruñido mientras golpeaba un clavo grande, le caía el sudor por la frente, y cerraba un poco los ojos para que no le molestara la luz. Se encontraban a medio camino, y mientras hacía una hendidura en el hielo alcanzó a ver el sinuoso camino.

—He llegado como muy lejos hasta Drumdigar, pero no más allá. Echo de menos las montañas, los aullidos de los lobos, esta estúpida ladera.

Dio otro golpe y se incorporó un poco por encima del clavo, estirando sus doloridas espaldas y dejando descansar sus temblorosas manos.

—Esto es la vida para mí, aunque no me opongo a hacer algún otro viaje.

Pignikker asintió.

—Ven y quédate conmigo —le dijo—. Conozco algunos bares en donde podrías sentirte como en casa. Te enseñaría mi granja y el ganado que pasta en mis campos, y sobre todo te mostraría mi granero.

—¿Qué hay de bueno en un granero? —le preguntó el hombretón.

—Preparo allí aguardiente. Es un preparado muy fuerte.

—Amo tanto tu granero como para morir por él —respondió Bulribar.

Esbozó una amplia sonrisa cuando volvió lentamente a examinar el hielo que se encontraba delante, y el camino que tenían que tomar. Se colocó mejor el morral y guardó el hacha.

—Subiré ahora allí, y haré girar este saliente —señaló el lugar en el que había un clavo—. Vosotros quedaos en donde estáis hasta que la cuerda se encuentre segura. Esta parte es muy traicionera.

Los demás esperaron mientras el hombre se arrastraba hacia arriba, apoyando sus dedos sobre la nieve, y escarbando con las puntas de las botas para poder agarrarse. Los listones de sus suelas se clavaron en el hielo plateado con tanta cautela como lo haría un lagarto. Avanzaba lentamente, no confiando en otra cosa que no fueran sus propias manos y las exploraciones de sus pies, y le pilló por sorpresa notar que ambos le dejaban caer y que resbalaba. Hubo un momento en el que los dedos de Bulribar casi lograron agarrarse a algo, pero luego empezó a deslizarse hacia abajo por la dura ladera. Después intentó coger su hacha, pero se le resbaló del cinturón.

—Me voy, Pignikker —Bulribar pronunció estas palabras con una calma llena de desesperación, y la mirada que se reflejaba en su rostro era de incredulidad, ya que la ladera estaba haciéndole deslizarse muy rápidamente y no podía agarrarse durante más tiempo.

De repente se oyó un grito entrecortado del sorprendido Pignikker cuando también él se lanzó para salvar a su amigo caído. Le agarró por la muñeca y se vio arrastrado hacia abajo por la perpendicular pendiente. Los demás se prepararon para resistir ante lo que se les avecinaba, agarrándose a la cuerda como si de ella pendieran sus vidas. Cuando el peso de los dos hombres frenó violentamente, cayeron de rodillas.

—*¡Te tengo, Bulribar!* —gritó el hombrecito—. *Te tengo agarrado de la mano y no te dejaré caer.*

Pero todos los músculos de los brazos de Pignikker y sus tendones se hacían oír. La presión sobre su mano crecía inexorablemente; se mordió los labios hasta que empezaron a sangrar. En sus ojos aparecieron estrellas mientras sujetaba a su amigo y mirándole a los ojos le dijo:

—No te soltaré.

—Me voy, Pignikker —Bulribar lo sabía con toda seguridad.

Cuando miró a Pignikker a los ojos y vio reflejado un dolor desesperado, sintió cómo su cuerpo se movía:

—Podrías haber sido un buen amigo. Habríamos sido buenos amigos.

Y de repente, con un grito, el montañero cayó, deslizándose hacia abajo por el hielo, yéndose más allá de cualquier ayuda, mientras Pignikker le gritaba.

Durante la caída se miraron el uno al otro, hasta que Bulribar se convirtió en un punto que se hundía en el hielo; y mientras desaparecía del borde en su posterior caída, oyeron un grito aislado.

Durante un buen rato el grupo fue incapaz de moverse o hablar, y permaneció mirando el punto en donde Bulribar se encontraba un momento

antes. Las blancas águilas volaban lentamente por encima de ellos, como atraídas por los gritos, y parecían un poco más grandes.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Elena mientras el grupo permanecía indeciso sobre el hielo hostil.

Los clavos se habían caído y el hacha se había perdido. No podían dar un solo paso sin ir a parar al mismo lugar que Bulribar, y las águilas se iban acercando, y unas nubes de tormenta aparecieron amenazadoras.

—Tenemos que hacer algo. Utiliza la Espada Maldita, Adam, para que nos saque de aquí.

Los ojos de Adam se clavaron sobre la hechicera como si fuera una extraña, aturdida por la pérdida del hombre que había sido su guía y su amigo.

—Utiliza la Espada Maldita —repitió Elena—. Ignora a Kalidor. Ahora necesitamos protección.

Adam asintió distraídamente, como si se hallara perdido en un sueño, y miró a su alrededor como si buscara algo.

—¿Y qué pasa con Bulribar?

—Nos ha abandonado. Se ha ido a otro lugar, y ahora ya no podemos hacer nada por él.

Elena le miró con dureza, intentando hacerle despertar por medio de conjuros, y también le lanzó conjuros para hacerle fuerte de nuevo. El chico pareció dudar, pero luego volvió en sí como si unos velos desaparecieran de sus ojos.

—Debemos proseguir o nos veremos abocados a una muerte segura, y todo lo que hemos logrado hasta ahora quedará igualmente muerto. Debemos proseguir para luchar con Kalidor y derrotarle, o imperará la oscuridad.

Elena asintió y se movió para dejar sitio a Adam cuando éste se acercó a su morral para sacar de allí la Espada Maldita.

—Espero poder conservar su poder para luchar con el malvado Kalidor...

—Ahora es su momento —dijo ella.

Así, Adam se puso a la cabeza del grupo y abrió un estrecho camino guía con la luz y el fuego de la espada, y arrojando un aliento gris. Y cuando descendieron las nubes y trajeron con ellas un oscuro crepúsculo, él ya les había conducido fuera del hielo.

CAPÍTULO 37

El impetuoso río Zíniga no resultaba un obstáculo tan importante después de todo lo que habían pasado. Enviaron un mulo para apartar al tiburón, después de haber arrojado sobre él conjuros para que no sufriera ningún daño y para que su cuerpo se deslizara río abajo hacia el territorio de los barberi.

El paisaje era abierto y desolado, un terreno cubierto de piedras redondeadas y uniformes. No era un lugar como para labrar la tierra o establecer allí una ciudad próspera. Los barberi se veían obligados a ser nómadas. Levantaban sus chozas de cañizo, las derribaban y las cargaban sobre carretas, moviéndose desde la línea de la costa en el norte, en donde mataban ballenas y focas, hasta el hogar de los osos en el este. Robaban a los viajeros que cruzaban por sus tierras, ya que eran seres salvajes y fieros, y muy celosos de su tierra. Pero ahora se hallaban lejos, intentando dar caza a una manada de focas en la costa.

Tras cabalgar un día entero, el grupo llegó al salto de Parter, un desigual espolón de tierra que dominaba un barranco. En el lejano oeste, iluminado por la puesta de sol, distinguieron el puente del Olvido. Era un arco gris de siete metros de profundidad, que se extendía a través de un vacío de unos cuarenta metros de ancho. El vacío se llamaba Olvido. Nada podía vivir allí; nada podía tampoco sobrevivir allí: todo el que caía en las brumas era simplemente eliminado. Nadie, excepto Adam, sabía qué había más allá del vacío. Nadie vivía para contarlo.

Cuando refrenó a *Alón* y observó la puesta de sol, pensó que aquel era el momento oportuno para ese extraño vuelo hacia el final, ya que el reino que se hallaba abajo, en silencio y muerto de miedo, parecía observarle.

—¿Bajamos ahora? —preguntó.

—No, primero descansa —le dijo Elena—. Bajaremos al amanecer con el sol a nuestra espalda. Esta noche intentaremos dormir, ya que en el próximo amanecer nos espera el Caballero de la Oscuridad.

Kalidor esperaba con cuatro de sus mejores espadachines a su lado. No había llevado hechiceros, puesto que no le iban a servir de nada, ni tampoco podía confiar en sus hordas cerca de la Espada Maldita. Así que los hombres que había llevado consigo eran sus más leales esclavos, hombres sin voluntad propia.

Observaba cómo se acercaba el grupo buscando el sendero con cautela, bajando por un camino escarpado y rocoso que serpenteaba hasta el fondo del cañón. Habían dejado los mulos libres, ya que no les servirían para luchar y, además, ya habían desempeñado su papel.

Una ráfaga de luz brilló sobre su cabeza. Un trueno se dejó oír cuando desenvainó su espada y caminó para encontrarse con el grupo a mitad de camino del puente del Destino.

En primer lugar se dirigió a Adam:

—Rendíos.

La hechicera replicó:

—Apártate de nuestro camino. Tu negro reinado ha terminado.

Kalidor echó hacia atrás la cabeza y empezó a reír, y la oscuridad de su garganta se sumía en el olvido. Llevaba una túnica de un negro intenso y un casco de acero pulido, y portaba también su escudo de fuego.

—Desafíame, hechicera, y arderás en llamas durante toda la eternidad.

Adam sacó la Espada Maldita y dijo:

—Apártate del camino.

Pero el Caballero Negro continuó riéndose, seguro de su poder. Dijo:

—He apagado la luz del Fuego Eterno. Podéis dar vuestra búsqueda por finalizada.

Elena se consternó visiblemente al oír esas palabras.

—No puedes apagar el Fuego —le dijo—. ¡La llama no se extingue jamás!

—No fue tarea fácil —le respondió el Caballero de la Noche—. Me costó la vida de muchos hechiceros —dijo señalando hacia atrás, hacia el cañón azotado por el viento, en donde se encontraba el pozo que contenía el Fuego.

Éste se encontraba en una depresión formada entre las rocas. La llama siempre había resplandecido, los hombres decían que siempre lo haría, pero ahora el pozo se hallaba vacío.

La mente de Elena comenzó a dar vueltas con el final de sus esperanzas de liberar la Espada Maldita. Sin el Fuego Eterno la espada se enfurecería y se

haría más poderosa durante toda la eternidad.

—No puedes hacer eso —murmuró ella, aún más envejecida al ver rotas sus esperanzas y sus sueños—. El Fuego no puede extinguirse nunca...

La risa del Caballero Negro se dejó oír sobre el Olvido...

CAPÍTULO 38

La figura del Antiguo Guerrero apareció a todo galope a través de la llanura que se extendía frente al puente del Destino. Montaba sobre un caballo de la manada de Dornok, provisto de alas de plata y fuego, que según salía entre sus cascos convertía la llanura en cenizas. El bandido Robart intentaba en vano igualar la marcha de su señor a lomos de su negro corcel, pero se iba quedando cada vez más atrás mientras el demonio guerrero percibía la proximidad de la espada.

Los ojos del Guerrero reflejaban un gran dolor, y su mente se sentía progresivamente invadida por el odio conforme se acercaba a la espada. Nada sería capaz de detenerle, ya que llevaba con él el poder del Infierno. Nada podría matarle, ya que no poseía alma. Todo lo que poseía era rabia, una rabia que había esperado mil años sólo para ese momento.

—¡Mi señor! —gritó Robart, pero el demonio no le oía, pues se aproximaba a su ansiada espada.

—Arroja la espada —murmuró el Caballero Negro empezando a inquietarse.

Adam se le estaba acercando con la espada bien segura en sus manos. Sus ojos eran fulgurantes pozos de oscuridad tocados con fuego. Sus músculos estaban tan tensos que la parte posterior de la camiseta parecía tener movimiento propio.

El Caballero Negro retrocedió y se dirigió hacia el puente sujetando la espada sin fuerza, como si temiera luchar. Pero en lo profundo de sus ojos ardía una chispa de maldad esperando el momento del combate.

—¡*El Antiguo Guerrero!* —gritó un hombre desde el puente cuando vio al demonio sin alma cruzar la resplandeciente llanura.

El tronar de los cascos ahogaba cualquier pensamiento y cualquier otro sonido, e hizo que el negro cielo se conturbara.

—¡*Es el demonio!*

—¡Silencio, estúpido descerebrado!

Kalidor no podía apartar la vista de la terrible Espada Maldita. Su corazón latía con enorme fuerza, y sus labios se mostraban tensos.

—Dame la espada —le dijo resoplando.

—Vuelve a tu negra isla —contestó Adam.

Y saltó dispuesto a empezar la lucha, levantando la espada y trazando con ella un arco.

Entonces surgió un resplandor de luz y se oyó el sonido metálico que produjeron las hojas cuando la espada del Caballero Negro paró el golpe.

—¡Pignikker! ¡Esos hombres con las espadas! —gritó la hechicera. Su rechoncho amigo se precipitó hacia allí, provisto del hacha de leñador. Se lanzó hacia el puente y sobre los hombres armados con una furia inusitada.

Mientras se retiraban y el Caballero Negro luchaba con Adam, Lina se agachó para coger su arco. Con un brazo apoyado sobre una rodilla cubrió con su arco la llanura buscando al demonio. No podría detenerle, pero sí matar a su caballo y hacer caer al demonio, ganando así un tiempo precioso. Mientras observaba al gran caballo que dejaba caer una lluvia de fuego, el sudor corría por su rostro.

Adam seguía avanzando y peleando sobre el puente del Destino. Golpeaba continuamente con toda la fuerza de su espada, hacía retroceder al Caballero Negro y le tiraba al suelo; luego, el Caballero Negro se levantaba e intentaba esquivar los golpes. Un rayo cayó sobre el puente y el trueno siguiente se fundió con el trueno del fragor de sus espadas. Los ecos de la batalla podían oírse por toda la tierra, incluso en Paridoor.

Mientras el Guerrero tronaba sobre su fulgurante caballo como una antorcha de fuego con su negra espada en la mano, negros nubarrones se acercaban amenazadores. Entonces Lina se agachó para afinar la puntería, y rezó para obtener un tiro certero. No era fácil, porque el caballo se movía hacia un lado y otro continuamente como si flotara, y a Lina le desaparecía una y otra vez el blanco al que disparar su flecha. Cuando el caballo saltó sobre ella cerró los ojos y disparó. La flecha atravesó el pecho del animal. La bestia de Dornok cayó sobre un amasijo de fuego y rocas arrancadas de la tierra. Murió como el Ave Fénix, regresando a su tumba, con las alas plateadas y un rayo atravesando su corazón. Murió como si todo el fuego de una zona volcánica entrara en erupción al mismo tiempo.

Pero incluso en sus estertores el caballo tenía un papel que interpretar, ya que el Caballero Negro le arrebató el alma y la fundió con la suya mientras invocaba a todos los poderes de la oscuridad y de la noche para que le ayudasen en su lucha. Cegado por la locura, comenzó a golpear cuando Adam

acusó el cansancio, descargando golpes que podrían haber abierto en dos a un dios. Le forzó a salir del puente y a retirarse hacia las rocas.

Kalidor siguió avanzando mientras asestaba golpes con toda su fuerza, utilizando su poderosa espada como si fuera un hacha de guerra. Cuando la fuerza cedió ante la embestida ininterrumpida, Kalidor le arrebató la espada...

CAPÍTULO 39

Kalidor el Maestro, el Príncipe del Universo blandió la refulgente espada del mundo estático ante el rostro de Dios. Se mofaba del cielo, lanzando llamaradas a través de la punta de la espada, para que penetraran en las nubes inundando el cielo de luz. Hizo que se formara una gran tormenta que se desencadenó por encima de él y dejó su túnica hecha jirones.

Lanzó hacia arriba su furia como si quisiera desterrar a Dios, y la oscuridad se extendió por todas partes como el velo de la noche. La muerte vivía dentro de su corazón, y ahora tenía el poder suficiente como para propagarla por todo el mundo... Cuando se reía, los volcanes de todo el mundo entraban en erupción; cuando dejaba escapar un grito, los grandes océanos saltaban con fuerza sobre las playas. Cuando extendía su mano y la Espada Maldita tocaba el suelo, se abría un abismo en la tierra.

Ese era su momento, la hora de su destino: una época en la que todo el mundo se arrodillaría para besar su mano..., con la excepción de una pequeña figura que se encontraba entre las rocas: la hechicera Elena. Cuando cayó la oscuridad y el sonido del trueno invadió el aire, la valiente hechicera se dirigió hacia donde se hallaba el alma de su hija, golpeada por la tormenta, azotada por la lluvia torrencial que había caído del cielo. Alcanzó el farol y quitó la tapa, observando cómo parpadeaba denodadamente la llama de su hija.

—Vuelve a encender el fuego y haz desaparecer la oscuridad —dijo—. Intenta perdonarme...

El Antiguo Guerrero, al ser arrojado de su caballo al haber caído éste, se arrastró de rodillas y miró a su alrededor en busca de su espada. Y cuando vio a Kalidor, un odio ciego invadió su mente con la furia de todos los demonios. Pero Kalidor, embravecido, no había reparado en nada de esto, y bebía la lluvia de Dios como si fuera vino. Su oscuro rostro se burlaba del cielo, su garganta se hallaba desprotegida..., y Pignikker en aquel momento saltó sobre él y colocó el cuchillo sobre su garganta, pero el Caballero Negro le agarró la mano, y luego le dobló el brazo hacia atrás hasta que el hombro se rompió.

Pignikker dio un grito, y Kalidor le lanzó por los aires, hacia el vacío. Se oyó cómo Elena daba un chillido cuando vio caer a su verdadero amor. Dejó a

un lado el farol y corrió hacia el precipicio pronunciando el nombre de Pignikker.

El Antiguo Guerrero, aún herido por la caída, se tambaleaba sobre el puente agarrándose a la barandilla. Desenvainó su magnífica espada negra y, moviéndose con dificultad, se dirigió hacia Kalidor.

En ese mismo instante el alma de Raina salió del farol como una llama en forma de pájaro. Llegó al lado de Adam y le dijo:

—*Eres mi amor...*

Luego voló a gran velocidad más allá del puente del Destino hacia un cielo negro como el azabache en donde se la vio brillar como una estrella. Después se paró para echar una rápida mirada antes de lanzarse como un rayo hacia el pozo de Fuego.

El pozo se encendió de nuevo. Una gran esfera llena de luz apareció, y en su rabioso corazón se hallaba brillando la figura de Raina. Adam pudo ver durante breves instantes la belleza y la juventud del rostro de la joven, que a continuación se fue desvaneciendo. El viento se apoderó de ella y la cubrió como si fuera niebla, dejando solamente sus palabras vibrando en su cerebro. Lo último que dijo Raina antes de desaparecer fue:

—*Eres mi deseo...*

Cuando Kalidor miró a su alrededor se sorprendió al ver de nuevo el fuego encendido, y el Guerrero aprovechó para intentar sujetarle alargando una mano. En esos momentos se le cayó al suelo la Espada Maldita, y ambos se vieron envueltos en una lucha desesperada.

Adam contempló la espada, y dudó en ir por ella, con miedo de moverse porque su cuerpo le dolía mucho. Pero oyó la voz de Lina que le decía:

—Durante toda tu vida has sido entrenado para esto. Tu abuelo te estuvo preparando.

Él se volvió para mirarla. Ella se hallaba apoyada en ese instante sobre el costado curándose la herida que le había hecho el caballo de la manada de Dornok. Cuando le miró a los ojos, con el rostro retorcido por el dolor, le dijo:

—Toma la espada. Ésta es tu hora. Te necesitamos, Adam...

Adam comenzó a avanzar a rastras estirando sus magullados miembros, dando el primer paso en dirección al puente del Destino. Sus ojos se hallaban fijos en la espada, soportaba el dolor apretando los dientes y su respiración era entrecortada. Cuando su mano alcanzó la empuñadura sintió cómo su cuerpo se estremecía, y la furia y el poder de la Espada Maldita se

precipitaban hacia él. Luchando con sus rodillas, se puso en pie y levantó la espada.

Al mismo tiempo, el Antiguo Guerrero y el Caballero Negro se dirigían hacia donde él se encontraba, y Adam se vio lanzado hacia atrás por la fuerza de su avance. Cuando los tres alzaban sus respectivas espadas, el puente del Destino se derrumbó y se hundieron en el vacío. Adam empezó a gritar mientras se veía llevado hacia la niebla, sintiendo que Kalidor estaba acercándose a él.

Pero el Caballero Negro desapareció arrastrado poco a poco hasta encontrarse con su propio y oscuro destino. En aquellos momentos no parecía existir nada, salvo el hecho de caer, y una sensación de tiempo eterno, un tiempo tocado por una llama que mantiene a toda la humanidad, la verdadera llama de la vida, que mantiene vivas a todas las almas, desafiando a la Espada Maldita...

CAPÍTULO 40

Adam se despertó lentamente en su pequeño dormitorio, en donde había visto la espada por primera vez. Caían sombras sobre la cama vacía. En las escaleras se escuchaban ruidos que indicaban que sus padres acababan de llegar a casa. Sintió el enorme peso de la espada en su mano, la, en tiempos, poderosa Espada Maldita. Ahora, sin embargo, no vibraba movida por aquella fuerza interior, ni tampoco parpadeaba luz alguna a lo largo de la hoja. No desprendía luz ni lanzaba fuego a su alma. Era sólo una espada de hierro, marcada con algunas señales hechas por el uso.

Se sentó lentamente, se frotó sus brazos doloridos y notó que sus borrosos sueños iban desapareciendo de su mente. Lo último que había visto era a la vieja hechicera Elena bajando al precipicio. Intentaba rescatar a Pignikker, la falda recogida en su cinturón y los dedos en carne viva. Pensó en el rostro de Lina, y en cómo se hallaba la última vez que la vio. Contempló el alma de Raina. Pero todo eso iba desapareciendo como las ondas en un estanque, perdiéndose en el tiempo como si nunca hubiera existido, hasta que no quedó nada, salvo el sonido de la voz de Raina susurrando en su cerebro:

—Mirad, éste es el portador de la espada...

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).